MIGUEL OTERO SILVA

FIEBRE

NOVELA DE LA REVOLUCION VENEZOLANA



EDITORIAL ELITE - CARACAS - 1939

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela

A la memoria de Guillermo Prince Lara, uno de los más valientes y talentosos camaradas de 1928, muerto en la lucha.

A la memoria de Jorge Saldivia Gil, valioso dirigente popular surgido de las juventudes universitarias posteriores a 1928, caído en primera fila.

SIETE CONCEPTOS A MANERA DE EXORDIO

1 A los hombres jóvenes de Venezuela, — a los hombres revolucionarios, — les ha faltado tiempo para plasmar en el libro, a la par que la obra orientadora de las masas, la obra que sintetice, — y la perpetúe en la historia, — la densa tragedia sufrida por todo un pueblo durante varios lustros. Viviendo una vida que se repartía, — y persiste todavía en gran parte repartiéndose, — entre la cárcel, el exilio y la persecución política, imposible era la serenidad de pensamiento de que ha menester el escritor a fin de poder realizar su labor.

Sin embargo, en la hora presente, dentro de un momento nacional más propicio para ello, los escritores de mi país comienzan a condensar en el libro la interpretación científica de nuestros problemas más vitales. Y a novelar todo el dolor que durante innúmeros años fuera el patrimonio único de los venezolanos. A traducir en páginas mondas y desnudas de hechos que no hubiesen tenido existencia, toda la barbarie, todo el horror de nuestras cárceles y de nuestras "carreteras" bajo el imperio del despotismo más brutal que recuerdan las crónicas de mi patria.

A tal finalidad responde esta novela.

2 Quienes sentimos en nuestra propia carne y en nuestro propio espíritu el dolor y la afrenta inherentes y derivados de los procedimientos que en las cárceles o en los trabajos forzados, día a día, practicaba un régimen ominoso, sabemos perfectamente bien que sobre este tema podrán haberse escrito, — o escribirse en lo futuro,— muchos libros. Pero pocos sabrán traducir como "FIEBRE" una realidad que se quedó perennemente grabada en lo más hondo de quienes la vivieron.

Este libro no es uno más que habrá de sumarse al número de los existentes o por existir, escritos sobre el tema fecundo del terror bajo la Malhechuría venezolana. Hasta hoy, quienes lo abordaron,

han empleado un método descriptivo, de narración de sucesos, trasunto fiel de las torturas, de las vejaciones, de los sufrimientos a que fueron sometidos los prisioneros por causas políticas. Pero nada más. En cambio, esta novela, — y por eso expongo su trascendencia de manera especial, — no se limita a reproducir el horror y la tragedia peculiares a las cárceles y a las persecusiones, sino que ahonda en las causas de las cuales arranca tal situación; y al analizar el por qué y la razón de un movimiento que llegó a adquirir profunda raigambre nacional, plantea su trayectoria desentrañando conclusiones exactas, categóricas.

De allí el que al mismo tiempo que novela de una etapa venezolana, — novela real por cuanto su contenido se informa en hechos y acontecimientos vividos, — sea igualmente obra de orientación por el contenido social que involucra.

3 Al examinar la novela venezolana, en ella se evidencia, — de manera precisa, — la ascendente trayectoria seguida. La afirmación clara de cuanto en un comienzo fuera balbuceo que buscara el camino de su manifestación cabal.

Propiamente podemos hablar de novela venezolana desde la época en que aparece "Peonía". Es la tendencia definida hacia la expresión de un "criollismo" que nunca logra, — a pesar de los magníficos intentos realizados, — producir la obra que sintetice toda una orientación artística. Desde Romero García, pasando por Díaz Rodríguez, Urbaneja Achelpohl, Blanco Fombona, Pocaterra, o Teresa de la Parra, ninguno llega, — como en la actualidad se ha llegado,— al libro que sea índice exacto de la verdadera novela nacional. Porque ni "Idolos Rotos", "Sangre Patricia", "Peregrina o El Pozo Encantado", "En Este País...", "El Tuerto Miguel", "El Hombre de Hierro", "El Hombre de Oro", "Vidas Oscuras", "Tierra del Sol Amada", "Ifigenia", ninguno, — sin que ello implique negación de cuantos méritos les son inherentes, — representa en toda esa etapa lo que hoy representa "Cantaclaro" de Rómulo Gallegos, por ejemplo.

Esa misma tendencia criollista se afirma y continúa en el teatro y sobre todo en el cuento.

En relación con lo primero, lo ratifica toda la labor de Leopoldo Ayala Michelena. Y con lo último, la obra dispersa todavía de Urbaneja A.; y "Dramas Mínimos"; "Mis otros Fantoches", del popular polígrafo Leoncio Martínez; los cuentos de Carlos Paz García y Pedro Emilio Coll, especialmente de éste "El Diente Roto" y la bella

trilogía "El Padre, El Hijo y El Espíritu Santo"; las magníficas páginas preciosistas de las narraciones que siguen a "Peregrina"; o las vigorosas de "Cuentos Grotescos". No pudiendo dejar de mencionar,— también de Pocaterra, — "Patria, la Mestiza" y "Pascua de Resurrección".

En Venezuela se ha escrito igualmente lo que pudiéramos llamar novela política, siendo sus dos principales cultivadores Pedro María Morantes, (Pío Gil), y Rufino Blanco Fombona. Sin olvidar que Pocaterra, — especialmente en "El Doctor Bebé", — ha intentado algo en dicho sentido. Pero el libro que más se destaca es "El Cabito" de Pío Gil, análisis sincero y doloroso de un período tiránico de Gobierno, impregnado de la violencia y pasión peculiares a todo combatiente político. Libro muy superior a cuantos pudieran parangonársele de Blanco Fombona, porque este escritor, a pesar de todo su talento y de toda su cultura, por su desvinculación con el pueblo venezolano y por circunstancias inherentes a su temperamento moral, no ha podido crear una verdadera novela, — en el sentido de un trozo de vida, — sino panfletos interesados, desprovistos de esa sinceridad que constituye en definitiva la verdad en el arte y que sólo puede expresarla cabal y plenamente quien sienta y viva con su tiempo y con su pueblo. Y esto no puede hacerlo Blanco Fombona, escritor de fama pero carente de probidad como editor, como político y como hombre.

Al plantear esta síntesis no pretendemos enmarcar dentro de una categoría idéntica a los autores y a las obras que quedan mencionadas. Porque imposible es darle idéntica significación a la labor de Manuel Díaz Rodríguez, — todo lo acabada que se quiera en un sentido artepurista de la literatura; labor no solamente infecunda sino también decadente y perjudicial, por la desorientación que crea, tanto social como artísticamente, al falsear la realidad popular de la vida venezolana; — que a la labor medular, — reflejos fragmentarios pero ciertos de nuestro atrasado ambiente nacional, — que está involucrada en algunos libros de Pocaterra y de Teresa de la Parra.

Sin embargo, a pesar de todo ello, — y de algunos intentos más próximos que no mencionamos pues no entra en nuestros propósitos verificar un análisis a fondo de la materia, — es con la aparición de Rómulo Gallegos cuando la novela venezolana adquiere verdadera significación.

¿Por qué sucede tal cosa con el autor de "Doña Bárbara", "Canaima" y "Pobre Negro"? Precisamente porque Gallegos,—quien

inicia su labor en pleno auge de la producción "criollista", — no se limita al marco señalado por sus antecesores y coetáneos, sino que imprime a su obra contenido social más definido. El cual viene a ser norma firme para las nuevas generaciones, entre las cuales ocupan sitio preeminente Arturo Uslar Pietri y Guillermo Meneses.

"FIEBRE" analiza otro aspecto de la realidad venezolana. La novelación del terror. Pero no limitándose a un simple relato de sucesos, sino dándole a esa historia la trascendencia social que se deriva de los hechos mismos.

Por manera que este libro, — en razón de cuanto especialmente lo informa, — no es posible situarlo ni entre los "criollistas puros", ya superados, ni entre los que expresan la tendencia fijada por Gallegos. El tiene su puesto propio. Y aún cuando no se trata de lo que pudiéramos llamar una obra de arte social perfecta, — tiene sus defectos, no hay dudas, — es, sin embargo, el primer intento serio que en este sentido se realiza en Venezuela.

4 Por primera vez un escritor concreta en la novela ese trozo de historia venezolana que tuvo su génesis en el movimiento realizado por la promoción universitaria de 1928. Y expresa, — de manera precisa, — su cabal significación política y social.

Quienes siguen un procedimiento dialéctico en el análisis de las etapas evolutivas que los pueblos cumplen en su contínuo desarrollo, saben que todo hecho político tiene una raíz económica que lo nutre. Y no ignoran que especiales condiciones históricas engendraron el proceso social que sirve de marco a esta novela. No creo, — en perfecto acuerdo con el autor de ella, — en las "generaciones predestinadas". Mas no significa ésto desconocer el papel que, — debido a esas mismas circunstancias, — le tocó desempeñar a la juventud estudiantil que en mi país se conoce y designa con el cognomento de "generación del 28", dándole a la expresión el sentido incorrecto,— por errado,— de "generación predestinada". Fué a ella, no por predestinada, sino porque existía en el instante mismo cuando un estado económico propiciaba determinadas normas de conducta colectiva, a la que tocó hacer cuanto quedó realizado. Y el cariño popular, y también la calificación no correcta, provienen de una situación que resulta lógica frente a las condiciones en que dicha "generación" actuara.

Vivía Venezuela una hora dolorosa. Un silencio letal pesaba sobre las conciencias. Un régimen impuesto a sangre y fuego, por el

látigo del capataz, por las torturas despiadadas, por la muerte ejecutada con deleite a sangre fría gozándose en el ajeno sufrimiento, habían convertido el miedo en una segunda naturaleza de los ciudadanos. Era el más grave de los delitos pensar siquiera en romper el coro unánime de las voces laudatorias que hacían la apología de los malhechores convertidos en gobernantes. Y ante las loas entonadas a un trabajo de forzados, a una paz de muerte, insurgió el torrente de voces frescas reclamando un poco de justicia para un pueblo que hacía tiempo tenía hambre y sed de ella.

Primero fué el "Sacalapatalajá", intrascendente e inconexo canto de los estudiantes de medicina convertido en poderoso himno de rebeldía, con un sentido claro y luminoso desentrañado del fondo de su incoherencia. Fué después, — muy bien lo expresa el camarada Otero Silva, — como ese viento que a ras de tierra nace tímido y luego va adquiriendo fuerzas en su propio desarrollo hasta transformarse en torbellino orquestal que llena el ámbito por los cuatro horizontes. Las reservas intactas de un pueblo inerme, pero viril, que una vez desatadas no existe quien pueda hacerlas volver al remanso en que yacían aletargadas.

¿Qué significó la "generación predestinada" en aquel entonces, cómo estaba integrada, qué impulsos la motorizaban, cuáles eran sus propósitos, — los que creía representar, — y qué ha sido de ella en el transcurso de los años que van corridos de entonces a acá?

La "generación del 28" es, indiscutiblemente, una bandera de avance. Pero no es ni un concepto social ni un programa de acción política para conquistar y consolidar la democracia mediante la unión del pueblo venezolano en una forma tal que englobe a todos los diferentes sectores sociales que tienen interés común en enriquecer el acervo cultural, en mantener la libertad y en asegurar el progreso de los derechos humanos.

La "generación del 28" fué y continúa siendo una bandera progresista. Promoción universitaria integrada por valiosos elementos, a la cual tocó cumplir una misión eminentemente política. Han existido en la historia de Venezuela, — como en la de todos los pueblos, — grupos de hombres contemporáneos que se han destacado en las diversas manifestaciones de la vida cultural, política y artística. Pero los cuales, si individualmente han sido dueños, — dentro de las determinantes de su procedencia social, — de tomar la actitud que

mejor les plazca; en cambio, como conjunto colectivo actúan bajo la influencia de su medio y de las condiciones predominantes en un momento determinado.

El "Sacalapatalajá" pudo haber sido solamente el himno intrascendente que fuera en sus comienzos. Pudo la promoción del 28 no haber valorado la tradición de rebeldía estudiantil caraqueña de quienes la habían precedido en el tiempo hasta los días lejanos de José Félix Ribas en La Victoria. Pudo no haber asumido el papel dirigente en la lucha contra el régimen tiránico que imperaba. Pudo haberse dedicado, — al igual de otras generaciones, — a producir literatura con renombre continental, como la llamada "generación" de "El Cojo Ilustrado"; a producir buenos médicos, abogados, ingenieros, investigadores, como algunas de las anteriores.

Pero es que la de 1928 fué una "generación" esencialmente política. Y las condiciones económico-sociales del 28 no se habían producido antes ni se producirán posteriormente. No hubo "generación" política en 1909 ni la hubo tampoco en 1935, — "generación" con una definida influencia en la marcha de los acontecimientos, — años que marcan la terminación de dos períodos históricos de Gobierno. En 1928 comenzaba a hacer crisis un sistema que hasta ese momento representaba una férrea estabilidad. Las fuerzas antagónicas al régimen que personificaba Juan Vicente Gómez empiezan a encontrarse a sí mismas y no existiendo partidos políticos, ni organizaciones, ni caudillos tras los cuales abanderarse, aprovechan la oportunidad que les brinda la torpeza de un Gobierno que reprime un movimiento estudiantil romántico. Y son estas fuerzas las que fijan el destino político, las que imprimen sello de "generación" política a la promoción universitaria del 28. En sus manos ha sido colocada la bandera de la rebelión popular y de todos los sectores anti-gomecistas.

La "generación del 28", grupo heterogéneo por la procedencia social de quienes la integran, pertenece ya, — como "generación predestinada", — a la historia de Venezuela. A lo largo del camino recorrido en los diez años que quedaron atrás, las filas se clarearon lógicamente. Unos cayeron en medio del batallar sin tregua, en la plenitud del esfuerzo. Y al decirlo, vivos en nuestro recuerdo fraternal se encuentran los nombres de Benjamín Quintana Silva, Armando Zuloaga Blanco, Guillermo Prince Lara, Julio Mac Gill Sarría. Otros traicionaron a su "generación" y a su pueblo, eludiendo la acción iniciada. Los honestos y los consecuentes, los que comprendieron

la misión de cuanto representaban, los que no han tenido miedo al dolor ni a las privaciones implícitas a la lucha misma, continúan firmes, incorporados a programas y a organizaciones renovadoras. El impulso romántico cedió el paso a la orientación revolucionaria científica. La "generación" se diluyó en sectores sociales definidos, en organizaciones políticas estructuradas.

Todo ese proceso desfila por las páginas de esta novela. Proceso con sus errores y sus bondades. Pero con su integral sentido de pureza, de honradez en la acción guiadora del procedimiento adoptado.

5 Teme el autor que aparezca para quien las leyese una diferencia engendradora de falta de unidad entre la primera y las últimas partes. Débese tal aprensión al hecho de que el comienzo de la novela fué escrito a los 20 años, en pleno ímpetu de la acción misma que impidió la terminación de lo que ahora es cuando se concluye. Y el final en la actualidad, ya maduro el pensamiento. Separa, en verdad, a las dos épocas toda una vida completamente diferenciada. El impulso primero, romántico, exaltado, carente casi de una orientación definida, animado de un fervor excepcional, ha devenido en conciencia revolucionaria enraizada ya para siempre a la existencia misma de los hombres. Pero aquélla circunstancia en nada amengua las cualidades del relato. Antes por el contrario, gana éste en verdad, en trasunto fidedigno de los sucesos narrados, evidenciado, mejor que en otra parte, en la relativa a la "generación del 28".

El vigoroso poeta de "AGUA Y CAUCE" había sido hasta hoy, principalmente, poeta. Y el poeta está de presente en las páginas de "FIEBRE", en toda su plenitud. Pero también es, — y aquí está para comprobarlo este hermoso libro, — un buen novelista que en este aspecto de su nueva modalidad de escritor sabe estar a la altura de su bien ganado renombre de poeta.

6 Miguel Otero Silva, a los 18 años cursaba estudios en la Universidad de Caracas y escribía versos. La borla del doctorado, ya próxima a obtenerla, no llegó sin embargo a adquirirla. Continuó escribiendo versos, cada vez mejores, hasta ser en la actualidad el poeta de la revolución venezolana.

Más tarde el ritmo de la lucha política le hizo tomar nuevos caminos. París y Nueva York, Barcelona de España y México, Trinidad y Curazao, Caracas y cien pueblos venezolanos conocen de su vida como militante consagrado a una lucha que es parte misma de su existencia. Cuando la hora es de actividad intelectual, allí está

rindiendo una labor efectiva en páginas medulares. Y cuando la hora es de actividad personal, allí está al lado de Gustavo Machado con el grupo de esforzados que toman por asalto a Curazao, la isla de S. M. la Reina Guillermina.

10 años largos de batallar sin descanso han aquilatado todo cuanto de generoso y fecundo hay en él. Desde la hora lejana en que sonó el toque de llamada para el combate sin tregua, fué de los primeros en gritar ¡presente!, arropado en la bandera que no habrá de arriarse nunca y que ondeará victoriosa sobre las astas más enhiestas. Y en su sitio permanece porque ignora la traición y desconoce las claudicaciones que vayan en mengua de la propia honra.

7 Antes de concluír diga el firmante, — en descargo de sí propio, — que la razón de ser de este prólogo obedece al deseo expresado por el autor de la novela de que fuese un compañero suyo, — un camarada de la "generación" universitaria de 1928, — quien pusiese a su libro unas palabras liminares. Debido a circunstancias del momento a mí fué a quien tocó cumplir el cometido. Y a fé que lo he hecho animado del mejor de los deseos, inspirado en la más leal de las voluntades. A todo lo cual se aúna, después de un análisis sereno y desapasionado, el convencimiento de que se trata de un libro bello y orientador.

México, D. F., diciembre de 1938.

ERNESTO SILVA TELLERIA.



1

LA GENERACION DEL 28

I

Grita la voz:
—¡Alá y Balaja! ¡Sigala y Balaja!
Y el coro responde:
—¡Sacalapatalajá!
Grita la voz:
—Alá y Balaja! Sigala y Balaja!
Y el coro responde:
—¡Sacalapatalajá!
Grita la voz:
—¡Sigala y Balaja!
Y el coro responde:
—¡Sacalapatalajá!

Se mezclan luego las voces del coro y la voz dirigente en una acelerada algarabía:

—¡Y ajá! ¡Y ajá! ¡Y sacalapatalajá!
—¡Y ajá! ¡Y ajá! ¡Y sacalapatalajá!
—¡Y ajá! ¡Y ajá! ¡Y sacalapatalajá!

Un estudiante de sexto año de medicina me refiere el origen de esta enrevesada letanía que los estudiantes venezolanos cantamos. Nació de una ceremonia celebrada por los rabinos en el funeral de un profesor universitario de raza judía. Los estudiantes allí presentes salieron impresionados por el rezongar de extrañas palabras pletóricas de aes. Y días después, en el recinto jovial de la Escuela de Medicina, donde los muertos se transforman en cadáveres y los cadá-

veres en textos de estudio, surgió esta parodia que va adquiriendo relieves de himno.

—¿Quién la compuso?

—Creo que fué Egaña —responde mi informante.

Precisamente hoy estamos festejando el doctorado de Egaña. Egaña es un estudiante provinciano, mulato y cordial, talentoso y rebelde. Ya ronda los cuarenta años y gastó diez de ellos en sus estudios de medicina, sobrellevando hambres y esquivando canalladas.

El discurso de colación —un puñado de palabras duras como pedriscos— que hoy pronunciara Egaña en el Paraninfo de la Universidad, fué algo inusitado. Egaña escaló solemnemente la dorada y vetusta tribuna del Paraninfo, enfundado en una flamante casaca de alquiler, y dijo, con ronca voz de pozo abandonado, algo parecido a esto:

"Señoras y señores:

Los reglamentos de la Universidad me obligan a pronunciar un discurso el día de mi colación. Por eso estoy aquí. Pero es el caso que los discursos que desde esta ilustre tribuna se acostumbra leer, pueden dividirse en dos categorías: los que tienen por objeto expresar gratitud a las personas que en alguna forma han brindado aliento y ayuda al recién graduado en sus jornadas de estudiante; y aquellos otros encaminados a poner de relieve dotes de brillante oratoria.

Yo no estoy en el primer caso. En medio de mis penalidades de estudiante pobre, lejos de encontrar profesores o extraños que me tendieran la mano, hallé solamente quien me cerrara el paso y quien me deparara mezquindades. Estoy, pues, incapacitado para dedicar hoy frases de agradecimiento a nadie.

En cuanto a esperar de mí una pieza oratoria de valía, sería mera e ingenua ilusión. No se ha doctorado un genio sino un... Egaña cualquiera.

He dicho".

Y bajó de la tribuna con la misma solemnidad que había empleado para subir a ella.

Los estudiantes de primer año, que asistían en masa al Paraninfo, aplaudieron jubilosamente las desnudas palabras de Egaña. Y aquí está, en la casa humilde donde Egaña festeja el acontecimiento, la Universidad entera cantando el Sacalapatalajá y bebiendo cerveza barata de sifones y anís "Rubito".

Egaña es un representativo de la campechana jovialidad estudiantil. Constituye un grupo interesante el sexto año de Medicina, que hoy abandona las aulas para lanzarse por los mil caminos del país a deshojarse en recetas de emplastos y jarabes. Pasaron los nuevos doctores por la Universidad y por el Hospital estrechamente unidos por un inquebrantable compañerismo y por un talentoso buen humor. Y entre ellos Egaña, Maitín y Lafuente son los más populares entre la población universitaria, entre los estudiantes de primer año que han encontrado siempre tres viejos camaradas al pisar los umbrales de la Universidad.

Un alegre bullicio, espumeante de risas y silbidos, inunda la casa donde celebramos el doctorado de Egaña. Se dicen chistes a la vera del sifón gangoso e infatigable. Un inteligente estudiante negro trepa a una mesa para improvisar un discurso, y sin salir del exordio, su lengua entorpecida por la cerveza trueca un "yo he podido" por un "yo he podrido" y la errata hace naufragar el discurso en una marejada de risotadas.

Junto al último sifón, entre las palmas del patio, charlamos con Egaña tres estudiantes de los primeros cursos. En la sala alguien recita un poema y los grupos se acercan a escuchar. Egaña ha quedado solo con nosotros y entonces nos habla, expresando tal vez lo que hubiera querido decir desde la dorada tribuna del Paraninfo:

—Hemos pasado por la Universidad sin dejar huellas, como pasan los pájaros por el aire. Y en este país, y en esa Universidad, hay cosas inmensas por hacer. El estudiantado, rebaño acorralado entre cuatro paredes, legión organizada de hombres jóvenes, tiene una función que realizar. Y nosotros hemos pasado por allí sin hacer nada. Quizás fuimos cobardes. Quizás nos amordazó el desierto de muerte que nos rodea. De algo peor que la muerte: de ignominia...

Apura el vaso de cerveza y prosigue:

—Yo bebo aguardiente. Porque no quiero resignarme a ingresar a los cenáculos de estudiantes modelos, agiotistas del conocimiento, que salen de la Universidad a coquetear con los cargos públicos, como muchachas casaderas, mostrando el título de "doctor" por el escote. Tal vez sea peor beber aguardiente. Pero enfanga menos...

Hace una pausa para llenar de nuevo el vaso.

—Y no me resignaré. Tengo fe en las juventudes, en ustedes, en los de mañana. Y es por eso que he pasado muchos años tendiéndole los brazos a cada tropel nuevo que asalta los bancos de la Universidad. Uno llegará dispuesto a hacer añicos la resignación. Y yo lo espero todavía.

Egaña nos mira fijamente:

—Tal vez ustedes! Y si no ustedes, los que vendrán detrás. Alguien lanzará la piedra sobre este pozo verdoso. Sacudirá los cimientos de la Universidad podrida, del arte podrido, de la sociedad podrida, de la ciencia podrida. Us-

tedes dirán que es difícil que surjan juventudes limpias cuando el ejemplo de los viejos es una cátedra de servilismo. Y probablemente se equivocarán. El viejo Pasteur probó que los microbios no nacían por generación espontánea, pero no probó lo mismo de los hombres dignos.

Egaña ríe y su blanca risa mulata resalta junto al negro de la casaca y el verde con luz de las palmas que le rozan la ancha frente oscura. Y luego vuelve a hablar de sí mismo desoladamente:

—Yo soy ya un caso perdido. El aguardiente, la morfina, la amargura con disfraz de buen humor. Lo único que en mí vale es la esperanza...

Del interior nos llega el rumor de los aplausos que rubrican la última estrofa de un poema. Y luego el murmullo de los grupos que regresan al patio.

Grita de nuevo la voz:

—¡Alá y Balaja! ¡Sigala y Balaja!

Y el coro responde:

—Sacalapatalajá!

Egaña une su voz a las voces del coro. Y cuando el último grito se apaga entre el plumaje verde de las palmas, nos dice con entonación vibrante, casi colérica:

—Llegarán los que transformen nuestro pobre Sacalapatalajá en un clarín de rebelión!

II

Anoche irrumpió Robledillo en mi cuartucho de casa de pensión. Esgrimía dos invitaciones para un baile y derramaba su pintoresca charla de siempre. Fué demoliendo todas mis objeciones. Me prometió trajearme con el *smoking* de un hermano suyo, me aseguró que encontraría en el Club a una mujer de quien yo le había hablado antes con vehemencia, e incluso me prestó dinero.

—Eres un provinciano troglodita y a mí me corresponde incorporarte a la civilización!

Finalmente logró empujarme a la calle, sumergido en el *smoking* ajeno y debatiéndome contra un cuello inexorable, un cuello verdugo de mis palabras que las torturaba en la garganta antes de dejarlas escapar.

Se trataba de un baile de la "alta sociedad" caraqueña, o algo por el estilo. Robledillo, estudiante de derecho y con un padre acomodado y de piel blanca, pertenece de hecho a la "alta sociedad", la cual le dispensa cierta tolerancia a sus inconveniencias y a su mordacidad.

En el patio del club, lloviznado de luces multicolores, vislumbré muchas caras conocidas. Mujeres entrevistas en un salón de cine o en el volante de un automóvil lujoso. Una que vive en Altagracia y que charla todas las tardes desde la ventana con un flamante ingeniero. Otra que pasa todas las mañanas por frente a la Universidad mientras su belleza morena levanta una nube de piropos.

A los hombres les sé los nombres. Caracas es chica y todos nos conocemos. Allí está Quintilla que es dandy, agente comercial de productos yanquis y, según se dice, policía secreto para salones chics; y Altoaguirre, empleado de banco y efebo de lánguidos modales; y los Ramirito que bailan muy bien el *charleston* y viven del servilismo de su papá; y un sospechoso protegido del Ministro Baptista Galindo. Robledillo me presenta a diestra y siniestra, incluso a la mujer que me interesa, la cual resulta pariente cercana de un alto funcionario gubernamental.

Bailo con ella. Tiene un cuerpo espléndido y trenza un ritmo felino en los giros de la danza. La invito a tomar champaña y a las dos copas se pone más espléndida y mucho más felina. Le digo cosas absurdas que ella subraya con carcajadas casi impúdicas, desnudando unos dientes tan blancos como seguramente han de ser sus muslos. Tomamos más champaña, bailamos con más lentitud y, sin darnos cuenta, estamos en pleno idilio. Ella misma me lleva de la mano a la terraza y un revuelo de manos asustadas que se retiran es la acogida que nos dan allá arriba; pero, al percatarse que se trata de una pareja más, las manos vuelven a su sitio. La muchacha besa maravillosamente y tiene una lengua cálida como leche recién ordeñada. Pasa el tiempo y nos acariciamos en silencio. Unos momentos más tarde me dice quedamente:

—No vamos a poder bailar más esta noche, viejo!

—¿Por qué? —inquiero desolado.

—Es que ahora va a llegar mi novio...

—¿Qué novio?

—Yo me caso el mes que viene, ¿no sabías? —murmura un poco nerviosa.

Un seno redondo y blanco se me escapa de las manos con la fugacidad de un jabón húmedo. Enmudezco desconcertado. Descendemos de la terraza y el idilio se apaga sin un beso más.

Robledillo me reprocha luego:

—Has estado hecho un imbécil. Mañana te verá en la calle y ni siquiera te saludará. Eres un romántico!

¿Qué entenderá Robledillo por romanticismo?

Abajo, en los iluminados salones, soplan brisas de cocteles aristocráticos. El cronista social de "El Nuevo Diario" me sale al encuentro ahogándose en gentilezas, resbalando sobre una embriaguez parlanchina y pegajosa.

—Yo lo conozco a usted mucho de vista. ¿Cómo es su apellido? Eso es, Rojas! Pariente del honorable doctor Guevara Rojas, ¿verdad?

No soy pariente de tal doctor, pero no le respondo. El continúa impasible:

—Yo soy el cronista social de "El Nuevo Diario". Un periódico muy serio y muy patriota, como usted sabe. La mano derecha del general Gómez. Para ser un buen cronista social es necesario tener buena memoria y excelentes relaciones. Ninguno como yo, por ejemplo, podría decirle con tanta aproximación la fecha en que se indisponen las señoritas de las mejores familias de Caracas. Además, las sirvientas amigas mías me facilitan el trabajo. "Sufre ligeros quebrantos de salud la gentil señorita Fulana de Tal". No me equivoco nunca. Fíjese qué pálida y desganada está Rosita esta noche...

Le doy la espalda. En un grupo cercano, un abogado recién graduado, de nombre Oyarzábal, tiene una borrachera mucho más interesante. La ha dado por auto-convertirse en duque altanero de rancio abolengo y va analizando y derrumbando a gritos las respectivas prosapias de los más distinguidos concurrentes al baile.

Oyarzábal nos entera de muchas cosas: los Gómez de la Hoz cifran su encopetamiento en la fortuna acumulada por un bisabuelo canario en una ranchería denominada "La Hoz de Caño Amarillo", de donde también les viene el "de la Hoz"; los Avileño son aristócratas gracias al matrimonio de su abuelo paterno con una rolliza lavandera, al desenterrar ésta del solar de la casa un no menos rollizo botijo de onzas españolas; los antepasados de las Morgallón vinieron a América en la sudorosa barca de Fray Bartolomé de las Casas, lo que las capacita para ostentar un peinado rizado que es una preciosidad; los abuelos de la familia Borraja, que con tanta tiesura habla el inglés, estuvieron "desterrados" en la isla de Trinidad, en tiempos de Guzmán Blanco, por una estafa de lo más chic. Oyarzábal nos dice confidencialmente que él sabe todas estas cosas por una tía suya, que sí es decente de verdad, y que las tiene anotadas en una libreta.

Pasa una chica envuelta en vaporosas gasas y Oyarzábal se interrumpe para gritarle en engolado tono ducal:

—Maritornes! ¿Quieres folgar conmigo?

—No, Oyarzábal. Este fox-trot lo tengo comprometido —responde la infeliz.

Quedo solo con Oyarzábal al sonar los primeros compaces del fox-trot. Oyarzábal se siente elocuente y comienza a dictarme una conferencia sobre sociología venezolana:

—Usted no se imagina, amigo, cómo es de curioso y de grotesco el afán aristocrático de los venezolanos enriquecidos. Cuando yo estuve en Francia me ví obligado a esbozar una sonrisa piadosa como homenaje a los "nobles auténticos" que hacen de *gigolós* en los cabarets. Y lo mismo en España, frente a los condesitos que sablean a los transeúntes en la calle de Alcalá. Pero aquí no se trata de sonrisas. Hay que reír a mandíbula batiente en obsequio a las pretensiones nobiliarias de este puñado de comerciantes y politiqueros, más o menos mulatos, enriquecidos a fuerza de estafar al prójimo.

Oyarzábal enciende un cigarrillo, arroja la cerilla encendida a los pies de una pareja que pasa bailando junto a nosotros, y continúa:

—Hay diferentes motivos para no ser "decente" en Venezuela. No es decente quien sea, o tenga entre sus antepasados conocidos, un hijo natural. No es decente quien sea, o tenga entre sus antepasados conocidos, un obrero o un trabajador del campo. No es decente quien sea, o tenga entre sus antepasados conocidos, un negro, un mulato, un indio, o un zambo. Usted comprenderá que ni uno solo de los habitantes de Venezuela, incluyendo a mi tía la que apunta en la libreta, está exento de los tres baldones, a menos que sea de reciente importación. Los primeros pobladores blancos de Venezuela fueron, por otra parte, españoles extraídos de las cárceles de la Península, donde cumplían condenas por robos y otros crímenes; aventureros tentados por el fulgor de El Dorado; frailes que se tornaron prolíficos en el trópico; si acaso un segundón descarriado. Ese aporte europeo, profusamente batido con la sangre de los indios nativos y con el exhuberante bautismo negro que nos obsequió en buena hora el cura de Las Casas, fué formando un tipo racial más o menos nacional. Cuando España ne-

cesitó dinero se pusieron aquí en subasta los títulos nobiliarios para regocijo de nuestros mulatoides faramarelleros. Luego se antepuso a la aristocracia de la Colonia, la aristocracia de la guerra de Independencia, donde mulatos y mestizos fueron brazo y elite. Coja usted esa olla podrida, revuélvala con nuestra vida republicana, donde la norma ha sido que los hijos bastardos del Presidente sean "más decentes" que todos, y tendrá el panorama de nuestra heráldica.

Oyarzábal se detiene un instante, meditando tal vez las conclusiones de su discurso. Para continuar luego con mayor agresividad:

—Por todo eso, amigo mío, a mí me exasperan las pretensiones nobiliarias de esos cuatro pelagatos y los salones más o menos cerrados para quien no posea "claro abolengo". Sobre todo porque sé muy bien cómo se abren de par en par las puertas de esos salones cuando quien toca a ellas trae la cartera hinchada, así sea hijo de Ña Narcisa. Y me río alegremente de unas cuantas dudosas virginidades defendidas aparatosamente y conservadas con largas novenas a San Antonio, y de esos otros tantos señoritos que adquieren en su juventud la sífilis en los burdeles para trasmitirla luego con honorable distinción a sus cónyuges y aumentar las filas del mantuanismo criollo con el aporte de sus vástagos patulecos.

Oyarzábal ha concluído su discurso. Ha quedado con la garganta seca como los oradores de orden y sale disparado en busca de un trago. El alcohol hace brillar pupilas como los faroles del patio. Una matrona voluminosa duerme plácidamente arrellanada en un sillón. Un jovenzuelo canta en el buffet "La Violetera" con voz de falsete. Pasa un caballero muy serio buscando a su hija. Robledillo lo divisa y lo auxilia:

—¡Julieta está en la azotea!

Y, cuando va un poco más lejos, le recomienda:

—¡Tosa en las escaleras!

He resuelto marcharme. No he vuelto a bailar y los músicos rumian ahora un tango lloroso y pausado que parte el alma. Mientras camino hacia la puerta del club, escucho gritos airados provenientes de un salón lateral y veo salir a un hombre con la pechera del frac hecha un trapo que grita, tratando de zafarse de los brazos que lo contienen:

—¡Es que los venezolanos somos muy machos!

En la calle sopla una brisa fresca que baja de La Pastora. Catedral canturrea las cuatro y ya transitan las calles algunos hombres que van al trabajo. Un arriero madrugador desespera, con su recua de honestos borricos, a los panzudos automóviles que parten del club. Un campesino trae a cuestas una carga deliciosa de rosas de Galipán e inunda la calle con el perfume discreto de sus flores.

Los mozalbetes van saliendo del club y se incrustan en grupos de cinco y seis en los automóviles de menor tonelaje que corresponden a los hijos de familia. Algunos envían sus hermanas a casa y quedan esperando el regreso del vehículo "para poner la fiesta". Otros traen en el bolsillo trasero del pantalón la botella de brandy que sustrajeron, con prometedora habilidad, de la cantina del club.

Se despiden tiernamente de sus novias y luego gritan a los amigos:

—¡Esta noche la ponemos! Casa de la negra Socorro!
—Vamos raspando, viejo! Pa'l Luna Park!

He venido, solitario y a pie, recorriendo lentamente las calles en penumbra. He llegado a mi casa cuando ya comienza a burbujear el bullicio mañanero. Y he permanecido largo rato a la puerta mirando cómo la mañana se metía en el penacho gris de mi cigarrillo y pensando en las cosas amables que mis ojos vieron en esta noche de esparcimiento social.

III

No pude soportar más. Era imposible estudiar en mi albergue. Aterrizó en la casa de pensión una viuda del Guárico que jamás había oído una pianola. Y como existiese entre los huéspedes un diputado perpetuo que no tiene más oficio que jugar al dominó, hurgarse los dientes con un palillo y cortejar cuarentonas, éste inicióla en el aprendizaje del pedaleo. Y desde ese malhadado momento la mentada viuda no se levanta del banquillo de la pianola y nos tortura a toda hora con atropellados conciertos. Vanos han sido mis esfuerzos para armonizar la lectura de la Patología con el aluvión de notas destartaladas que entra por mi ventana como llovizna que empuja el viento. Y he finalizado por buscar un compañero que tenga casa sin pianola y ánimos de estudiar conmigo.

Ninguno más apropiado que Armando Pereda. Armando es discreto y no tiene talento. Condiciones ambas inapreciables en un camarada de estudios. Los que tienen talento acostumbran saber las cosas antes de haberlas leído. Armando vive en una casita humilde cuyo portal da a la Plaza de la Misericordia, parque saturado de sombra y de silencio.

Mi condiscípulo tiene familiares y vive con ellos. Su hermana Cecilia y doña Concepción de Pereda, madre de ambos. Doña Concepción es toda una señora en el concepto venezolano de la expresión. Viuda desde hace unos años,

vendió al enviudar la hacienda que le dejó el marido porque, como ella dice, las mujeres no saben de esas cosas e iban a comérsela viva los mayordomos. Colocó su dinero a un interés racional, después de comprar la casita de la Misericordia, calculando que ese interés significaba lo suficiente para costearle los estudios a Armando y los trajes a Cecilia, mientras los estudios de Armando desembocan en el doctorado y la juventud de Cecilia desemboca en el matrimonio.

La honorabilidad de doña Concepción se presiente al entrar a la salita familiar y enfrentarnos a un retrato de cuerpo entero de su difunto esposo, portando briosa levita negra, que es todo un pregón de recatada viudez. Posee doña Concepción una educación esmerada, circunscrita a los márgenes de un catolicismo intransigente. Una amabilidad, unos atildados modales, que parecen adquiridos y cultivados con el premeditado objeto de visitar y recibir visitas. Cuando doña Concepción tiene una visita por delante, se le ilumina el rostro y va guiando la charla como si cumpliese una función litúrgica. Lee la "Vida Social" de los periódicos todas las mañanas, como el pianista que ojea las partituras antes de los conciertos. Es extensa su erudición en lo que respecta a las medicinas apropiadas para sanar aquellas enfermedades que pueden mencionarse sin rubor en una sala de familia. Dispone de un surtido almacén de frases hechas, sabe cómo se le quitan las manchas a las cucharas de plata, refiere anécdotas de Bolet Peraza, conoce al dedillo edificantes juegos de prendas y hasta se sospecha que sabe tocar la mandolina. Doña Concepción pertenece a todas las sociedades católicas de la capital, es lectora asidua del diario "La Religión" y no se conforma con la misa dominical sino que la oye todos los días. Por las noches reza el rosario y Cecilia la acompaña. Y todas las noches se repite este diálogo:

—¡Armando! ¿Quieres rezar el rosario con nosotras?

—¡No, mamá!

Cecilia es muy distinta a la madre. Al menos eso me he imaginado yo, basándome en lo poco que la conozco. Escasas palabras he cruzado con ella porque Cecilia tiene novio y está obligada a permanecer sentada a la ventana todas sus horas útiles. Cecilia luce arisca y no segrega la almibarada amabilidad de la madre. El novio es un subteniente rubio y estirado como un cohete. Por lo que he observado, le ha prohibido a la muchacha que se pinte y que se corte el pelo. Y es una lástima porque Cecilia es bonita. No es concebible un negro más profundo que el de sus ojos y el de su pelo. Agil y esbelta, con unos senos menuditos y altaneros que lo obligan a uno a cometer la indiscreción de quedarse mirándolos.

Es más difícil hablar de Armando. Lo ví la primera vez en un patio de la Universidad, contemplando un poco alejado una violenta discusión. Y es ése el rasgo más específico de su carácter. Contemplar de lejos, permanecer un tanto al margen de los sucesos y de las cosas, aunque luego interviene cuando ya la palabra es discurso y la chispa es fogata. Su mutismo se rompe a veces y entonces charla largo y tendido para tornarse luego más reconcentrado en sí mismo, como si se arrepintiese de lo que dijo. He observado más tarde que es profundamente sensible y lo desazonan cosas que a otros parecen nimias. Ante la tragedia de nuestro pueblo se ha cincelado con su impotencia una angustia callada que es parte de su ser. Está leyendo a veces en voz alta un pasaje difícil de cualquiera de nuestros textos y se interrumpe bruscamente para preguntarme:

—¿Cómo te explicas tú que nuestro pueblo, un pueblo de un pasado tremendamente viril, soporte lo que no soportaría un rebaño? Dime, ¿cómo te lo explicas?

Y continúa la lectura sin darme tiempo a coordinar una respuesta.

Otras veces cierra el libro y va silenciosamente hasta el repecho de la azotea. Allí enciende un cigarrillo y se queda mirando fijamente la noche tendida sobre el parque, sin volver el rostro hacia mí por largo rato. Mira hacia la noche con una extraña intensidad reflejada en los ojos, como si esperase ver surgir el futuro de las sombras.

———

La casita de mi amigo es fresca, abierta a las brisas del este, y la habitación de Armando está enclavada a un costado de la azotea. Cuando estudiamos nadie nos interrumpe, salvo la negra Panchita cuando trae las tazas de café *cerrero* y caliente que doña Concepción nos envía. Voy avanzando en las asignaturas del curso con más celeridad que cuando estudiaba solo.

Lo único de lamentar es la cortesía de doña Concepción que no me deja en paz. La buena señora se cree en el deber de practicar conmigo visitas-relámpago cada vez que llego a su casa, que son dos diarias. Me ponen nervioso sus contínuas inquisiciones sobre mi estado de salud y sobre si recibí o no cartas de mi madre. Y aún más nervioso el cortejo de elogios que constituye uno de los más sólidos baluartes en lo que se refiere a su desenvolvimiento en sociedad.

—Usted, Rojas, que es un hombre tan correcto...

—Usted, Rojas, que es tan inteligente...

Es inaguantable. Aun en el supuesto caso de que realmente poseyera yo inteligencia, esta señora no ha tenido ocasión de apreciarlo. En ocasiones sospecho que se burla de mí.

La que, sin duda alguna, se burla a veces de mí, es Cecilia. Basta mirarle los ojos, cuando la madre me en-

dilga una gentileza de ésas, para comprobarlo. Hace unos días le obsequié una novelita de mi escueta biblioteca de baúl y me dijo, subrayando sus palabras con una malévola sonrisa:

—Debe ser magnífica, Rojas. Tiene usted tanto talento, como dice mamá!

IV

La Universidad de Caracas fué antes Convento. Fué convento el edificio y los corredores claustrales dan fe de ello. Su vecino de la derecha es el templo de San Francisco, la más tradicional y la más aristocrática de las iglesias caraqueñas, guarida actual de la Compañía de Jesús que sabe establecer su local en el mejor sitio, como corresponde a comerciantes de su prestigio. Su vecino de la izquierda es la Biblioteca Nacional. Su vecino de enfrente es el palacio de reuniones de las Cámaras Legislativas. La religión en su expresión más refinada: los jesuítas. La sabiduría en su expresión más tangible: el libro. El estado en su función más honorable: el congreso. Son los tres celosos guardianes de nuestra Ilustre Universidad. Un poco más lejos, completando el sexteto, están situados: el Cuartel de Policía, un garito de dados y ruleta y la Academia de la Historia.

La Universidad heredó del convento unos hermosos jardines. Imperecederos jardines que han sufrido decenas de generaciones estudiantiles galopando sobre su grama, arrancando sus frutos aún no en sazón, talando a filo de cortaplumas los brazos de las palmas, entrando a saco en la cosecha de flores cuando apenas despunta. Ni el caballo de Atila los hubiera secado! El viejo Modesto los cuida y hay tanto vigor en las plantas y tan poco en el viejo que parece que Modesto estuviera en la Universidad para que los jardines lo cuidasen a él.

A los jardines conventuales les han nacido más tarde dos árboles universitarios, árboles de bronce. Son dos estatuas de levita. Médico el uno, ingeniero el otro. Ilustres viejos, muertos hace ya tiempo. Sus nombres están inscritos en lápidas blancas adheridas a los costados de los pedestales. Y, en el margen que esos nombres dejan, los estudiantes trazan mueras al Gobierno, epigramas y caricaturas. También se refieren, a la sombra de los dos viejos, historias picarescas.

Se dice que la Universidad posee un rincón misterioso. Se trata de un subterráneo cuya búsqueda llega a preocupar a fantasiosos estudiantes de primer año. Sin embargo, se sospecha que no se trata de una leyenda. Un circunspecto estudiante de ingeniería afirma que, al trazar el plano del edificio, encontró una pared descomunal por ancha que debe ser la clave del subterráneo. Estudiantes de antaño, ahora doctores con bufete, refieren cómo descubrieron el subterráneo y hallaron en él esqueletos de niños. No es de extrañarse si se tiene en cuenta que el subterráneo, de existir, debe haber sido un simple túnel entre un convento de frailes y el convento de monjas que le quedaba al frente. Una penumbrosa *garzonier* siglo XVI.

Pero lo cierto es que la Universidad, con todos los rasgos de convento que le asoman por debajo de la capa, es aún uno de los más vistosos edificios de la moderna ciudad de Caracas. Venezuela lleva ya más de un siglo de vida republicana pero nuestros repúblicos se han preocupado más de aplicar la ley de los vasos comunicantes al presupuesto que de invertir parte de ese presupuesto en obras públicas. Y allí está el viejo convento remozado para mostrarlo a los turistas como nuestro orgullo arquitectónico. Y no precisamente por tradicional. Abrimos un periódico:

"Caracas Monumental...", "Caracas se metropoliza..." Cómo se reirá la vieja Universidad, hasta que le duela el subterráneo, cuando lee esas cosas y medita en su indestronable supremacía "monumental".

Armando y yo llegamos hoy a la Universidad cuando ésta presentaba un abigarrado aspecto de feria. Es una de esas mañanas en que una hora libre coincide para diversos cursos y para varias facultades. En el portal norte, un grupo numeroso de estudiantes piropea a las transeúntes hermosas y grita desafueros contra los transeúntes irritables.

—Aquí viene la Virgen del Carmen que se les escapó a los jesuítas!

—Oiga, señor! Su mujer lo engaña con un chofer!

La muchacha que pasa amanece de grana sus mejillas porque le dicen cincuenta veces linda. El vejete malhumorado responde a la chanza esgrimiendo el paraguas y anatematizando a gritos el grado de corrupción de las modernas juventudes.

En el interior, al pie de la estatua de Vargas, dos estudiantes calaveras refieren la juerga de anoche. La estatua de Cagigal presencia más allá, impasible, una intrincada partida de dados, y el que lleva la banca grita "a jugar" con entonación y gestos de *croupier* auténtico. En el corredor de la derecha, un grupo de estudiantes de medicina comenta las últimas clases y el comentario degenera en un torneo de preguntas difíciles que se denomina "careo" en el argot universitario. Trepado al árbol más alto, un mulato risueño arranca los frutos rojos con gestos y habilidad simiescos. En el segundo piso, estudiantes de los últimos años de derecho se pasean lentamente por los corredores haciendo resonar los pasos sobre el entablado, charlando de literatura, de econo-

mía política o de enfermedades venéreas. En un salón del fondo, tres o cuatro estudiantes de ingeniería permanecen atornillados a las mesas de dibujo. En el corredor trasero se juega una partida de foot-ball con una pelota hecha de trapos, para desesperación del bedel de la Escuela de Farmacia que es mudo de nacimiento y que corre indignado tras la pelota mientras los jugadores lo *driblan* como a un contendor más. Acá, sobre la grama, uno lee en voz alta poemas de Antonio Machado que cuatro o cinco escuchan. Otro grupo habla en voz baja de política.

Armando y yo vamos hacia estos últimos. Robledillo, Saldaña, Ceballos y Morín, hablan de política. No de ideologías políticas que, para nosotros, son trastiendas brumosas. Nuestra política es una simple y elemental cuestión de dignidad personal. Nuestra ideología política —ser enemigos de la tiranía— no es propiamente ideología política: es expresión de nuestra condición humana.

Y si no hablamos de ideologías políticas, menos aún mencionamos nombres de partidos políticos. Eso es algo todavía más brumoso para nosotros. En Venezuela existieron antaño dos partidos políticos: el Liberal y el Conservador. Pero, según parece, los liberales eran conservadores y los conservadores... también eran conservadores. Conservadores de un aparato estatal basado en el despotismo y en el peculado. Pero ambos partidos están bien muertos. Se suicidaron. Cada vez que uno de ellos subía al poder entraba a saco en las arcas nacionales y a palos sobre las costillas de los ciudadanos, mientras los programas iban a parar a las alcantarillas. Los nombres de ambos partidos son ya carroña. El golpe de gracia se los dió el general Gómez cuando comenzaba a perfilarse el tirano en él. En último caso no son sino dos oscuros muertos más en la incomensurable lista de muertos del General. Los politiqueros de am-

bos partidos ya decadentes, al observar que Gómez traía el rebenque en las manos, se le plegaron serviles. El Gómez cazurro, que acompaña en todo instante al Gómez verdugo, no desperdició la oportunidad. Repartió prebendas entre los viejos conservadores y liberales famélicos del presupuesto. Y se plantó en jarras: "Paz y Unión! Ni liberales ni conservadores! Todos venezolanos!" Y duro çon ellos.

La política es para nosotros una tremenda pesadilla, sin contornos precisos. Creemos que vemos las cosas claras. Arriba está una gavilla de bandoleros que roba, atropella, tortura y asesina. Abajo hay tres millones de hombres que son robados, atropellados, torturados y asesinados. Tratamos de explicarnos por qué suceden estas cosas. Por afán de poder y dinero de los de arriba y por pánico de los de abajo, seguramente. Pero sospechamos que las causas más profundas deben ser un poco menos simplistas. Mientras tanto, nuestras charlas sobre política rondan siempre sobre las descripciones de los hechos espantosos que suceden en la sombra. Referimos a media voz cómo se quedó muerto el último en el suplicio, allá en la Rotunda o en Villa Zoila, y nos preguntamos angustiados qué podemos hacer para romper la muralla de horror que nos cerca los pasos. Romper la muralla sin saber lo que vendrá después. Es tan titánica tarea romper la muralla, han caído tantos en el esfuerzo, que no vale la pena pensar en lo que vendrá después. Tenemos veinte años y deseos de morir por Venezuela, por la Patria, por la libertad, por algo que no sea esta vida de eunucos, ni cuatro centavos manchados, ni la ignominia de un cargo público. En nosotros cifra mucha gente —tanta gente!— su esperanza de redención. Y nosotros no poseemos más que una lumbre juvenil de rebeldía. Somos dolorosamente ignorantes. Sabemos que existe algo, de lo

cual tenemos un concepto casi abstracto, que se llama democracia. Que Robespierre puso a funcionar una guillotina. Que en Suiza cambian de gobernante con extraordinaria soltura. Que en Uruguay un periódico puede llamar "bellaco" al Presidente de la República sin que su director amanezca al día siguiente con un par de grillos. Hemos oído hablar del socialismo. Hay un señor Mc Donald en Inglaterra que es socialista y reprime a balazos el movimiento de liberación del pueblo indio. Esto no sabemos explicárnoslo. Los periódicos de Caracas publican a veces noticias de Rusia. Siempre dicen lo mismo: que fusilan. Pero no sabemos a quienes fusilan, ni por qué fusilan. Algunos hemos leído páginas de Juan Jacobo Rousseau. Morín ha visto, en un rincón de su Economía Política, que existe una doctrina llamada marxismo, bastante complicada según parece, y a la cual tilda el texto de "utopía absurda". Es eso todo lo que sabemos. Lo demás —y no debe ser poco— no lo deja pasar a este país la censura del general Gómez.

Hablamos. Morín manifiesta su fe en el estudiantado, en Venezuela, en la revolución. Es un hombre vehemente y voluntarioso. Su fe es contagiosa. Se habla precisamente de lo que tenemos derecho a esperar de nosotros mismos y de los demás. Y es Morín quien desborda un optimismo esperanzado.

Robledillo, no obstante su aparente y burlona frivolidad, deja traslucir un sentimiento que está muy lejos del derrotismo. Pero Armando y Saldaña se muestran escépticos, aunque lo manifiestan con palabras muy diferentes. Saldaña expresa su opinión con la incisiva ironía conque mira todas las cosas:

—Es inútil que intentemos hacer algo! Lograremos apenas que las multitudes nos linchen por nuestro empeño de violar su sagrado derecho a recibir las bofetadas. Entre

Barrabás y nosotros, la canalla pedirá que nos crucifiquen a nosotros. Vivimos entre una torpe manada de esclavos satisfechos de sus cadenas y de sus cicatrices.

Morín se acalora:

—No hay pueblos esclavos. Todos los pueblos considerados esclavos lo han sido solamente hasta la víspera de su estallido. Si te hubieran preguntado por el pueblo francés antes de la Revolución...

Pero Saldaña no lo deja concluir:

—Sí, Francia! Y los fenicios y los habitantes de Marte. Mejor es que no sacudas la historia. Porque tal vez sea el mejor ejemplo para nosotros la esclavitud secular de los judíos hasta que aparezca un Moisés.

—Moisés no pertenece a la historia —tercia Robledillo con la evidente intención de molestar a Saldaña.—Era un prestidigitador. Aquello de partir en dos el Mar Rojo le quita solvencia a su obra y lo incapacita para ser citado como ejemplo. Morín está hablando, amigo Saldaña, de la Revolución Francesa, sin adivinos y sin milagritos.

—Ten la bondad de oirme, Saldaña —insiste Morín. He dicho que los pueblos aparentemente esclavos han producido estallidos grandiosos de rebeldía. Y de allí deduzco que no puede esgrimirse la esclavitud y la pasividad actual de nuestro pueblo como argumento para sostener que es incapaz de rebelarse mañana.

Ceballos interviene levantando la voz. Pero no lo hace para opinar sobre lo que se discute. El no quiere saber nada de polémicas. Lo necesario es actuar. Matar unos policías, lanzar bombas, cosas terribles.

Armando, que ha callado hasta entonces, interviene sin mirarnos mientras habla, fijos los ojos en la melena verde del árbol más alto:

—Yo no creo que nos siga nadie. Ya no tienen sangre para seguirnos. Pero esa no es razón para no actuar contra el despotismo. Yo, francamente, siento cierta vergüenza de ser venezolano. Y en resguardo de mi conciencia, por lo mismo que no robo, estoy dispuesto y resuelto a hacer algo por Venezuela. Lo que sea. Aunque se trate de un gesto estéril, como creo que será todo lo que podamos hacer.

Saldaña persiste en su tesis, apoyándose en las palabras de Armando:

—Sí, hijo! Te remacharán un par de grillos y te sepultarán, con tu conciencia limpísima por supuesto, en el más oscuro de los calabozos de la Rotunda. Y el resto de la población seguirá bailando su foxtrocito, tomando su cañita blanca y saboreando las vilezas de "El Nuevo Diario"...

—Es que no tienes derecho a afirmar tales cosas— replica la voz vibrante de Morín.—Si la tiranía ha asesinado a centenares de hombres es porque esos hombres se han mostrado, en alguna forma, rebeldes. Si las cárceles están llenas, no es precisamente de bailadores de fox-trot, de bebedores de caña y de lectores de "El Nuevo Diario". A nosotros, al estudiantado, corresponde...

Pero Saldaña vuelve a interrumpirle:

—El estudiantado! Mira tu estudiantado! El estudiantado no es una fuerza, ni tiene cohesión, ni ideales, ni nada. Son un grupo de jóvenes que considera muy *macho* emborracharse con las prostitutas. Y otro grupo que no quiere oir hablar sino exclusivamente de sus estudios, y no por amor a la ciencia sino porque ya olfatean los honorarios de mañana. Y otro grupo de deportistas que madrugan para ir al tennis y en la tarde se ponen unos ridículos calzones cortos para patear un balón. Y los estudiantes tenorios que

andan tras de las mujeres como jauría. Y el otro grupo que está de acuerdo con el Gobierno, así asesine y robe, porque sus papás reciben su tajada del saqueo. Y esos que vienen a jugar a los dados y a convertir en garito el pedestal de la estatua del viejo Cagigal.

Robledillo sonríe y luego estalla:

—¿Y qué? Son todo eso en la superficie, pero en el fondo pueden tener almas que no les vemos. Aquel jugador de foot-ball escribe unos versos admirables que a nadie enseña. Y aquel severo estudiante de ingeniería, que aparentemente no tiene más mundo que su tabla de dibujo, ha sido sorprendido por mí en la plaza de Altagracia con una niñera sobre las rodillas y el niño en los brazos de la niñera: magnífico modelo para una Sagrada Familia del Ticiano. Y el otro, que amarró el sábado una borrachera económica, es un estudiante pobre que trabaja los domingos para costearse los estudios y que incluso envía de vez en cuando unos centavos a su vieja. Todavía no sabemos lo que tenemos por dentro y solamente rompiendo esta calma monstruosa en que vivimos, arrojando la piedra al charco verdoso, es como nos daremos cuenta de lo que en realidad somos. Ni siquiera los que jugamos a los dados...

Y se interrumpe para gritar desde aquí al *croupier* de la estatua:

—Oye, Loco! Voy un real al cinco!

V

Fresca madrugada de domingo. Vamos al campo, comandados por la pericia social de doña Concepción Pereda. Desde el miércoles anda trajinando la madre de Armando en los preparativos del pic-nic. Horneando los deliciosos pastelitos que son la especialidad de sus hacendosas manos. Confeccionándole a Cecilia un traje campestre copiado de las páginas de un primoroso figurín. Seleccionando entre sus amistades el reducido grupo de privilegiados que tendrá la dicha de saborear los pastelitos. Meditando el horario de diversiones y la hora de la salida y del regreso. Ha examinado un plano de las afueras para cerciorarse de la posición topográfica del sitio donde vamos a acampar. Es un experto general de campaña esta previsiva doña Concepción. Anoche telefoneó al Observatorio pidiendo garantías de buen tiempo para el día de hoy.

Nos hemos venido alegremente, dejando a Caracas a nuestra espalda, pasando por el arrabal obrero cuando ya una algazara de campanas aleteaba sobre la ciudad. Hace frío y Cecilia tiembla bajo su vaporoso vestido campestre. Doña Concepción, vigorosa y risueña, marcha retrasada como los generales, rodeada de su estado mayor: dos solteronas pertenecientes a lo más granado de la beatería caraqueña. Vienen hablando de rosarios y novenas, frailes y sacristías. Se lamentan amargamente de sus respectivas debilidades por

haber perdido la misa de hoy. Una de las solteronas afirma resignada que no todos somos San Antonio que saltaba por encima de las tentaciones con agilidad de volatinero. La otra suspira y recuerda que no dejaba de cumplir con el precepto desde hace siete años, cuando un inoportuno dolor de muelas la maniató en su casa.

—Tal vez Lucifer transformado en dolor de muelas!

A la vanguardia va la juventud. Cecilia y dos muchachas más. Una de ellas, Gladys, sobrina de las solteronas y poseedora de unos ojos ardorosos y de unos modales para subir las cuestas que constituyen en sí pecados mucho más mortales que las misas perdidas de las que vienen detrás. La otra chica, que para colmo se llama Verónica, habla poco y pertenece a los que tienen de antemano ganado el reino de los cielos.

Los hombres somos: Armando, un empleado de comercio medio tenorio y medio tenor, y yo. Armando viene casi a la fuerza. Doña Concepción está obsecada en enamorarlo de la niña tonta que, según el criterio de la matrona, ha de ser "la perfecta mujer de hogar". A Armando lo saca de quicio Cecilia cuando le dice socarronamente:

—Cuando tú te cases con Verónica yo me iré a vivir con ustedes.

Y yo, cuando le pregunto "por su novia".

Hoy se negó a levantarse en la madrugada, alegando que le dolía la cabeza. Doña Concepción se vió obligada a evocar los sagrados fueros de la caballerosidad, y a citar las ejecutorias del marido muerto, para lograr incorporar al hijo a la expedición. Pero Armando, en venganza, se trajo un volumen de Ortega y Gasset para leerlo bajo los árboles.

—Si la niña esa se me acerca, le leo un capítulo!—afirmó amenazante.

Cecilia viene también de libro. Está reñida con el subteniente desde hace una semana. Pero no parece muy apesadumbrada. Luce más linda y más juvenil entre la gracia primaveral de su vestido floreado. En un declive del camino rompió a correr cuesta abajo con el cabello al viento, como una ninfa.

El empleado de comercio, según se desprende de lo que habla, vive instalado en el cine y se sabe al dedillo los nombres tan enrevesados de todos los artistas yanquis. Charla a troche y moche, con un desenfado de vendedor de telas. Y tiene una voz de tenor bastante aceptable. Ha cantado un hermoso bambuco colombiano y desde ese instante Gladys, la niña de las cabriolas, no lo abandona. La he oído pedirle con voz melosa que le cante un tango a media voz "para ella solita". Si las cosas siguen como van, nuestro pobre tenor va a regresar más enamorado que su congénere Mario, el de Tosca.

Cecilia, malintencionada, me toma de la mano y me obliga a correr adelante con ella, separándonos de Armando y Verónica.

—Hay que dejarlos solos. Son instrucciones de mamá...

Ya ha amanecido. Pasamos una acequia rumorosa por sobre piedras gigantes que hacen de puente. Esperamos en la orilla opuesta al resto de la caravana. El sol se cuela por las enramadas y pone sobre el agua sombreada caprichosas vetas de luz. Cecilia sube a la piedra más alta y se empina, apoyándose sobre mis hombros, para otear los lirios silvestres que la acequia acuna en un recodo cercano. Le digo que parece una estatua erigida en glorificación de la curiosidad humana.

Al pasar los otros por sobre las piedras, una de las solteronas pierde el equilibrio, abre los brazos como un ave

escuálida y, después de balancearse, se va de bruces al agua, no sin antes vociferar aterrada:

—Jesús, María y...

El "José" fué rechazado esófago adentro por una bocanada de agua fresca y mañanera.

Acampamos a la sombra de unos mangos colmados de frutos. Los árboles dejan entre sus troncos un amplio espacio sombreado que es lo que precisamente anda buscando doña Concepción para tender sus manteles y situar sus cachivaches. De los bultos que doña Concepción había colocado sobre nuestras espaldas, y que ahora hemos arrojado sobre la hierba, van saliendo vasos y tazas, platos y cubiertos, los famosos pastelitos, un suculento pernil de puerco, piñas doradas y aromosas. Doña Concepción venía portando un thermo con café humeante y Cecilia una botella de cherry brandy. Las solteronas no han traído nada. La del percance comenta:

—Es un verdadero milagro que yo viniera con las manos vacías. Con mi caída en la acequia se hubiera malogrado la comida y estaríamos ahora muertos de hambre.

Nos bañamos en el río cercano. Las mujeres primero, los hombres luego. No faltaba más sino que ante la presencia de tres miembros prominentes de la Sociedad del Perpetuo Socorro se cometiera el crimen de una promiscuidad de sexos en la desnudez mal velada de los trajes de baño! El tenor está indignado porque no le dejan bañar con Gladys. Y afirma, para vengarse, que una de las solteronas acostumbra colarse a media noche en la sacristía de la Iglesia de las Mercedes.

—Esos capuchinos son unas fieras! —dice calumniosamente.

Al regresar del río diviso a Cecilia que se ha tendido de bruces sobre una laja inmensa, un trecho alejada de los árboles que circundan nuestro campamento. El sol le acaricia la espalda y la cabellera húmeda que se desgaja sobre sus hombros morenos. Está leyendo. Me he sentado sobre la hierba a fumar un cigarrillo y a mirarla de lejos. Ha cerrado el libro y ha vuelto a abrirlo, esta vez sin leer. Está escribiendo en él. Lo cierra nuevamente y oculta la cabeza entre los brazos, como si durmiese.

Camino hacia ella. Al oir las hojas secas crujiendo bajo mis pasos, ha levantado el rostro.

—El amor tiene sus amarguras —le digo.

—¿Qué amor y qué amarguras? —pregunta sonreída.

—Los míos no son.

—Ni los míos. Pensaba en lo que había leído. Amor ajeno y amargura ajena. Y, para colmo, ficticios.

Me tiende el libro. Es una novela en francés. "Le Lys Rouge" de Anatole France. Busco la última página, al reverso de la cual ella escribía. Son versos:

Y te dí el olor
de todas mis rosas y nardos en flor.
Y te dí la miel
del panal moreno que finge mi piel.

—Gravísimo! —exclamo. —¿Son suyos estos versos?

Ella protesta cálidamente. Son de una gran poetisa suramericana y le parece extraño que yo no los hubiese leído antes. Y más extraño aún que yo pueda imaginarme por un instante que ella es capaz de escribir versos tan hermosos.

—De todos modos, es grave el caso. Solamente una mujer enamorada se queda meditando después de haber recordado tales versos.

Vuelve a reír. Afirma que no tengo razón. Que no se necesita estar enamorado para emocionarse con un poema de amor, como tampoco se necesita ser guerrero para emocionarse con un canto épico.

Me ofrece sitio a su lado, sobre la piedra. Ella se siente hoy locuaz. Me habla de su vida, de sus inquietudes; se interesa por las mías. Yo le nombro a su subteniente.

—No, hombre! No estoy enamorada. Son tonterías que una comete. Se veía feo que yo cumpliera veinte años sin haber tenido jamás un novio.

—Pero...

—Sí, claro está, me gusta algo en él. Tal vez haya influído el uniforme. Es un buenmozo. Además, no es bruto. No vaya a figurarse usted que es un animal. Yo creo que he estado a punto de quererlo y a veces me parece que amanezco enamorada. Pero no he pasado de esos amaneceres. El amor debe ser algo mucho más complicado. ¿Verdad, Rojas?

Fija en mí sus ojos negros y profundos. Tomo aliento para responderle. Pero la voz de doña Concepción nos llega vibrante, autoritaria, casi marcial:

—A la mesa todos que el almuerzo está servido!

Regresamos con el atardecer. Cecilia y yo volvemos a tomar la vanguardia. El tenor y Gladys vienen marchando tan lentamente que doña Concepción se ha resignado a cederles la retaguardia, no sin dejar de dirigir miradas vi-

gilantes hacia atrás a cada trecho razonable. Verónica se ha apareado a Armando y escuchamos cómo mi amigo le habla de cosas fantásticas. La salpica de términos científicos, de fórmulas químicas, de citas de Kant. La pobre muchacha lo escucha con una mirada estupefacta en los ojos inexpresivos.

—Verónica! Es necesario que usted lea a Marañón!

Cecilia y yo reímos de la venganza de Armando. Cecilia me dice que ha leído algo de Marañón. Hay cosas que le desagradan en Marañón. Lo de la conveniencia como factor amoroso le parece una burrada. Pero ella no quiere discutir conmigo sobre esas cosas. Tiene que leerlas a escondidas de doña Concepción porque la madre considera esas lecturas grave pecado. Pero conversarlas conmigo ya sería, no un simple pecado, sino la condenación eterna al fuego infernal. No vale la pena arriesgarse a tanto por el señor Marañón. Opina que podemos hablar de otras cosas, aún del amor mismo, pero sin conveniencia y, sobre todo, sin eugenesia.

—Yo la imaginaba a usted distinta. La creía una chiquilla más o menos intratable.

—Yo en cambio lo suponía a usted tal como es, Rojas. Un deplorable psicólogo.

Reímos y callamos porque ante nosotros surge una cuesta. Cecilia, un poco cansada, se apoya en mi brazo. En el tope de la cuesta nos espera un espléndido paisaje. Es Caracas que regresa a nosotros, arrebujada en un crepúsculo de tonos encendidos. Una pincelada violeta es franja viva a ras de las casas y luego se va apagando mientras se diluye cielo arriba. Tras el campanario de la primera iglesia, una larga cinta púrpura es como una herida en el pecho de la tarde. Motas de oro y naranja son las nubes volanderas. Cecilia se adelanta emocionada:

—Qué hermoso es ésto!

Pero yo estoy viendo el paisaje de otra manera. La belleza morena de Cecilia ha pasado a formar parte de él. El primer plano son ahora sus trazos esbeltos y el negro de sus ojos y de su pelo. El colorido audaz del crepúsculo y las primeras luces que parpadean en las casitas del fondo, se han convertido en decorado para la gracia presente de Cecilia.

—No, Cecilia! Usted no puede verlo tan hermoso como yo lo veo. Porque usted no puede mirarse así misma, corazón de la tarde, llama que le da vida a todo ese colorido muerto del cielo y a las sombras quietas de los árboles y de las casas. Porque usted misma es más hermosa que la tarde entera.

Cecilia no me responde. Y se me queda mirando como asustada.

VI

Todo sucedió vertiginosa y desordenadamente. Al igual que en el bosque surge una ráfaga de aire que arremolina las hojas secas y sube hasta las enramadas poniendo en ellas un temblor de angustia; al igual que vuelve a tierra hecha ya vientecillo raudo y va creciendo en tono, engreída por lo liviano de la polvareda que cabalga en ella; al igual que comienza a afinar ritmos musicales con los tenues gemidos de los follajes batidos y se envalentona cuando a su paso se doblegan las primeras plantas de tallo frágil; y es luego brisa potente que espanta los pájaros y siembra galopes asustados en los animales del bosque y se va tornando colérica al sentir que a su paso no ceden los troncos recios. Y es finalmente huracán sin freno, azote de la selva, derrumbándolo todo a su paso, silbando salvaje y tremendo como la música de Ricardo Wagner.

Fué esa la gestación de nuestro vendaval. Todo estaba quieto, dolorosamente quieto. La palabra protesta era un muñón sangrante. Cárcel significaba cementerio. Millares de hombres habían muerto allá adentro y otros —fantasmas barbudos y aniquilados— quedaban esperando la muerte: muertos. Sobre la selva dormía un silencio tenebroso y pesado. Súbitamente, de la Universidad surgió el tenue remolineo de la brisa rebelde. Un festejo, un discurso, una lápida rota, un poema. Nos desanudamos la resignación. Y la brisa ha ido creciendo, y los ramajes han

iniciado un temblor de vida, y el bosque se poblará de la algarabía musical del huracán desbocado.

Tejo tales metáforas mientras observo cómo el patio se va llenando de luna clara. A nuestros oídos llega, como un rugido remoto, el embate del mar contra la muralla. Hace un calor sofocante en el fondo de la bóveda y he venido hasta la reja del calabozo a escuchar la voz acompasada del mar y a mirar el creciente reflejo de la luna sobre el patio. A mis espaldas, los compañeros duermen o piensan, tirados como fardos.

Realmente, los sucesos nacieron tan espontáneamente como las expresiones de la naturaleza. Sin un acuerdo previo estallaron los discursos rebeldes. El que derribó de una pedrada la lápida servil que infamaba el muro de la Escuela de Medicina, siguió un impulso de muchacho deportista e inconforme. Pero tras de cada palabra combativa que despuntó en el tallo del discurso o en el ramaje del poema, sentimos los otros que se había expresado nuestra más viva y más profunda inquietud. Y cuando los primeros compañeros fueron conducidos a la cárcel y engrillados los tobillos universitarios, en nuestros pechos quedó vibrando el eco de las voces rebeldes.

La Universidad se replegó en sí misma. Era preciso romper las ligaduras que el terror había anudado y torcido sobre las voluntades. En la mente del venezolano los fantasmas barbudos danzan una trágica zarabanda. El fantasma del hombre que murió después de muchos días y noches —eternos— de hambre y de sed. El fantasma del hombre que dejó los órganos genitales y la vida en el cordel del tormento. El fantasma del hombre que los mil latigazos tornaron en masa deforme y sangrienta. El que recibió la ración de arsénico en la escudilla de café. Los otros...

El recuerdo de las legiones de fantasmas maniata la voz y la sangre. Pero en las cárceles están cuatro compañeros con setenta libras de hierro a los pies. Las estatuas de Cagigal y Vargas escuchan ahora palabras que no refieren la juerga de la noche anterior ni hacen florecer el chiste picaresco. El agitador improvisado reclama a sus compañeros una actitud rebelde.

El buen humor de Robledillo se ha tornado en verbo desbocado y candente.

—Estoy hecho un Dantón!— nos dice.

Saldaña se ríe de él. Le observa que Dantón no tenía los dientes orificados como los tiene Robledillo. Pero no es Robledillo solamente. Es la misma voz naciendo en cada corredor, en cada rincón de la vieja Universidad. La chispa saltando en busca de la madera buena.

Y una mañana, la vieja Universidad nos vió salir en largas hileras, con una resolución estampada en los ojos. La ciudad entera se echó a las calles para vernos pasar. Y fuimos entrando, uno a uno, por el portal enmarcado de bayonetas y de rostros torvos. Torvos rostros estupefactos ante nuestra voluntaria marcha hacia la entraña misma del terror.

En una larga fila de camiones incómodos nos han conducido hasta esta fortaleza empotrada en el mar. Llegamos hambrientos. Y molidos por el bailoteo de los pesados carros sobre las rutas audaces. En el camino nos salió al encuentro una ciudad: Valencia. Se nos había dicho, apenas, que allí las naranjas eran más dulces y las mujeres más lindas que en ninguna parte. Y allí estaban todas sus mujeres —las lindas y las que no lo eran —esperando nuestro paso. Y también los hombres. Y las ancianas de ojos lluviosos, musitando bendiciones. Y los obreros de espaldas al taller. Y

los gritos de todos, gritos inéditos, gritos nutridos por largos años de callada rebeldía:

—Vivan los estudiantes!

—Abajo la tiranía!

La actitud de Valencia nos sorprende y nos emociona. Comenzamos a comprender que nuestro gesto no será un grito sin eco. Al menos hemos abierto la espita a las voces dormidas. Jamás me había sentido antes tan satisfecho de mí mismo como ante estos hombres de Valencia que se arrojan a nuestro paso desafiando con sus pechos a la barbarie.

A la salida de la ciudad, la última viejecita hace flamear, erguida como un guerrero, su pañuelo. Vuelvo los ojos hacia el compañero que va sentado a mi lado. Un atlético estudiante de medicina, de ancho tórax y puños cuadrados como los de los arrieros. Lleva los ojos nublados. Yo le observo:

—Estás llorando, José Tomás!

Y él responde secamente, con su voz ronca y viril:

—Sí!

Después, el Puerto. Allí una multitud silenciosa nos espera. Un brazo de mar separa al Puerto del Castillo colonial. Diez o doce entramos en cada barca. Barcas guiadas por remeros calmosos, como cansados. Yo digo en alta voz tres versos de Espronceda:

Viento en popa, a toda vela,
no corta el mar sino vuela
mi velero bergantín...

Y Robledillo, que va en la misma barca, concluye sonreído:

Es mi Dios
mi libertad...

Somos más de doscientos. La extraña flotilla avanza lentamente mientras atardece sobre la mole parda del Castillo. Una barca inició la canción o lamento ruso de los boteros del Volga y poco a poco se fué haciendo coro de toda la flota. A Morín le desagrada la resignación, la angustiosa impotencia, que emana del canto eslavo. Y se yergue en su bote gritando:

—Alá y Balaja! Sigala y Balaja!

Y un coro de doscientas voces violentas le responde:

—Sacalapatalajá!

Es el antiguo himno de Egaña transformado ya en grito de rebelión.

Y aquí estamos ahora en las bóvedas húmedas y salitrosas. Los carceleros nos despojaron de cuanto traíamos. Somos presos políticos venezolanos y tenemos un hambre aguda de más de veinticuatro horas sin alimentos. Hay chistes, sinembargo. La Universidad se ha trasladado a la cárcel sin perder su fisonomía universitaria. Al rugido del mar, en esta noche enlunada, le ha salido al encuentro la copla:

Tengo una tristeza honda
como nunca la sentí:
estoy pensando en la novia
que está rezando por mí.

Conmigo, estudiante sin novia, no va la copla. Pero el pensamiento evoca, en la cuenca de la copla, los ojos profundos y los senos altaneros de Cecilia. Y abandono la contemplación del patio con luna para ir a ocupar mi sitio en el fondo del calabozo. Es mal refugio para el preso la tristeza honda de que la copla habla.

———

Pasan algunos días. No hemos visto tribunales ni jueces, sino facinerosos armados hasta los dientes, *gánsteres* tropicales que no interrogan, carceleros que profieren amenazas e insultos. Nosotros le hemos puesto cascabeles al tiempo. Por las mañanas se abren las puertas de los calabozos y se congrega la Universidad en el patio fronterizo. Una pelota de trapo sale disparada en *home-rum* por sobre la tapia que da al mar. Tres verónicas ligadas con una vistosa rebolera rematan una faena de capa ejecutada a un torazo de anteojos que estudia dentistería. Rasguea el cuatro y el *corrido* es lanzado armonioso e intencionado como el lazo, —*corrido* y lazo, rutas del corazón llanero. Dos *heavy-weights* de la facultad de medicina cambian *jabs* escalofriantes a mano limpia. En un rincón del patio, las torres blancas hacen un arriesgado avance por los flancos buscando brechas en la cerrada defensa del rey negro. Un poema de Jorge Manrique despliega su belleza a prueba de siglos. En el calabozo número 2, alguien dicta lecciones de medicina práctica. Todo con hambre porque los frijoles son horrendos y escasos.

Un hombre que mató a alguien hace quince años, y desde entonces está sepultado en las bóvedas del Castillo, hace de ordenanza nuestro. Podrá haber matado a quien sea, pero lo cierto es que de él emanan una bondad y una generosidad que todos apreciamos. Nos dice:

—Ustedes no son todavía presos políticos. No tienen grillos. Les falta que los torturen, que los apaleen, que los maten poco a poco. Yo he visto morir muchos hombres en las cárceles. Muchos de ustedes seguirán en su lucha, volverán al Castillo, y verán entonces cosas horribles. Por ahora están casi de fiesta.

Y nos muestra las cicatrices que le jalonan el cuerpo. Una larga —de machete— en el brazo. Otra honda— en

los tobillos —de los grillos. Otra zigzagueante —en la espalda— del látigo.

—Eres un mapa geográfico del gomecismo— le dice Robledillo.

El primer acontecimiento de nuestra vida de presidiarios es la llegada de un nuevo lote de compañeros que salta jubilosamente el *buzón.* Uno de ellos, nariz descomunal y fabla pintoresca que son dos baupreses en su vida, nos refiere sucesos sorprendentes:

—Caracas ha respondido esplendorosamente al clarinazo inicial del Alma Mater. Conscientes de su misión histórica, diversos conglomerados sociales han cristalizado solidaridad en un despertar pletórico de proficua y pujante rebeldía. Caracas, inerme pero viril, ha irrumpido como en 1811...

Nuestra impaciencia le interrumpe la pieza oratoria para suplicarle que nos guarde el discurso para más tarde y que nos cuente lo acaecido con palabras vulgares y aún obscenas, si así le parece bien. Y lo sucedido es tan interesante que justifica la elocuencia espoleada de nuestro narigudo y engolado camarada.

Los obreros de Caracas se han negado a acudir al trabajo en señal de protesta por nuestro encarcelamiento. Obreros que carecen de organizaciones y de tradición de lucha, se han guiado por su instinto que les hace presentir la ciudad muerta sin el aporte de sus brazos. Y allí está, muerta, la ciudad. Mudas las calles sin tráfico, desiertos los almacenes. Es lo que se llama huelga general en otros países. Aquí no se llama de ningún modo porque nunca había sucedido antes.

Las mujeres se han echado a la calle victoreando a los estudiantes presos y ataviadas con la boina universitaria.

Un numeroso grupo de abogados, que intentaba formular una protesta, cruzó las calles de la ciudad entre gendarmes, como pandilla de bandoleros, rumbo a los calabozos de un cuartel. En el barrio de San José los obreros huelguistas se baten a pedradas contra los revólveres de la policía. Las manifestaciones son disueltas a sablazos. Lotes de obreros y de empleados de comercio son conducidos a la carretera de Palenque, a trabajos forzados bajo el sol del llano. Sucesos semejantes acaecen en La Guaira y en Valencia.

Se ha roto la mordaza. El pueblo está de pie, decidido y heróico, resuelto a rescatarnos. Evoco nuevamente la parábola de la brisa transformada en huracán salvaje y tremendo como la música de Ricardo Wagner.

Así se abrieron para nosotros las rejas del Castillo. La tiranía dobló por primera vez la cerviz, ante el empuje del pueblo y como único medio de conjurar la tormenta.

A nuestros calabozos llegó un esbirro zalamero y perfumado. Ha venido desde Maracay en el más veloz de sus automóviles, enviado de urgencia por el propio Gómez. Viene a prometernos la libertad, a cambio de muy poca cosa. Simplemente firmar una carta dirigida al general Gómez donde entonamos un ingenuo mea culpa por nuestros arrebatos juveniles. El emisario conferencia con los dirigentes de nuestra organización estudiantil. Y, cuando éstos le advierten que nada pueden hacer sin consultar a la asamblea, manifiesta su extrañeza de servil:

—¿Pero ustedes no son los jefes?

Mas los "jefes" insisten en convocar la asamblea. Nos abren las puertas de los calabozos y vamos tomando asiento,

formando dos largas hileras paralelas a la pared lateral del patio. Arriba, verticalmente, está el sol del mediodía. Arriba, oblicuamente, está la azotea del Castillo donde oficiales y soldados hacen relucir sables y fusiles bajo el sol. Frente a nosotros, la cuenca oscura de los calabozos vacíos.

El presidente abre la sesión ante la mirada sorprendida e incrédula del emisario perfumado y baboso. El secretario, un judío talentoso que estudia medicina y se ha hecho nudista en el Castillo, lee con voz pausada la carta que se nos propone firmar a cambio de nuestra libertad. El presidente deja oir su voz ronca y ceremoniosa:

—Los que estén de acuerdo con firmar esa carta que lo manifiesten poniéndose de pie!

Los soldados de la azotea cesan de cuchichear. El silencio se hace más pesado bajo el sol del mediodía. Nadie se ha movido. El esbirro perfumado sonríe forzadamente. Después se golpea la polaina con el foete y se marcha sin despedirse.

Y esta asamblea, frente al brillo de las bayonetas de los soldados y frente a las fauces negras de los calabozos, ha sido el único suceso trascendental en nuestra jornada de presidiarios noveles. A la mañana siguiente volvemos a cruzar, libres, el brazo de mar que nos separa del Puerto. El Castillo recupera su aspecto sombrío y silencioso de fortaleza abandonada. En sus bóvedas quedan otros presos políticos, piedras talladas por la angustia.

Regresamos por las rutas audaces. Los pueblecitos del camino nos salen al encuentro con las calles colmadas de bienvenidas. En Antímano, portal de Caracas, nos espera un grupo nutrido de rostros conocidos. Allí está Cecilia, presos los cabellos negros en la boina estudiantil, tiernos los ojos profundos. Se acerca al automóvil donde vamos Armando y yo.

—¿Sufrieron mucho, verdad?

Y, como yo la tranquilizo refiriéndole nuestras vacaciones entre los muros del Castillo, Cecilia sonríe emocionada.

—Y yo que me imaginaba cosas horribles!

Cecilia enmudece. Y luego me dice turbada:

—Vaya por casa esta noche, Vidal. Mamá querrá verlo...

Y el rubor de Cecilia, y el temblor de su voz, me siembran una alegría inexplicable y cálida.

La ráfaga no habrá de quedarse dormida en el primer recodo del camino. Las hojas que caen al río se van con la corriente que anda en busca del mar. Y ni las que más tarde se arrimen cobardes a podrirse en el lodo de la ribera, ni esas volverán a saber de la serenidad primitiva de la enramada.

Esa misma noche, cuando caminaba hacia la casa de Cecilia, me detuve para que un limpiabotas, pilluelo caraqueño de trece años, diera lustre a mis zapatos. Trabajando meticulosamente, mientras silbaba una canción, los tornó relucientes. Y, cuando yo le tendí una moneda, señaló mi boina estudiantil y me dijo:

—¿Usted es estudiante?

—Sí.

—¿De los que fueron al Castillo?

—Por supuesto!

—Pues bien, yo a ustedes no les cobro hoy!

Y se marchó silbando con su Gavroche adentro.

Y cosas más graves. Tres días más tarde, cuando la Universidad ha reanudado sus clases y recobrado su aspecto de toda la vida. Una viejecita, ocultos los cabellos blancos

en oscuro pañolón de tela burda, se acerca al grupo que formamos los que charlamos a la puerta de la Universidad. Nos habla con voz dolorosa:

—Mi hijo trabajaba en una fábrica, ¿saben? Se fué a la calle a pelear a pedradas con los policías porque ustedes estaban presos. Lo agarraron y se lo llevaron a la carretera de Palenque. Palenque es un infierno, hijos míos. Allá se mueren los hombres como moscas, ¿saben? Ahora los soltaron a ustedes pero a él lo dejaron en Palenque junto con otros hombres del pueblo. Es lo único que tengo en el mundo, ¿saben?

Hacemos una colecta y logramos reunir unos cuantos bolívares. La viejecita los toma conmovida, pero se nos queda mirando entre lágrimas:

—Muchas gracias, hijitos, muchas gracias! Pero yo lo que quiero es mi muchacho, ¿saben?

Iniciamos la lucha. Y ahora somos las hojas que van navegando en la corriente inexorable del río.

VII

La culpa fué del Cinto de Orión. Al menos el Cinto de Orión fué la voz que despertó las emociones, calladas y confusas antes, vibrantes y precisas hoy. Siento un escozor de palabras, anidadas en mi pecho, que pugnan por salir como pájaros. Ignoro lo que aspiran decir las palabras presas. Pero presiento musicales gritos de júbilo. La culpa fué del Cinto de Orión!

Ayer tarde reanudamos Armando y yo la lectura de los textos. Leímos pocas páginas porque Armando sigue siendo presa de la inquietud alucinada que trajo del Castillo. La resonancia de nuestro movimiento sobre la masa de la población ha abierto horizontes amplísimos a su ayer estrecho cerco de hombre pesimista. Ha comenzado a creer en su pueblo y en la revolución. Lee y está ausente de las palabras que pronuncia en alta voz. Y a cada instante se interrumpe para exponer lo que trabaja en la trastienda de su pensamiento:

—Todo el pueblo en la calle, Vidal! Barricadas en San José! Si lográramos profundizar y acoplar las fuerzas del pueblo, la tiranía se vendría abajo como un trasto inútil. ¿Comprendes?

Finalmente cerró el libro y lo arrojó al suelo. Cuando salí de la casa eran las seis de la tarde. Una de esas tardes que oscurecen temprano, impaciente la noche por sembrar sus estrellas. Al frente estaba el Parque envuelto en som-

bras, mi viejo amigo de la fuente musgosa y el silencio hospitalario. Me adentré por las avenidas, andando lentamente bajo los árboles, sin pensar en nada. En un banco estaba sentada Cecilia, con un libro cerrado entre las manos. Fuí hasta a ella sin apresurar mis pasos lentos.

—Ya ve usted, Rojas. El cielo me ha negado su luz para seguir leyendo y me he quedado oyendo cantar los pájaros.

Estaba solo el Parque. Un calofrío de trinos estremecía las ramas más altas. Me senté a su lado.

Hablamos. No puedo recordar ahora con precisión lo que hablamos. De la novela que ella tenía entre las manos, de los árboles con sombra, del silencio armonioso que traía la noche. Sí recuerdo que Cecilia tronchó una frase para mostrarme un postigo de cielo entre las ramas.

—Mire usted qué limpias esas tres estrellas. ¿Cómo se llaman, Rojas?

—Es el Cinto de Orión.

Y luego comenté:

—Un poeta amigo mío las menciona así en unos versos:

Tres miradas luminosas
que me vigilan el alma
abierta en rosas de amor...

Ella había vuelto el rostro hacia mí mientras yo hablaba. El último verso lo dije quedamente, muy cerca de sus labios. Tan cerca que la última palabra se me durmió en un beso. Cecilia tiene todo el calor de la tierra en los labios. Se levantó ágilmente, entre temerosa y rebelde. Miró hacia los rincones oscuros del Parque y luego me dijo:

—Vámonos, Rojas!

Regresamos a su casa, caminando silenciosos bajo la noche que ya se había adueñado del cielo. Yo tenía mil cosas que decir y no dije una palabra. Me sentí agarrotado por una extraña timidez y me asombraba de la audacia de un momento antes. Ella tampoco hablaba, ni me miraba. Junto a la puerta me tendió la mano y me dijo, como en un murmullo:

—La noche y las estrellas son malas consejeras!

Y yo:

—La noche y las estrellas las tengo yo en el alma desde hace tiempo...

Pero ella dijo bien. La culpa fué del Cinto de Orión.

Aquella noche del Parque ha ido creciendo en mi pecho como crecen las llamas. Desde aquella noche me es difícil pensar en otra cosa. El pensamiento se echa a andar y vuelve al mismo sitio como los hombres perdidos en la montaña. Cuando estudiamos, mis ausencias son más frecuentes que las de Armando.

Estoy descubriendo un nuevo ser que se desborda en mi sangre con banderas de vida y de fiebre. Me siento guerrero, poeta y hasta místico. Debo estar despiadadamente enamorado. No he vuelto a hablar a solas con Cecilia y mi deseo de hablarle me mantiene como en acecho.

Esta mañana en el patio de la Universidad discutía Saldaña —erizado de sarcasmos como siempre— con un joven poeta de la escuela de derecho, muchacho escuálido de carnes y sentimental de alma. Discutían acerca del amor, según el poeta. Acerca del problema sexual en sus aberraciones morbosas, según Saldaña.

—Mira, poeta! A mí no me vengas con versitos. Si el objetivo fundamental del amor es un acto carnal y si en dicho acto sólo entran en función órganos tangibles, el amor es, pues, una simple necesidad fisiológica como el hambre, como la sed y como las ganas de orinar. Toda esa farsa de crepúsculos y de suspiros que ustedes ponen en sus versos de amor es como el menú en francés con que se pretende enmascarar la prosaica función del aparato digestivo.

—Pues no es lo mismo! —replicaba indignado el poeta.—Porque cuando tú sientes hambre te es igualmente satisfactorio que te sirvan pescado, o carne, o ensalada, siempre que esté bien condimentado lo que te sirvan. Mientras que si estás enamorado no te es ni remotamente lo mismo acostarte con cualquier mujer, por linda que sea, que tener entre tus brazos la mujer amada, aunque no posea la belleza de aquélla.

—Es allí precisamente donde reside la aberración. Para tu organismo es exactamente lo mismo. Pero tú te has creado la fantasía del amor, un estado morboso, con el objeto de complicar una función tan sencilla como es el acto sexual y dificultar su realización con la rémora del exclusivismo que le atribuyes. Es como esos individuos neurasténicos que afirman que solamente le agradan tales y cuales manjares... sin haber probado jamás los otros.

—Es distinto! —insistía el poeta desesperado.—A un hombre que ha comido, que está satisfecho, harto, no lograrás hacerle probar un plato de su manjar favorito ni abriéndole la boca con pinzas. Mientras que un hombre enamorado, aun cuando venga de satisfacer sus deseos sexuales con otra mujer, sigue siendo idénticamente un hombre enamorado.

—Claro que sí! Pero el hombre harto que tú pones de ejemplo sigue siendo también un hombre a quien le agra-

da el bistec con patatas aunque venga de comerse tres. Igualmente el hombre enamorado es mañana, y no inmediatamente después de haber satisfecho sus apetitos sexuales, que se siente inclinado verdaderamente a revolcarse con "la mujer amada". Es inútil, poeta, que recurras a la metafísica para explicar las cosas que se aprecian con los sentidos.

En esos momentos me desagradó cuanto Saldaña decía. En otra ocasión hubieran sido para mí motivo de regocijo su argumentación escandalosa y el dejo de superioridad protectora y mordaz con que apabullaba al poeta. Pero no ahora. Intervine en la polémica con voz casi agresiva:

—No hay necesidad de recurrir a la metafísica para rebatir lo que estás diciendo, Saldaña. Acepto que el amor es algo que se vive con la sangre, con el cerebro, con el sistema nervioso. Pero no veo la razón para confundir el materialismo con la vulgaridad. El amor no es solamente el acto carnal, como tú lo presentas. Es un sentimiento mucho más complejo. Es una sensación mucho más elevada que ingerir un plato de judías y que el coito en su expresión animal. Por otra parte, es torpeza arrojar en un mismo saco todo cuanto se aprecia con los sentidos por el solo hecho de que se aprecia con los sentidos.

El arte también se aprecia con los sentidos. Con los sentidos vemos la piedra, y no por eso es lo mismo ver la piedra que admirar la piedra tallada por Miguel Angel. Si tú no sabes diferenciar entre las ganas de orinar y los deseos de escuchar el Claro de Luna de Beethoven, la culpa no es precisamente de Beethoven.

A Saldaña no le agradó el tono engallado de mi voz y optó por mirarme de arriba a abajo sin responderme. Después dijo más allá que yo estaba espiritualmente enamorado. Y que, para demostrar que el amor era un

sentimiento netamente espiritual, había tomado mi enamoramiento por decir groserías a los amigos.

—Groserías muy espirituales, —comentaría sonreído.

Pero lo cierto es que yo necesito hablar a Cecilia. En su casa siempre está de por medio la amabilidad azucarada de doña Concepción, o Armando, o alguien más. Ella se ha apercibido de mi impaciencia y ha sonreído. Una sonrisa ambigua que bien pudo ser burlona, bien pudo ser comprensiva. He estado a punto de escribirle una carta. Pero he rechazado esa idea después de considerarla tan cursi como los juegos de prendas de doña Concepción.

———

VIII

Morín llegó hoy muy temprano en busca mía. Tiene cosas urgentes que decirme. Me propone salir a la calle porque no le inspiran confianza los frágiles tabiques de las casas de pensión.

Subimos *El Calvario.* Desde allí se divisa Caracas en el fondo de una copa gigante de montañas. Morín no está en disposición de admirar paisajes. Se cerciora de que no hay ni pájaros en el paraje y luego comienza a hablar en términos concisos y cortantes:

—Anoche hemos hablado con el capitán Utreras. Es un militar en servicio y es también un enemigo de la tiranía. Está resuelto a jugarse la vida en un alzamiento. Desea la cooperación de los estudiantes para dar el golpe. Tiene un plan estupendo para adueñarse de los cuarteles de Caracas. Se nos unirá el pueblo en seguida y con el pueblo armado y parte de las tropas de Caracas haremos frente a Gómez que está en Maracay. Nos iniciaremos con la ventaja de tener en nuestras manos la capital de la República. En los cuarteles de Caracas hay varios miles de fusiles y algunos millones de tiros. Entre los cadetes de la Escuela Militar tenemos hombres de confianza. Estos se encargarán de dar el golpe allí y contaremos con esa posición y con los muchachos de la Academia que son los únicos que tienen cañones y saben dispararlos. ¿Qué te parece?

Quedo deslumbrado. Caracas está al fondo de una copa de montañas. Miro hacia ellas mientras desfilan por mi mente —superpuestos y en desorden— cañones, fusiles, oficiales, cuarteles, ametralladoras, la preocupación tonta de que nunca he disparado un revólver. También los ojos de Cecilia, las rejas de los calabozos del Castillo, las cicatrices del ordenanza. Y vuelvo a mirar hacia la ciudad agazapada. Morín se impacienta:

—¿Qué te parece? Dime qué te parece!

—¿Qué me va a parecer, hombre? Que cuenten conmigo.

Pero no es eso solamente lo que Morín desea de mí. El sabía de antemano que podían contar conmigo. Mas espera que también los ayude en la preparación del cuartelazo. Que discutamos cuáles estudiantes deben invitarse previamente a participar en el movimiento y cuáles deben ser llamados en el último instante. Me informa que hasta ese momento sólo están enterados del complot tres militares y cinco estudiantes. Y al observarle yo que necesitamos un contacto con hombres conocedores de las masas trabajadoras, Morín me responde:

—Ya hemos pensado en eso. Hemos investigado quiénes fueron los que hicieron de dirigentes en la huelga general que se produjo durante nuestra prisión. Son hombres valerosos y discretos. Esta noche tenemos una entrevista con ellos. Si quieres venir con nosotros...

Ya la fiebre de la conspiración se ha apoderado de mis nervios. Vivamente le interrumpo:

—Claro, hombre! Iré con ustedes.

———

Morín me ha dado las señas de una callejuela en la Parroquia de San José. Llego a una casita de humilde aspecto. Una sala diminuta de piso enladrillado. Cuatro sillas rústicas, corianas, y una pesada mesa abrumando con su presencia a las sillas enclenques. Ornamentadas las paredes con un almanaque de Rojas Hermanos; una litografía de una india sonrosada, propaganda del "Sanatogen"; un recorte de periódico mostrando la efigie del torero Joselito; una fotografía de un mulato de cuello duro y bigotes kaiserinos. Sobre la amplia mesa se destaca un florero de vidrio teñido de rojo y conteniendo rosas de papel. Alrededor del florero hay mil baratijas esparcidas: tarjetas de bautizo, postales en colores, caracoles marinos.

Aquí vive el *maestro* Eusebio, albañil. El maestro Eusebio tiene los dedos endurecidos, calizos. Al darle la mano me parece que saludo a una estatua.

—Entre, bachillel. Siéntese que está en su casa.

No han llegado los otros pero el maestro Eusebio me asegura que no tardarán. Me dice que deben estar ya cerca y que debemos perdonarles la tardanza porque él vive "en el quinto infierno". Y comienza a charlar conmigo, sin aludir al motivo de nuestra visita.

El maestro Eusebio me habla de toros, pronunciando las eres como eles, al contrario de la mayoría de los hombres del pueblo venezolano que truecan las eles en eres. Son su espectáculo favorito las corridas de toros. El maestro Eusebio prefiere el "toreo científico" al de esos bárbaros que se meten en los cuernos buscando una cornada sin saber lo que hacen, y al de los "preciosistas" que esperan un toro francote para bordar figuritas. Su torero es el torero dominador. Y, sobretodo, que sepa matar.

—Mariposítas con la capa las hace cualquiera. Entrando a matal es que un diestro enseña si sabe o no sabe.

Un volapié no lo da cualquiel maleta. Yo tengo veinte años yendo a la plaza y no saco el pañuelo pa pedil la oreja sino después de un volapié. Una vez *Saleri* en el Cilco Viejo...

Pero van llegando los otros. Morín, Saldaña y Aguilarte, los primeros. Aguilarte es un muchacho humilde y recio, estudiante de medicina, muy parco en palabras. Popular entre el elemento obrero, no solamente por sus correrías sabatinas por esos barrios —sus padres se lamentan amargamente de que el hijo les salió "orillero"— sino también porque en el hospital está siempre dispuesto a aplicar la cura rápida al que se hirió en un accidente de trabajo, o a inyectar Salvarsán y pagar las ampolletas al hombre que lo necesita y no tiene dinero para comprarlas. Aguilarte es de gran utilidad en esta comisión de hoy.

Luego entra un obrero bastante más joven que el maestro Eusebio. Su rostro es simpático y se le adivina a simple vista la fibra "guachafitera" venezolana, el chiste y la chanza a flor de labios. Se llama Quintín y trabaja en los tranvías. Después llega Figueras, obrero de fábrica, a quien apodan "El Catalán". El último en llegar es Robledillo, apresurado y mirando el reloj.

—El responsable es el tranvía —se disculpa al observar que esperamos por él.— Para hacer de Caracas una ciudad correcta y de los caraqueños hombres de palabra, hay que comenzar por incendiar los tranvías, por destruir esos carromatos pesados, lentísimos e indecentes.

—Siempre que usted nos pase la comía, a mí y a mi vieja, no hay inconveniente en que queme hasta ar Gerente de la Compañía, —objeta Quintín, el tranviario.

Nos sentamos. Las sillas son insuficientes y el maestro Eusebio va a la cocina y regresa con un banco y un cajón vacío. El cajón lo toma para sí.

Es Morín quien habla. Expone el problema en forma parecida a como lo hizo para mí esta mañana y pide su cooperación a los tres dirigentes obreros.

Los tres hombres expresan opiniones diferentes. Es Quintín quien rompe el silencio que sigue a las palabras de Morín:

—Ya ustedes vieron en la huerga, bachilleres, que estamos con ustedes. Er pueblo no desea sino quitarse esta vaina de encima y está resuerto a tirar cuarquier pará. Contimás con ustedes que pa nosotros son hermanos. Yo tengo ar menos seis amigos que sirven pa lo que ustedes quieran. A los demás se les avisa después, como dice er bachiller. No hay más que hablá.

Al maestro Eusebio sí le parece que hay más que hablar:

—Cuando ustedes dicen que es un asunto bien planiado es polque así debe sel. Pero yo tengo desperiencia. Yo no puedo decil a mis amigos que vamos a tomal cualteles con cucharas de albañil. Ustedes saben que al hombre del pueblo que cojan en un barullo de ésos lo matan como un perro. No se les puede invital sin ofreceles un arma pa que se defiendan.

Mucho más complicada es la opinión de Figueras, "El Catalán". Desde que comienza a hablar observo que posee un nivel de cultura y un lenguaje mucho más elevados que los de la generalidad de nuestros obreros:

—Todos estamos interesados en acabar con la tiranía de Gómez, pero parece que no estamos de acuerdo en la manera de acabar con ella. Yo creo que los alzamientos de cuartel no son el mejor camino. Porque puede haber emboscados tras de los militares honrados que ustedes nombran. Por eso les aconsejo que piensen bien lo que van a hacer y para quien van a trabajar, no vaya a ser que se sacrifiquen

como unos pendejos para montar arriba a un general Gómez con unos años menos.

La discusión se generaliza. El tranviario, que desde un comienzo se ha mostrado entusiasta partidario del complot, trata de convencer a sus compañeros:

—Las armas las tendremos lueguito, maistro Usebio. ¿De ónde van a sacá armas los muchachos ahora mismo? Yo tengo un revólver en mi casa y a usté no le fartará uno enterrao en el patio.

—A mí no me falta y voy a dil con ellos. Pero yo no puedo invital a más naiden sin decile, junto con proponerle el coroto: —Aquí tienes un perol pa que zumbes tiros. Después de tomadas las armas yo vendré a San José a buscal hombres dispuestos a empuñal el fusil.

El maestro Eusebio ha expresado su punto de vista en forma muy clara. Nada se ganaría con discutir con él. Debe tener el carácter calizo como los dedos. Morín se dirige entonces a Figueras que está escuchándolo todo con gran atención:

—No se imagine usted que nosotros vamos tan a ciegas. Los militares que nos han buscado saben de antemano que los estudiantes no estamos dispuestos a servir de escalón a un nuevo tirano. Y está sobrentendido que la primera medida de la revolución triunfante será convocar el pueblo a elecciones.

—Eso piensan ustedes —replica Figueras.— Y tal vez piensen lo mismo los militares que hablaron con ustedes. Pero no sabemos si por detrás de esos oficiales jóvenes está algún tercio de más arriba, algún caimán compadre de Gómez que quiera repetir la marramucia que Gómez le hizo a Castro.

—Pues eso es lo fundamental que hemos advertido a los oficiales. Que no aceptaremos jefatura de ningún generalote gomecista. Que si colaboramos en el movimiento es porque se trata de militares jóvenes y de ideas democráticas.

—A pesar de todo, —insiste tercamente Figueras.— Esos golpes de media noche siempre han tenido un general escondido en su casa que aparece cuando suenan los últimos tiros. Yo creo que la revolución no se puede hacer solamente con unas descargas y con un cambio de hombres...

Parece que iba a seguir desarrollando el tema, pero se ha detenido. Y continúa en otro tono:

—Bueno, muchachos! Cuando a ustedes los zamparon en la cárcel, mis amigos y yo nos pegamos a parar la huelga. Pero para tirar tiros en beneficio de unos militares, sin promesas sino de boquilla, no cuenten con nosotros.

—Ustedes prefieren, seguramente, que la tiranía persista por los siglos de los siglos —dice Saldaña que hasta entonces había escuchado en silencio.

Figueras lo mira con extrañeza:

—Nosotros trabajamos también contra la tiranía pero en una forma diferente y pensando muy bien lo que hacemos. El que no vé alante, atrás se queda.

—¿No se podrá conocer esa fórmula mágica que ustedes poseen? —inquiere Saldaña con voz sibilina.

—Puede ser que no —responde Figueras ya amoscado. —La clase obrera tiene sus métodos de lucha...

—Es que no se trata de la clase obrera —interviene de nuevo Morín— sino de toda la población que es igualmente oprimida por el despotismo.

—Pues no señor! La clase obrera es más explotada y más oprimida. Y no debe ir a la lucha si la lucha no significa mejoría de su situación.

—De eso no hay duda —le respondo yo esta vez. —Pero eso no quiere decir que el resto de la población no sufra la tiranía y no esté dispuesta a combatirla. Por otra parte, creo que si la revolución no tiene por objeto librar a nuestros trabajadores de los yugos que sufren, no vale la pena pensar en la revolución.

—Desgraciadamente no todos los revolucionarios piensan como usted —dice Figueras dirigiéndose a mí. —Aquí llamamos revolucionario a cualquiera que tire cuatro tiros contra el gobierno pensando en una jefatura civil en el gobierno de mañana, para desde allí robar igualito a como roban los jefes civiles de ahora.

—Pues precisamente la labor de los que somos verdaderamente revolucionarios es impedir que eso suceda participando en el movimiento y moralizándolo desde adentro —insisto yo.

—Es que están llamando movimiento revolucionario lo que no es sino una parada tirada a media noche que a lo mejor no va a ser sino un cambio de hombres. Revolución es algo más complicado. Pero eso es mucho más largo de discutir —concluye Figueras.

—Bueno, Figueras. ¿En definitiva? —lo precisa Robledillo.

—En definitiva no cuenten conmigo y mis amigos para un alzamiento con los ojos tapados. Nosotros seguiremos luchando contra Gómez a nuestra manera. Y a la hora del alzamiento estaremos presentes para ver si empujamos las cosas un poquito más allá de lo que quieren algunos generales enemigos del General. Y no se olviden ustedes de mis consejos...

Se ha hecho un poco tarde. Y sabemos lo que queríamos saber. Aguilarte está hablando apartado y en voz

baja con el tranviario Quintín. Seguramente fijan fecha y lugar para un próximo encuentro. Al maestro Eusebio le avisaremos el día del cuartelazo y, mientras tanto, pediremos a los oficiales algunos revólveres para los amigos del viejo albañil.

Vamos saliendo de la casucha, primero los estudiantes, espaciados, de uno en uno. Quedo el último. Antes de salir, Figueras me sujeta del brazo y me dice:

—¿Le interesa a usted verdaderamente la liberación de nuestros trabajadores?

—¡Naturalmente!

—Pues yo quisiera volver a hablar con usted. Hay cosas que no se pueden explicar delante de muchas personas. Ese abogadito Saldaña que me dijo las ironías es el hijo del amo de la fábrica donde yo trabajo. Mejor es evitar...

Le digo la dirección de mi casa y salgo a la callejuela oscura. Ha llovido y la luz asmática del farol se refleja en los charcos. Caminando de prisa alcanzo a Robledillo y ambos nos reunimos a Saldaña un poco más lejos. Robledillo comenta:

—Hay que reconocerle a Figueras que no se le agua el ojo para discutir. Cuando me gradúe de abogado pienso proponerle que me defienda los pleitos. Es testarudo y audaz, virtudes esenciales. Si es también pícaro y cínico, lo cual falta por investigar, el foro es suyo.

Yo manifiesto la impresión que Figueras y sus palabras me han causado. No sospechaba que en nuestros medios obreros existiera un tipo que supiera expresarse en tal forma.

Y Saldaña dice despectivamente:

—A mí esos obreros con humos de maestro de escuela me revientan. Ese Figueras padece probablemente de una indigestión de libracos de la Editorial Maucci, Barcelona, una peseta cincuenta. Tú que eres casi médico, Vidal Rojas, recétale un purgante.

IX

Todas las tardes me esperaba Cecilia en la ventana y allí hilvanábamos la charla tierna, salpicada de silencios y de largas miradas, y aún del beso fugaz y asustado cuando la calle quedaba un instante desierta.

Pero he aquí que doña Concepción se ha percatado de nuestras charlas y ha interrogado a Cecilia. Cecilia le respondió que nos queríamos y entonces ha ardido Troya. Toda aquella gentileza, todas aquellas palabras melosas y aquellas genuflexiones evocadoras de rigodones y de Versalles, toda la inconmensurable amabilidad de doña Concepción Pereda, se ha ido a pique. Y de sus ruinas ha surgido un feroz cancerbero, tremendo y desleal enemigo mío. Como el caso de aquellos señores feudales de exquisitos modales que, súbitamente, tornábanse feroces y se iban a las Cruzadas a despachurrar infieles. Y el infiel, para doña Concepción, soy yo.

Parece que a doña Concepción le desagrada profundamente mi condición de estudiante, en cuanto la considera incompatible con la de novio de Cecilia. En su concepto, los estudiantes adquieren novia con la intención premeditada de burlarse de ella y no con sanos propósitos matrimoniales. Además, doña Concepción ha resuelto catalogar a los estudiantes en el ficnero de los holgazanes, de los hombres sin oficio. No le ha valido nada a Cecilia su argumentación de que el estudio es un trabajo como cualquier otro y de que

solamente me faltan dos años para finalizar la carrera y comenzar a recetar enfermos y a cobrar honorarios. De nada le ha valido tampoco traer a colación el ejemplo de Armando y preguntarle a la madre si lo considera un vago y si lo juzga capaz de enamorar a una muchacha con las aviesas intenciones de tomarla como pasatiempo. Ante la indignación de la matrona los razonamientos de Cecilia son palabras perdidas.

Y ha comenzado a tomar medidas estratégicas contra mí. Cuando llego a la casa a estudiar con Armando ya no salen de sus labios aquellas melífluas investigaciones acerca de mi salud y la de los míos. Apenas un saludo seco y tajante, unas "buenas tardes" con entonación de "mal rayo te parta". Y como tales "buenas tardes" iban acompañadas de miradas torcidas que expresaban un desagrado sin cortapisas, he creído prudente proponerle a Armando que nos separemos para estudiar. He argumentado que las horas se nos van en charlas políticas, lo cual es rigurosamente cierto. Armando, aislado del mundo por sus propias preocupaciones, no se ha dado cuenta de mis charlas con Cecilia, ni de la agresiva actitud de doña Concepción para conmigo.

Pero no se detuvo allí doña Concepción. Más tarde ha puesto en ejecución un auténtico bloqueo. Cerráronse las ventanas para Cecilia. Solamente puede asomarse a mirar los árboles del Parque cuando la madre la acompaña en el poyo de enfrente. Y aún en estos casos, cuando doña Concepción vislumbra mi silueta plantada en la esquina, ciérranse los postigos violentamente y madre e hija desaparecen en el interior. Investigó luego doña Concepción que Cecilia se veía conmigo en el cine, cuando ella iba con sus amigas, y prohibióle también el cine. Irá solamente con ella y a ver las películas que a doña Concepción le agradan:

dramones horrendos y —cosa extraña— aventuras de *cowboys*. Tampoco volverá Cecilia de compras con las amigas. Doña Concepción se ha convertido en su sombra, una sombra ancha y agobiante, como la que nos acompaña cuando andamos rozando una pared llena de luz.

Nuestro único lugar de cita es la salida de misa, donde yo espero a Cecilia con gran devoción. Y ella me cuenta, en esas charlas saltarinas a la puerta del templo, mientras mira una y otra vez el reloj, que en la casa sufre una tortura constante de insultos alternados con súplicas llorosas. Doña Concepción no tiene otro tema salvo hablar de mí. Ya ha olvidado las anécdotas de Bolet Pereza y cómo se le quitan las manchas a las cucharas de plata. Me calumnia sistemáticamente. Afirma que soy un borracho y que tengo una querida en San Juan. Cecilia le discutía al principio pero luego, ante lo estéril de su argumentación, ha optado por oirla sin prestarle atención, como se oye el lenguaje inexpresivo de la lluvia cayendo sobre el patio.

Y yo cada día amanezco más enamorado. Cecilia es toda ternura y toda comprensión. Adoro su voz que es un arrullo y sus tibias manos morenas. Y me quiere.

—Te quiero locamente, Vidal! En mi vida no existe otro horizonte que tu mirada. Todo lo que yo pienso y hago y siento está impregnado de tí. Me he creado un mundo pequeñito donde los únicos habitantes somos tú y yo.

De poco vale el cerco puesto por doña Concepción a nuestro amor. Esta mañana me telefoneó Cecilia:

—Oye, Vidal. ¿Tú no tienes clases hoy, verdad?

—Sí, hija, tengo dos clases en la mañana.

—Pues bien, no vayas a las clases. Te espero aquí, en casa.

—¿Qué dices?

—Que te espero aquí, en casa. Ahora mismo, a las nueve.

Corrí a vestirme. Mientras anudaba el lazo de mi corbata, volvió a chillar el teléfono y temblé imaginándome que era de nuevo Cecilia, esta vez para decirme que se había gastado una broma conmigo. Pero no, no era ella. Salí a la calle apresuradamente.

Al llegar al Parque divisé de lejos su cabeza enmarcada por el postigo de la ventana.

—¡Entra sin tocar!

Abrió la puerta sigilosamente. Al principio estaba un poco nerviosa, pero luego reía como una chicuela que se enorgullece de una travesura. La madre había salido de compras por toda la mañana y Armando a las clases. Quedó sola con la criada y se puso a pensar en mí. Sintió la nostalgia de tenerme a su lado. Y luego el deseo incontenible de llamarme. Vaciló unos instantes junto al teléfono y, finalmente, se decidió. Todo esto me lo dice en la sala, donde nos hemos encerrado para que la criada no advierta mi visita.

—Pero es una locura, Cecilia. Si tu mamá se entera arma un escándalo.

—Si se entera me mata, Vidal. Me degüella! Pero, ¿por qué se va a enterar? Dígame usted, señor pesimista, ¿por qué se va a enterar?

Estamos sentados en el sofá honorable donde doña Concepción coloca a sus más encopetadas visitas. Le tomo las manos y luego la boca dulce y viva, cálida y maravillosa. Vale la pena desafiar las iras de doña Concepción. Me veo precisado a reconocer ante mí mismo que en estos besos sin trascendencia, en este gesto simple de acercar mis labios a los suyos, encuentro yo una dicha infinita, una emoción

más honda que todas mis emociones pasadas. Yo no soy un romántico ni soy un adolescente. Tengo veinticuatro años y estudio medicina. Sinembargo, esta sensación tan tierna de besar a Cecilia no la cambio por ninguna otra sensación. Es infantil, es sentimental, pero es así. Mentiría si afirmase otra cosa. No es el beso. Es ella, Cecilia, dentro del beso.

Casi no hablamos. Ella protesta porque me llamó para conversar sobre nuestros problemas y el tiempo se nos va en frases truncas y en besos cada vez más largos. Protesta pero no me aleja el rostro ni la tentación de su aliento perfumado y emocionado.

—¿Me quieres, Vidal? ¿Es verdad que me quieres?

Las dos horas se esfuman como segundos. Un reloj nos amonesta cantando once campanadas autoritarias. Cecilia me dice que debo marcharme. Doña Concepción podría llegar y tendría que ocultarme bajo el sofá hasta quién sabe cuándo.

Al salir a la calle el viejo Parque me parece más hermoso y más amigo que nunca. La voz y las caricias de Cecilia me han sembrado una sed infinita de toda ella, plenamente mía. Va tomando forma en mí un pensamiento que habrá de crecer y rondarme como una obsesión:

—Si yo tuviera a Cecilia en nuestra casa, construyendo nuestra vida juntos, luchando juntos...

He caminado pocos pasos y vislumbro a lo lejos a doña Concepción que viene apresurada y cargada de paquetes. Tuerzo rápido el rumbo hacia el Parque.

No me ha visto. Estoy seguro de que no me ha visto. Me detengo junto a la fuente musgosa y sonrío pensando en la audacia deliciosa de Cecilia.

Más allá dos rapaces lanzan piedras contra los pájaros de la enramada. Me acerco a ellos y los reprimo llamándoles "bandidos".

Y el más travieso me replica:

—Adiós, cará! ¿Usté es fraile o policía?

X

Tipo extraño e interesante es Hilario Figueras, "El Catalán". Después de nuestro primer encuentro en la casita del maestro Eusebio, Figueras y yo nos hemos visto varias veces y hemos charlado largamente. Continúo sorprendido del aplomo con que Figueras habla de política. Dispone de una base teórica mucho más definida y amplia que la de cualquiera de nosotros los estudiantes. Así se lo he hecho notar, lamentándome de la censura bestial que amuralla nuestras librerías, nuestra correspondencia, nuestro pensamiento.

—Hay también cierta falta de interés en ustedes —me dice. —Quien se propone conseguir un libro, al fin lo logra. Más perseguidos son los revólveres y a ninguno de ustedes le falta el suyo.

Figueras y yo, a más de discutir problemas políticos, nos vamos haciendo amigos. Es un hombre franco y comunicativo. Su franqueza es a veces demasiado ruda. Hemos hablado de nuestras vidas. La vida de Figueras tiene relieves interesantes.

Hilario Figueras, "El Catalán", no es catalán sino caraqueño de Candelaria. El gentilicio o apodo le viene de su padre que, por cierto, tampoco era catalán sino vasco. Pero Figueras, el viejo, se había trasladado desde chico de Bilbao a Barcelona y allí se había hombreado y formado artesano, zapatero en una de las callejuelas pintorescas que desembocan en Las Ramblas. También se hizo anarquista.

Complicado en un atentado terrorista cuando apenas tenía veintiún años, el padre de Hilario se coló en el primer barco que zarpaba hacia América. Cambió de nombre —trocó por Figueras su apellido desbordante de erres— y, huyendo de los fusiles de la Guardia Civil que le hubieran tornado la piel en cedazo de haberlo encontrado a tiro, vino a parar a estas tierras.

Llegó a Caracas hablando su español acatalanado. Y al abrir su pequeño taller de remendar zapatos en un callejón de Candelaria —después de un par de años de miserias y de rudos trabajos para hacerse de los primeros bolívares— lógico fué que le cayese el apodo de "El Catalán" sobre los hombros. El mismo contribuyó a reafirmarlo cuando colgó a la puerta una tablilla con un letrero que rezaba: "El Tibidabo. Se componen zapatos".

Casó Figueras, el viejo, con una mulatica vivaracha y tropical, sarrieña pura. Y malbarató su tiempo tratando de hacer entrar en la cabecita quisquillosa las ideas de un complicado señor Bakunin.

—La pobre —dice Hilario al hablar de la madre— murió a los pocos años sin llegar a comprender una jota de aquellos discursos del viejo donde se batían, como en un caldero, la justicia social, los pajarillos del monte y la belleza del individualismo.

Pero le quedó un hijo al viejo Figueras. Este Hilario donde pervive la huella mulata no obstante la sangre fuerte del padre. Y el zapatero dedicó entonces su existencia a moldear en el hijo un revolucionario perfecto, según su entender y convicciones.

Pasaban los años. El viejo Figueras hacía economías, a costa de sacrificios, para comprar libros. Los pedía a sus amigos de España y se los leía a Hilario o hacía que éste

los leyese. Figueras había dejado en España un amigo íntimo a quien quería fraternalmente. Era un obrero castellano, de Burgos, de apellido Miranda. Desde chicos, cuando ambos vendían billetes de lotería en la Plaza de Cataluña, hicieron buenas migas. Y nació una amistad que se fortaleció al correr del tiempo. No la enturbiaron las tremendas discusiones políticas que sostenían. Miranda se hizo socialista y obrero. Y defendía tozudamente su ideario de las furiosas acometidas que Figueras, artesano y anarquista, le propinaba. Pero estaban siempre juntos en los combates revolucionarios contra la monarquía, ambos a la vanguardia, cada uno dentro de su táctica y credo.

Al llegar Figueras a América, escribió a Miranda pidiendo noticias de España. Y de allí en adelante continuaron por correspondencia la polémica que por muchos años habían sostenido de viva voz. Las cartas de Miranda estaban escritas en el castellano rancio y ceremonioso que hablaban en su casa campesina de Burgos: "Es necesario se convencer de la justicia de nuestros ideales..." El zapatero se servía de esa correspondencia para completar la educación revolucionaria de Hilario, a quien leía las cartas de Miranda y sus refutaciones. "Es así como se combate a los que pretenden hacer la revolución por un mal camino", decía al hijo.

—Pero yo crecí en tamaño y me creció también la entendedera —me cuenta Hilario. —Las cartas de Miranda me hacían un efecto que el viejo no se imaginaba. Porque él no las leía con atención. Contestaba siempre lo mismo, con distintas palabras, sin darle el frente a los argumentos que Miranda le disparaba desde España. Si, por ejemplo, Miranda le escribía: "Es necesario se convencer de que no podemos negar con los ojos vendados la existencia del Estado

porque sin un estado revolucionario es imposible cosechar los frutos de la revolución triunfante", el viejo le respondía: "El Estado y la Revolución son incompatibles, como son incompatibles la Revolución y la Guardia Civil". Insistía Miranda en otra carta: "Mas, ¿cómo pensais vosotros destruir el Estado, si no es organizando una fuerza que realice sistemáticamente esa destrucción?, ¿y esa fuerza organizada no viene a ser un Estado revolucionario?" Y el viejo tercamente persistía en su letanía: "El Estado y la Revolución son incompatibles".

—Por aquellos tiempos fué la guerra europea —continúa refiriéndome Hilario. —Sucedieron cosas que tuvieron gran influencia sobre Miranda. Muchos socialistas claudicaron y se dedicaron a predicar la matanza. Miranda se fué con el grupo revolucionario de los socialistas que luchó contra la guerra y contra el oportunismo de los otros. Sus cartas para el viejo fueron más precisas y yo comencé a sacar más provecho de ellas y a leerlas con mayor interés. Años después, Miranda logró hacernos llegar un libro titulado justamente "El Estado y la Revolución". El viejo no lo leyó porque "el Estado y la Revolución eran incompatibles". Pero lo leí yo y desde ese momento el viejo tuvo que sostener también conmigo terribles discusiones. Pero conmigo perdía la serenidad, se indignaba, me llenaba de insultos, lamentándose amargamente de su tiempo perdido: "Yo pretendía hacer de tí un revolucionario y mira en lo que te has convertido: en un enchufista, en un aspirante solapado a un puestecito en el "estado revolucionario", en eso que no es sino la explotación disfrazada de revolución, me cachis!"

Rompió el viejo Figueras la correspondencia con Miranda al darse cuenta de la influencia que sobre el hijo había ejercido. Pero Hilario la continuó por su cuenta y se in-

genió para que los libros y folletos que Miranda enviaba lograran burlar las barreras del despotismo venezolano.

A Figueras, el viejo, no le duró mucho tiempo la amargura porque murió poco después. Murió como un valiente, hablando de la muerte como de una vieja amiga, mofándose de aquellos que cuando se sienten morir se aferran temblorosos a la idea de un Dios que antes negaron, afirmando que si por casualidad existía Dios era un mal arquitecto que había edificado un mundo donde imperaba la injusticia y prosperaban los criminales. Hilario heredó de su padre el apodo "El Catalán". Pero no el anarquismo.

Hilario es bastante conocido en los medios obreros y artesanos de Caracas. En las sociedades mutualistas que son la única y rudimentaria forma de organización que la tiranía tolera a medias. El y un español de nombre Tostón, sindicalista y amigo de su padre, han fomentado pequeñas luchas de obreros y artesanos por ligeras mejoras económicas, buscando crear un ambiente organizativo más amplio. Tales luchas son los primeros balbuceos de los trabajadores venezolanos contra la omnipotencia patronal. Durante la huelga general de protesta por nuestro encarcelamiento, Hilario se multiplicó en todos los barrios de la ciudad, aconsejando la continuación de la huelga, sugiriendo elementales directivas de lucha. Y, a no ser por esta huelga que tan directamente se relacionaba con el estudiantado, nosotros hubiéramos permanecido ignorando la obra de los que, como Tostón e Hilario, trabajaban en la sombra.

Mis discusiones con Hilario versan casi siempre sobre la táctica a seguir para el derrocamiento de la tiranía. Hilario, blandiendo sus rudimentarios conocimientos de Economía (mi amigo tiene un texto de Economía Política

elemental en su casa y lo lee y relee con mayor atención que Robledillo el suyo), aspira a convencerme primeramente de que los regímenes políticos no son sino la expresión de las realidades económicas de los países.

—¿Por qué están allí Gómez y su cuadrilla de asesinos? —me dice. —Porque saben que el gobierno es el mejor botín para gobernantes ladrones como ellos. Y porque les garantizan a otros la manera de robar. Porque les regalan el petróleo a los americanos y a los ingleses para que los americanos y los ingleses los apoyen. Porque les entregan a los hacendados los peones amarrados para que les expriman el jugo y la sangre. Por eso te digo que Gómez no es sino una ama de llaves de los petroleros, de los hacendados y de todos los que se hacen ricos a costa de Venezuela, a costa de la mayoría de los venezolanos que trabajan para ellos.

—Perfectamente! —replico. —Pero la conclusión no puede ser más clara: Derrocar a Gómez, por encima de todo, porque Gómez es la garantía de esa explotación.

—Pero es que ustedes hablan de "tumbar a Gómez" sin darse cuenta de que el verdadero problema es "tumbar al gomecismo". Le dan demasiada importancia a la persona del viejo andino y muy poca a los aliados políticos y económicos de Gómez, que son Gómez, que hacen que exista Gómez. Si tumbamos a Gómez y no tocamos el parapeto que lo sostiene, otro Gómez se encaramará sobre el parapeto que dejamos sin tocar. Hay que agrupar al pueblo enseñándole desde un comienzo que debemos defendernos del imperialismo, de los grandes hacendados, de todas las fuerzas económicas del gomecismo. Sin hacernos ilusiones de que podemos luchar solamente contra el viejo Gómez. Y para esa lucha hay que enrolar principalmente a los más golpea-

dos por las fuerzas gomecistas que son los obreros y los campesinos.

—Yo no estoy interesado en discutir ahora tu teoría de la economía como base del gomecismo, tanto más que no sé una palabra de economía —insisto yo. —Pero lo que sí te digo es que la situación es tan trágica, tan desesperante, que el problema único inmediato es enrumbar todas las fuerzas contra Gómez y su grupo de esbirros, sin buscarnos más complicaciones que las que ya tenemos con el ejército y la policía de Gómez. Es suicida agregar al imperialismo y a los grandes hacendados cuando Gómez y su cuadrilla son enemigos suficientes para reventarnos el pecho. Más tarde veremos cómo vamos a combatir a esos enemigos de nuestro pueblo. Por ahora derroquemos a Gómez, si podemos. Gómez es el terror y es el crimen. Su nombre es lo que siembra en todas las venas la fiebre del pánico. Hay que derribar ese nombre y ese terror para cortar las ligaduras al pueblo.

Figueras vuelve a defender su tesis y yo persisto en la mía. Me ha dicho que yo necesito leer un poco más. Y yo le he respondido que él necesita sentir un poco más.

Mientras tanto, se acerca la fecha del cuartelazo. Me avisarán la víspera del golpe. Los militares elegirán la noche más propicia. Vivo la espera anhelante de los conspiradores, espera que embriaga como una droga.

XI

Desde la mañana de ayer circulaban rostros pálidos por los corredores de la Universidad. Para anoche había sido fijado el asalto a los cuarteles. Lo que significaba jugarle al destino una puesta que podía costarnos la vida. O algo peor que morir: las torturas, los calabozos de la Rotunda. Nos dieron la consigna de obtener un revólver los que no lo tuviéramos. Yo no lo tenía. Me vino a la mente un escritor que me había hablado con entusiasmo de nuestras luchas. Quizás ese hombre tuviese un arma. Me encaminé hacia su casa.

—Quisiera saber si usted puede conseguirme un revólver. —le dije a boca de jarro.

—Es posible —respondió sin inmutarse.

Y desapareció en el interior de la casa para volver un momento después a poner en mis manos un paquete bien envuelto y bastante pesado.

—¿No puede decirme más nada?

Vacilé unos segundos. El hombre era conocido como uno de los escasos intelectuales que habían rechazado las ofertas de soborno y que veían con desprecio las genuflexiones desvergonzadas de sus colegas.

—Sí puedo decirle algo más. Que no duerma esta noche.

—Tengo otro revólver. No dormiré. Y buena suerte —me dice al estrecharme la mano en la despedida.

Ya en mi habitación, escudriño con curiosidad lo que me han entregado. Un reluciente revólver de cacha nacarada —hermoso como un juguete caro— y una caja de cápsulas. Es el primer revólver que cae bajo mi libre albedrío. Pero sabré dispararlo. Es muy simple apretar el gatillo. Y luego, la cinematografía yanqui ilustra mucho. Me lo echo al bolsillo trasero del pantalón y va bien disimulado. Al salir de nuevo a la calle me asaltan preocupaciones de inexperto. A cada instante temo que se me caiga de su sitio. O que un transeúnte me pregunte: ¿Qué es eso que lleva usted allí?

Ignoramos la forma en que van a desarrollarse los sucesos de esta noche. Sólo nos han dicho que en la madrugada debemos estar cercanos a un cuartel determinado y que nos llamará el ruido de los disparos.

Me acosa el deseo de ver a Cecilia antes de afrontar la aventura. Al atardecer enrumbo mis pasos hacia el Parque, animado por la esperanza de verla en la ventana. Allí está, trajeada de blanco, resaltando su piel morena vecina a los encajes. Ella ignora por qué la miro tan profundamente. Pero doña Concepción indignada irrumpe de la sala para arrancar a mis ojos la visión de Cecilia.

Robledillo está esperándome. Le encuentro sentado en la sala y sonriendo beatíficamente mientras escucha un tango que la viuda del Guárico arranca en jirones a la infatigable pianola.

—Invítame a comer, Vidal. Los héroes son hombres frugales y aquí en tu Pensión se bate el record de la frugalidad.

Se queda a comer e incluso esboza un idilio con la criada, una india rolliza y lenta de senos inmensos. A la india parece no desagradarle Robledillo pues se llega a cada instante hasta nuestra mesa sin que nadie la llame.

—Ya tengo Dulcinea a quien encomendarme —me dice mi amigo.

Más tarde llega Armando. Robledillo propone que nos refugiemos en un salón de cine para espantar las primeras horas de la noche. Armando accede pero va gruñendo por todo el trayecto. Dice que ninguno de los tres pondrá atención a lo que suceda en la pantalla. Y parece que no le faltaba razón porque más tarde no recuerdo haber visto sino una figuranta con los ojos semejantes a los de Cecilia y un personaje que hizo algunos disparos de revólver. Me fijé minuciosamente en la técnica de esos disparos.

Salimos del cine y nos alejamos lentamente hacia los puentes del Paraíso. Van muriendo las luces en las casitas del cerro. Hablamos de lo que sucederá mañana. Armando nos informa que se ha pensado en una Junta de Gobierno Provisional integrada por elementos civiles de reconocida honorabilidad. Barajamos nombres de abogados, comerciantes, ingenieros, médicos, literatos y hasta generales. Nos vemos obligados a rechazar la mayoría de los nombres que se nos vienen al recuerdo.

—Qué escasos son en nuestro país los viejos sin las manos sucias!— se lamenta Robledillo.

Armando detiene nuestro paseo a mitad de un puente. Apoya la diestra sobre la baranda y dice con su voz de visionario, mirando hacia el río escuálido que se arrastra entre sombras:

—Qué difícil es predecir lo que sucederá mañana! No será nunca algo encauzado y sereno como ese pobre río. Caracas que está allí dormida y paciente despertará terrible y vengativa al sentirse las manos sin amarras. Saqueará, incendiará, matará. Será un caballo loco y sin jinete.

—Así lo deseo —le interrumpo. —Tal vez de la hoguera salga lo mejor.

Enrumbamos los pasos hacia el cuartel pensando en el último disparo que le abrirá la entraña al mañana. Ha comenzado la medianoche a tamborilear con fríos dedos en los ramajes. Caracas duerme. Son escasos los noctámbulos. Un borracho se tambalea como un barco náufrago. Una mujer pintarrajeada nos llama desde un portal:

—Yo los complazco a los tres, muchachos!

El vendedor de café tiende una sombra larga y torcida como un sendero. Los agentes de policía, arrebujados en los capotes, dormitan en los quicios, acosados por la brisa fresca.

Comenzamos a encontrar compañeros. Sentados al pie de un farol, dos estudiantes de ingeniería esperan. Más allá, rodeando el banco de una plaza, otros tres estudiantes charlan en voz baja. Estamos en las inmediaciones del cuartel. A cada esquina pupilas brillantes por la espera emocionada. No falta el compañero guasón que nos dice al pasar:

—¿Van de juerga?

—Sí. Las mujeres vienen detrás —responde Robledillo.

La madrugada es espléndida. La vía láctea se extiende en el cielo como dehesa amplia para apacentar pensamientos de esperanza. Coronando el cerro más alto, el Avila, una tropilla de luceros se agrupa con el desorden tonto de los cabritos perdidos.

—Hermosa noche para morir de un tiro! —exclama la voz pausada de Armando.

Una descarga hizo irrupción en la madrugada apacible. Tras de ella se escuchan disparos distanciados. Nuestros grupos corren hacia una misma dirección: el cuartel. Ha sonado la hora para vivir la cual nos hemos templado los nervios y la voluntad. Corremos hacia el cuartel.

Un soldado viene hacia nosotros con los ojos rasgados de espanto y se cruza en nuestra carrera sin mirarnos. Detrás viene un oficial de los nuestros:

—Nos han vendido, muchachos! Sálvese quien pueda!

Instintivamente nos detenemos. Nos miramos las caras y seguimos. Siempre hacia el cuartel. Estallan nuevos tiros. Las balas pasan silbando alto. Nunca sospeché que las balas dejaran en su trayectoria esa huella musical. Alguien dice que tiran contra nosotros. He sacado el revólver y no sé qué hacer con él. Una sombra que corría delante de nosotros cae tendida, ya en la explanada del cuartel. Nos hemos detenido nuevamente. Han herido a otro en un brazo. Un estudiante que viene en dirección contraria nos grita nuevamente:

—Todo se ha perdido! Sálvese quien pueda!

Armando, Robledillo y yo no queremos resignarnos. Seguimos caminando por los alrededores del cuartel con deseos de ir a preguntar a la puerta misma por qué tiran contra nosotros. Con deseos de llegarnos hasta allá gritando el santo y seña que nos dieron esta mañana y que no queremos guardar como una palabra inútil.

—Debe haber sucedido algo inesperado —digo yo. —Pero tal vez no sea sino una falsa alarma. Tal vez los

nuestros tienen el cuartel en sus manos y nos toman por gente del gobierno.

Volvemos sobre nuestros pasos anteriores, como si buscásemos un objeto perdido. En algunas ventanas surgen rostros angustiados. Rostros de mujeres. Una anciana nos increpa, casi llorando:

—¿Qué pasa, hijitos? ¿Qué son esos tiros? ¿Qué hacen ustedes en la calle? Váyanse a sus casas, por Dios, que los van a matar!

Las mujeres de las ventanas ignoran lo que sucede. Tal vez sospechan que "los de arriba están matando gente". Como siempre.

A lo lejos vemos pasar, rumbo hacia el cuartel, un piquete de hombres uniformados. Los disparos son cada vez más distanciados. Comenzamos a comprender que es cierto el fracaso. Aún quedan en las esquinas estudiantes que esperan algo que ya no saben lo que es. Un adolescente de primer año se nos acerca.

—¡Yo estoy armado!

Y extrae, con orgullo, del bolsillo una navaja de afeitar. Armando sonríe y le dice que todo se ha perdido, aconsejándole vivamente que se vuelva a su casa.

Junto a nosotros frena un automóvil. El compañero que lo conduce nos informa que el cuartel está en manos del Gobierno, que los oficiales rebeldes han sido apresados, que hay numerosos heridos y muertos.

—Seguramente ha habido una delación! —concluye con voz amarga.

Robledillo, Armando y yo nada respondemos. El automóvil arranca brusco como un potro. Silenciosamente, casi sin despedirnos, los tres tomamos direcciones distintas. Amanece y los últimos disparos pespuntean la mañana.

Sería un acto idiota regresar a la Pensión donde vivo. Las descargas deben haberse oído en toda Caracas y ya habrán notado mi cama vacía. Quedo a merced de la delación de cualquier pensionista, del diputado que juega al dominó, por ejemplo. Ignoro lo que van a decir los presos bajo la tortura y si alguno pronunciará mi nombre entre gemidos de dolor.

Por Santa Rosalía viven dos amigas de mi madre. Son dos solteronas de nuestro mismo pueblo margariteño. Me quieren bien y su casa es excelente para ocultarse un tiempo. Me dirijo hacia allá y encuentro la puerta abierta y las pobres mujeres despiertas:

—Estábamos angustiadísimas por tí, Vidal! Bien decía yo: —Vidal tiene que estar metido en esto! Pasa, hijo, pasa!

Y aquí estoy tendido en la cama humilde que habilitaron para mí las hermanas Millán en un cuarto del fondo. Mirando al techo y trazando en el cielo raso pensamientos sin hilación. Qué fugaz y qué estéril la noche del estallido que presintieron gloriosa mis ojos de conspirador optimista!

Y me duermo, ya lleno de sol el patio, pensando que Cecilia está llorando por mí.

XII

He quedado llevando vida ilegal en un cuartucho situado al fondo de la casa de las hermanas Millán, floristas.

Estos primeros días son un debatirme con las inquietudes que me asedian. Me impaciento por enterarme de lo que sucede en la calle. Deseo conocer los detalles de nuestro fracaso, los nombres de los heridos y de los presos. Las viejas hermanas Millán, cuyas vidas han transcurrido al margen de la vida misma, se han visto obligadas a salir a la calle en busca de noticias que mitiguen mi zozobra. Y es escaso lo que han logrado traerme. Hasta ellas solamente llega lo que ya corre en la voz popular. Se habla de una delación de última hora. Hay otro rumor confuso acerca de un error de los oficiales sublevados. Lo que sí es cierto es que han encarcelado numerosas personas: militares, cadetes, estudiantes, muchos hombres más. En las cárceles, los aparatos de tortura han comenzado a funcionar afanosamente.

Morín está en la cércel. Se dice que le aplicaron la tortura del cepo y que la soportó sin pronunciar una palabra. Pero parece que otros han hablado en el tormento. La policía asaltó mi habitación y efectuó un registro minucioso en mi baúl y en mis papeles. Amargamente me sorprende la noticia del encarcelamiento del escritor que me suministró el revólver. Lo atraparon la madrugada del cuartelazo mientras esperaba pacientemente en una esquina. Recuerdo mi frase:

—No duerma esta noche.

Y lo imagino atormentado por el hambre y la sed, engrillados los pies, arrojado a un calabozo oscuro y húmedo.

Pero las Millán no logran averiguar más nada. He terminado por suplicarle a la menor de ellas que es la más asequible:

—Mire usted! Vaya a esta dirección y pregunte por Hilario Figueras. Dígale que venga con usted porque deseo hablar con él. Es un hombre del pueblo y la policía no lo conoce ni lo vigila. No hay peligro en su visita.

Y ha venido Hilario. Ha logrado investigar mucho más que las hermanas Millán. Conoce el número exacto de los presos y sus nombres. De la Rotunda ha tenido noticias precisas gracias a un soldado amigo suyo que está allí de guardia.

Me habla de las torturas. Están cometiendo monstruosidades. El capitán Utreras ha sido pendido por los testículos en forma salvaje. Un estudiante de derecho recibió cien latigazos en las espaldas. Muchos estudiantes están ocultos como yo. El espionaje trabaja activamente en las barriadas obreras. Las calles son patrulladas por hombres armados, de a pie y de a caballo. El terror está desnudando las garras una vez más.

Figueras sonríe y me dice:

—Su amigo Saldaña, el irónico, está en Los Teques.

—¿Fué a esconderse tan lejos?

—No, qué va! Se fué de Caracas desde el día antes del cuartelazo...

Me ha traído un libro y unos folletos. Los hojeo.

—Muy interesantes, Hilario. Pero todos, a más de estar escritos por filósofos alemanes, tienen relación con la

Economía Política. Y yo no tengo en estos tiempos suficiente serenidad como para trabar amistad con tan honorable matrona. Tal vez los lea más tarde.

Hilario se encoge de hombros pero me deja los folletos. Yo prefiero leer la página blanca del cielo raso.

Después ha venido la caravana de los días largos y monótonos. Tedio y zozobra. Siempre tedio y zozobra. Es la vida del perseguido. Como la del barquichuelo que se aventura mar adentro y trisca sólo el tedio del paisaje inmutable y la zozobra de la ola demasiado alta que se cierne a lo lejos.

Estoy preso. Preso en un cuartucho situado al fondo de la casa de las hermanas Millán, floristas. Pero, al mismo tiempo, no estoy preso. Qué voy a estar preso si andan buscándome para emparedarme en un calabozo de la Rotunda y remacharme un par de grillos!

Y así la satisfacción de haber escapado de mis perseguidores se empaña con la inquietud de no haber escapado de un todo. Pueden atraparme en cualquier momento. Cada vez que tocan a la puerta de las hermanas Millán, algo en mi interior se contrae y me dice, pesimista, que vienen por mí. Y tocan mil veces a la puerta de las hermanas Millán.

Por las noches sueño. Y mis sueños giran sobre el mismo punto como una zaranda. En ellos aparece siempre el tropel de esbirros que irrumpe en la casita de las Millán con los sables desenvainados y los rostros sombreados de crímenes.

Se comienza a pensar:

—En la cárcel tendría, al menos, la certeza de que no van a encarcelarme. Lo más desagradable de esta prisión de hoy es el temor perenne de que pueden llevarme preso.

O bien:

—En la cárcel hay muchos compañeros. Se sufre en común. Aquí no existo y me muero de hastío.

Es una psicología peligrosa la del escondido. Si no gravitara sobre nuestros actos el peso de los cadáveres de los hombres asesinados en las cárceles, tal vez nuestra impaciencia nos empujaría a la calle.

Las hermanas Millán constituyen un contraste. La mayor es mujer de carácter seco y enérgico. Profesa rencor al género humano. A la vida que no le deparó un hombre y la obligó a quedarse solterona y virgen. Cuando ella se refiere a "los venezolanos" es para lapidarlos.

Es muy distinta la menor de las Millán. Toda ternura, vivaracha y risueña. También quedóse solterona pero desparrama la miel que quizás guardaba para el hombre que nunca llegó.

La mayor de las Millán dice de la menor:

—Esta mujer tan empalagosa y tan zalamera!

Y la menor dice de la mayor:

—Mi hermana es terrible!

Ambas son católicas fervientes y en el cuarto fronterizo al mío se eleva un altar poblado de santos de diversas fachas. La mayor de las Millán le pide a los santos que castiguen a Gómez y a todos sus esbirros; se lo pide a San Miguel Arcángel. La menor de las Millán le pide a los santos que velen por los presos; se lo pide a San Francisco de Asís.

Son excelentes mujeres las hermanas Millán. La mayor opina que la única fórmula para derrocar la tiranía es meterle un balazo a Gómez pero que "los venezolanos" son

demasiado sinvergüenzas y jamás cumplirán ese deber ciudadano. Ambas hermanas se desviven por hacerme llevadera la vida de recluso. La mayor me compra cigarrillos. La menor me trae libros y se llega a ratos a charlar conmigo para distraer mi soledad. Habla entonces de nuestro pueblo margariteño, de su vida de provinciana en la casona de pilares chatos, patio perfumado por el jazminero y amplios corredores enladrillados. Pero en su vida no aparece nunca la palabra hombre. Y la menor de las Millán tiene cincuenta años.

La mayor de las Millán se opuso rotundamente a que algún compañero me visitara. Solamente permite la entrada a Figueras porque ya se trata de un hecho cumplido que se realizó sin su consentimiento.

—Yo no temo a que los vean entrar —me dice la mayor de las Millán. —A esta casa entra mucha gente y a nadie extrañaría que vinieran dos o tres personas más. Es a los mismos visitantes a quienes tengo miedo. "Los venezolanos" no saben guardar secretos. Los planes revolucionarios se malogran por esa charlatanería que yo llamo delación.

Y siguen pasando los días por la misma ruta: tedio y zozobra. Finalmente digo a las Millán que necesito organizar mi huída del país, que no puedo permanecer toda la vida como un caracol. Figueras no es suficiente para ayudarme en la escapada porque carece de relaciones, de tiempo, de dinero. La mayor de las Millán comprende y accede.
He mandado llamar a Robledillo y a Ceballos.

Robledillo me dice al entrar:

—Ya ves tú, Vidal. Ando libre por las calles, como los inocentes. Nadie puede imaginarse que un hombre tan guachafitero como yo sea capaz de dedicarse a una labor tan seria, tan solemne, como es conspirar. No me han perseguido, ni me perseguirán jamás.

Ceballos, el otro visitante, es hombre de acción. Su credo es la violencia en cualquier forma. Devoto de Santa Dinamita, pupilo de Maese Máuser, panegirista de la conspiración, fanático del alzamiento. Ceballos mantiene correspondencia con los emigrados políticos que preparan una invasión y tiene enterrados en el corral de su casa cuatro pistolas y un fusil.

Ambos pueden serme útiles si decido emprender la fuga al extranjero. Robledillo dispone, gracias a su simpatía guasona y pintoresca, de numerosos amigos en todas partes. Ceballos es resuelto y puede encargarse de trasladarme al lugar del embarque.

Pero Ceballos, desde el primer instante se pronuncia en contra de mi salida del país:

—Es una tontería. De un momento a otro estallará aquí un nuevo movimiento, en el cual debes tomar parte. El coronel Urrutia solamente espera para alzarse el aviso de los revolucionarios del exterior, y se alzará aunque el aviso no llegue. También hay posibilidades de lograr una nueva intentona a base de los cuarteles.

Hilario rezonga. Dice que no cree en los cuartelazos, ni mucho menos en las invasiones de los generales del exterior.

—Esos tienen veinte años invadiendo y no llegan nunca!

En cuanto al alzamiento de Urrutia, a Hilario le parece absurdo que yo me lance a guerrillear con un asesino que hasta ayer fué esbirro de la tiranía.

Cuando Ceballos e Hilario se encuentran en mi cuarto, tengo que intervenir para obligarlos a callar. Sus polémicas se transforman en agrias disputas. Ceballos opina que las teorías de Hilario son divagaciones utópicas, inaplicables para Venezuela y para cualquier parte del mundo. Que esas teorías de previas "preparación y organización" de la revolución, de que habla Hilario, no son sino excusas para no actuar inmediatamente. Refugio de hombres que tienen miedo a quemarse el pecho contra los fusiles de Gómez.

Hilario, por su parte, opina que Ceballos es una máquina torpe como el fusil o la bomba que preconiza, que disparan y estallan pero que no tienen conciencia de por qué y para quién lo hacen. Que Ceballos tiene horror a una lucha larga y organizada porque lo consume la impaciencia de los que se saben con escasas reservas de combatividad y de abnegación.

Se dicen a veces cosas duras. Ninguno de los dos se preocupa ya de convencer al oponente sino de buscarle una brecha para agredirlo y ridiculizarlo. Tales disputas no tienen ninguna utilidad. Ambos lo han comprendido finalmente así. Y si, por casualidad, coinciden en visitarme a la misma hora, uno de los dos es breve y se despide pronto.

Las Millán, por su parte, han exigido a los tres que me visiten lo menos posible. La menor de las Millán mira con gran simpatía a Robledillo que se ha hecho prontamente amigo de ella con sus chistes e incluso con sus piropos que la hacen ruborizar como una colegiala. Cuando Robledillo está solo conmigo, la menor de las Millán nos trae dulce de limones que ella prepara deliciosamente.

La mayor de las Millán prefiere a Ceballos que comparte con ella su teoría de la necesidad inaplazable del tiranicidio. Pero su predilección no se manifiesta sino en cabezadas aprobatorias cuando Ceballos pronuncia su oración a la violencia.

Con respecto a Figueras, las dos hermanas están de acuerdo. Ambas lo odian. El motivo parece ser que una vez lo oyeron comentar, dirigiéndose a mí:

—Estas mujeres si que tienen santos, mi vale! En vez de criar gallinas que siquiera ponen huevos!

Las Millán no perdonarán jamás esa blasfemia. Seguramente les cruzó por la mente la sacrílega pretensión de Hilario: que Sor Teresita se echara en el nidal y saliera luego cacareando para anunciar la postura.

Robledillo me trajo unas comedias de Bernard Shaw. Ceballos me proporcionó un libro de D'Annunzio. Hilario también me ha obsequiado una novela. Su autor es un norteamericano de nombre Upton Sinclair y no aparece en las vidrieras de nuestras censuradas librerías.

Tengo libros y leo. Leo para espantar el tedio que amanece rondando mi puerta y para ahogar mis deseos de correr a campo traviesa sobre hierbas húmedas. Leo, como, duermo y pienso. Casi siempre prefiero pensar. En estas horas de soledad y de inacción he comenzado a ejercitar la facultad de pensar como nunca lo había hecho antes.

Pienso y fantaseo. Tejo narraciones inverosímiles para verme envuelto en absurdas aventuras y derribar a mandobles las cabezas de los verdugos de mi pueblo. Otras veces imagino entre Cecilia y yo una hermosa novela de amor. O se va el pensamiento hasta los calabozos donde los compañeros sufren las torturas horribles que Hilario me refiere y me imagino arrancando grillos y limando barrotes en una media

noche callada mientras los carceleros duermen. Después la imaginación se enrumba por regiones desconocidas y nimbadas de añoranzas. Florencia llena de flores y de largas galerías donde se emocionan los ojos ante las pinceladas de los genios muertos. Siberia extensa y blanca y yo conduciendo los recios caballos de la troika mientras el viento helado me azota el rostro. México rebelde y fértil y yo buscando en la mirada de los campesinos impenetrables la fe en Emiliano Zapata que no se marchita ni con la muerte. Selvas africanas sembradas de rumores de ríos lejanos y yo a lomo de un elefante pausado y manso. Un bandoneón jadeando un tango ronco en un arrabal de Buenos Aires y yo escuchando al pie de un farol empañado. Un estanque de Tokio y yo mirando los lotos blancos que me ocultan el agua. Madrid, mi viejo sueño de vivir en Madrid... El pensamiento emigra de región en región como un pájaro incansable y sin nido.

Cada vez que tocan a la puerta de las hermanas Millán, recojo bruscamente el tropel de pensamientos dispersos y algo en mi interior me dice, pesimista, que vienen por mí.

XIII

Todo ha cambiado. Es más diáfano el canto del canario del patio y es más intenso el color de los geranios y es más fresco el aroma de los claveles de las hermanas Millán. Es más azul el rincón de cielo que se divisa desde mi cuarto. Todo lo miro, lo pienso y lo siento más intensamente. El moscardón del tedio ya no ronda mi puerta.

Robledillo llegó una mañana y dijo ceremoniosamente desde el umbral:

—Doctor Fausto Rojas! Yo, Mefisto Robledillo, te traigo un don a cambio de tu alma.

Y tras de sus palabras se precipitó nada menos que Cecilia. Cecilia con los ojos negros y hermosos empañados de ternura. Cecilia que se arrojó en mis brazos y me besó en la boca olvidando la presencia de Robledillo.

Robledillo se explica:

—Hago constar que esta niña no me dejaba vivir en paz. Me telefoneaba cinco veces diarias para preguntarme "qué sabía de Vidal", "cómo estaba Vidal". O para saber "si podía enviarle frutas a Vidal". Estuvo a punto de exigirme "que le trajera un beso a Vidal". Y como por aquí había un anacoreta que se sepultaba en silencios sospechosos mirando al techo, busqué la complicidad de la menor de las Millán para que la niña viniese a convencerse por sus propios ojos de la existencia de Vidal.

Cecilia lo escucha complacida y ríe feliz:

—Y estoy convencida, Robledillo. Convencida también de que tú eres el hombre más bueno del mundo.

—Sí, hija mía! Francisco de Asís, para servirte —dice Robledillo despidiéndose.

Desde entonces Cecilia viene casi todos los días. Ha convencido a doña Concepción de la conveniencia de recibir clases de mecanografía e inglés. Para esas clases sale todas las mañanas. Las clases son reales y le toman una hora. Y otra hora la pasa a mi lado. Las hermanas Millán no se atreven a protestar por la frecuencia de sus visitas, cohibidas tal vez por mi rostro radiante y por mis ojos optimistas.

Porque todo ha cambiado. Me he asomado al alma de Cecilia en estas horas de diálogos íntimos con guiones de besos apacibles o vibrantes. He palpado su cariño palpitando en la angustia de saberme en peligro, en el pánico que cintila en su mirada cuando otea la posibilidad de que descubran y asalten mi guarida. La admiro, la deseo y la amo. Reclino mi cabeza meditando sueños sobre sus breves senos maravillosos mientras ella trenza sus dedos en mis cabellos y me dice cosas de amor.

El canario del patio canta distinto y sus trinos conocen el camino que va de su jaula a mi corazón. Hay un grito de vida en la sangre de los claveles aromosos y una voz de paz en el rincón azul del cielo que se divisa desde mi cuarto...

Al referirle a Cecilia las polémicas que Hilario y Ceballos sostienen, ella se ha inclinado ligeramente —ante mi extrañeza— hacia las opiniones del obrero. Ella nunca ha

visto a Figueras porque éste me visita de noche. Yo le he contado cómo discuten y por qué discuten.

—Tal vez ese Figueras comprenda más de política que ustedes. Yo por instinto desconfío de esos generales que los buscan a ustedes.

Casualmente Hilario y Ceballos acudieron a visitarme esa misma noche. Al repetir yo ante ellos la opinión de Cecilia, Ceballos sonríe despectivamente:

—Es lógico! Una mujer enamorada no puede decir otra cosa. Su instinto busca apartar del peligro al hombre que ama.

Esta vez Hilario se ha encolerizado:

—Es bueno que sepa usted, Ceballos, que nosotros arriesgamos el pellejo tanto como ustedes. La policía no anda haciendo diferencias entre los que luchan contra el gobierno. Los mismos grillos le remachan al que combate con revólveres que al que combate con ideas. No olvide además que nuestro trabajo es de más alcance. No es una parada para pasado mañana como la buscan los que tienen miedo a una lucha larga. Sin contar con que para lo nuestro no basta con ser valiente...

Le interrumpo. Veo venir más agresivos argumentos de Figueras y una disputa agria. Hablo nuevamente de mi salida al extranjero. Hilario insiste en sus puntos de vista:

—Debes irte, hombre, debes irte. Escondido nada vas a hacer sino terminar de comparsa de cualquier coronelito descontento. En el extranjero verás y aprenderás muchas cosas en beneficio de tu pueblo. Y mirando de cerca a los caudillos emigrados no te quedarán ganas de confiar en ellos. Para comprender verdaderamente la revolución yo creo que necesitas salir al extranjero.

Robledillo también está por la emigración aunque por razones menos complicadas:

—Aquí no se alza nadie por ahora. Te vas a poner de la edad de las Millán esperando la ocasión de actuar. En tu caso, "partir es resucitar un poco", como no dijo Stendhal.

Recuerdo que en el exterior se prepara una invasión armada al país que, según las últimas cartas, está a punto de cristalizar en realidad. Tendré tiempo de enrolarme en sus filas. Libre de esta muralla china que contra las ideas ha levantado la tiranía, me asomaré a las realidades políticas de otros países, estudiaré, y sabré al menos hacia dónde vamos nosotros. Me orientaré, me definiré. Me pronuncio yo también por el viaje.

Ceballos no oculta su desagrado:

—No te ayudaré yo a irte. Te confieso que en tu salida veo una especie de deserción.

—Todo es relativo, Ceballos. Más adelante verás si he desertado o no. No tengo intenciones de abandonar la lucha por un instante. Para desertar no es necario marcharse al extranjero.

Las Millán han recibido cartas de mi madre. Me envía una suma de unos centenares de pesos cuya existencia yo no conocía. Ella la explica: "Me los dejó su padre para que se los entregara cuando terminase sus estudios de Medicina y fuera a comenzar a trabajar. Yo no había querido tocarlos pero tratándose de que su vida está en peligro, espero que su padre desde el cielo me dará su aprobación".

Pensando en las privaciones que la pobre vieja ha pasado con ese dinero a la mano, se me han nublado los ojos.

Elaboro diversos proyectos de fuga al extranjero que discuto con Cecilia en las mañanas y con Hilario o Robledillo en las noches. La mayor de las Millán viene a veces a escuchar y da su opinión que, por lo regular, es muy sensata. En nuestra charla desfilan veleros que van a Curazao, automóviles que remontan los Andes y pasan la frontera colombiana, vapores que dejan un anchuroso penacho gris cuando enrumban la proa hacia Santo Domingo o hacia Trinidad.

Y una de esas mañanas dije una frase cuyo sentido no medí cuando la pronunciaban mis labios. Algo que de palabras dichas por decir, se ha ido convirtiendo en obsesión. Sucedió durante una visita de Cecilia, cuando ella se empequeñecía entre mis brazos y musitaba junto a mi boca:

—Vidal mío, no voy a poder vivir sin tí!

Yo lo dije entonces:

—¿Quieres irte conmigo?

Cecilia me miró con ojos interrogantes, como si no comprendiese. Pero yo había medido ya el alcance de mis palabras y me aferraba a ellas:

—Si no puedes vivir sin mí, debes irte conmigo. Yo también necesito de tí. Construiremos nuestra vida juntos, lucharemos juntos.

Cecilia callaba y me miraba.

—Con el dinero que envió mi madre tendremos para los gastos de viaje y para vivir en cualquier parte las primeras semanas. Después yo habré comenzado a trabajar en cualquier cosa. Tú me ayudarás.

Cecilia permanecía mirándome emocionada. Y yo, lanzado en el torbellino de mis palabras, comenzaba a vislumbrar los aspectos opacos de mi proposición. Sofrené mi entusiasmo y dije a Cecilia:

—Olvida eso, muchacha! Yo no puedo llevarte a vivir vida de aventureros. Voy con la responsabilidad de regresar cuanto antes a luchar contra la tiranía. Olvida eso que más tarde habrá tiempo de pensar en nosotros.

Pero Cecilia no parecía dispuesta a olvidarlo:

—Esas no son razones, Vidal. A tu lado los sacrificios y las privaciones nada me importan. Tengo confianza en tí y en mí y sé que nos abriremos paso en la vida en cualquier sitio del mundo. Y si tú regresas, yo también puedo regresar a tu casa, con tu madre.

Al decirlo casi lloraba. Comprendí que estaba dispuesta a acompañarme. Y seguí apoyando mi proyecto con nuevas razones:

—Tu madre no consentirá nunca. Esta fuga de hoy hubiéramos tenido que realizarla mañana de todos modos. Para ella, desbaratar nuestro amor es casi su misión en este mundo.

—Es cierto, Vidal. Mamá te odia tanto que a veces creo que ha comenzado a odiarme a mí porque te quiero. Figúrate que desde que sabe que tú eres revolucionario ha comenzado a hablar bien del gobierno. He tenido que recordarle que Armando es tan perseguido como tú.

Y desde ese momento nuestras palabras se arremansaron en el tema de la fuga. De mí fluyen hermosos planes para nuestra vida futura. Con toda mi sangre bendigo el momento en que vino a mis labios, sin pensar lo que decía, la idea de llevarme a Cecilia conmigo.

Cecilia habla con voz pausada y soñadora. Le observo que ha transcurrido una hora más de lo pautado para sus visitas. Se despide apresurada y nerviosa:

—Mamá estará pensando que me sucedió algo en la calle.

Y luego, desde el umbral:

—Me siento enloquecida de gozo, Vidal. Lo que tú me has propuesto significa la única razón de ser de mi vida...

Pero Cecilia ha vuelto a la mañana siguiente con los ojos fatigados.

—No he dormido anoche, Vidal. He pasado las horas pensando y pensando. ¿No será una locura?

No ha cambiado de opinión pero ha comenzado a vacilar. Vislumbra obstáculos y más obstáculos. Habla del rudo golpe moral que va a propinarle a la madre. Presiente que doña Concepción va a enfermar gravemente de la dolorosa impresión; incluso puede morir. Ayer, iluminada por la alegría que mis palabras le produjeron, se olvidó del resto de la humanidad. Pero, ¿qué va a decir la gente de esa fuga? Y luego Armando que es tan amigo mío... Y vuelve a hablar de la angustia de doña Concepción. Ahora está segura de que la mataría la desesperación.

—Oyeme bien, Cecilia. En este asunto nos estamos jugando nuestra felicidad y supongo que ante ella no vamos a estar temiendo lo que la gente diga o no diga. Con respecto a Armando debes tranquilizarte porque yo lo conozco muy bien y sé que comprenderá los motivos del paso que vamos a dar. En cuanto a tu madre, es cierto que sufrirá una gran contrariedad. ¿Pero es que tienes derecho a desechar lo que dices considerar la razón de ser de tu vida, tu vida misma, para evitarle una contrariedad a tu madre? ¿Es que tu madre no se opondrá mañana, como se opone hoy, como se opondrá toda la vida? Y no tengas cuidado que no va a morirse. En Europa quedan millares de madres enlutadas que perdieron todos sus hijos en la guerra y que

aún viven a pesar suyo. En este caso se trata de mucho menos y tu madre no necesitará morirse. Al recibir el cable que anuncie nuestro matrimonio su amargura disminuirá y se irá acostumbrando poco a poco porque no le quedará más camino que acostumbrarse.

—¿Y nos casaremos al llegar al primer puerto, verdad?

—Vamos, Cecilia, no seas tonta! Nos casaremos donde tu quieras.

—¿Nos casaremos también por la iglesia?

—Eso no tiene importancia, hija.

—Para mí sí la tiene, Vidal. Yo soy católica y...

Comprendo que Cecilia está buscando argumentos como tablas de naufragio. Pongo mis dos manos sobre sus hombros y le digo severamente, mirándola a los ojos:

—Déjate de subterfugios, Cecilia! Es mejor que confieses sencillamente que no te sientes con fuerzas. Esa argumentación de siete cabezas que has traído para atravesarla en el camino a nuestros planes, no es sino cobardía, consciente o subconsciente, que te hace vacilar. Es lógico que una muchacha venezolana de tu educación tenga temor de dar un paso de esa naturaleza. Es mejor desistir del proyecto y que me esperes hasta tiempos más apacibles, si estás dispuesta a esperar.

Ella protesta. No es que tenga miedo sino que le preocupan realmente los obstáculos. ¿Cómo va a tener miedo si se marcha conmigo? ¿Cómo va a tener miedo a su propia felicidad? Pero un instante después vuelven a florecer sus vacilaciones. Saltando de las frases cálidas y emocionadas a las palabras desalentadoras que le sugieren los fantasmas que vislumbra erguidos en nuestro camino.

Le he dicho a guisa de conclusión:

—Tienes que tomar una decisión definitiva, Cecilia. Yo no debo seguir insistiendo para convencerte. Aun por cuestión de delicadeza, dada mi situación y el hecho de que no te ofrezco sino una vida de sacrificios. Desearía que vinieras espontáneamente. Yo no insistiré más.

Me tomó las manos y me dijo con firmeza:

—Tienes razón, Vidal. No hablemos más de obstáculos. Me iré.

—Por favor, Cecilia. Te suplico que no me hagas crear ilusiones para luego matarlas. ¿No vacilarás más? ¿Estás segura de tí misma?

—He dicho que me iré contigo. Y me iré, suceda lo que suceda.

Esta vez su voz ha sido voz solemne de juramento. Y su promesa la firmó nuestro beso más largo y más humano.

Participo nuestra resolución a Robledillo y a Hilario. Hilario comenta:

—Si vas a llevarte la muchacha debes haberlo pensado muy bien. No olvides que te estás echando compañera para toda la vida.

Robledillo me felicita sonreído. Pero bien sé que sus palabras de hoy no son sinceras. Ya me ha dicho en otra ocasión que le horroriza el matrimonio. "El despertar cotidiano en una cama enorme con la misma mujer, la insustituible mujer, roncando al lado", como él lo define.

La menor de las Millán ha acogido la noticia con gran seriedad. Pero yo adivino su alborozo bajo la gravedad un poco fingida:

—Yo sé que usted es un caballero como su padre, Vidal. En el primer puerto extranjero se casará con ella por lo civil y por lo eclesiástico.

La tranquilizo. Entonces se ofrece para ayudarnos. Me dice con dulzura que quiere hacer un *trusó* para Cecilia.

Es Hilario quien aborda el lado práctico:

—Si estás resuelto a llevártela y la muchacha resuelta a irse contigo, el problema de tu fuga no se complica sino que se hace más sencillo. La muchacha puede comprar su pasaje para un puerto extranjero evitando que su madre se entere. Van a despedirla a bordo un grupo de sus amigos, Robledillo y otros estudiantes. Y va Vidal también con el nombre cambiado y un par de anteojos. Se encierra en el camarote con la muchacha y los otros bajan sin él cuando toquen la campana. Se despega el barco del muelle y ya todo está listo. ¿Qué les parece?

—Excelentísimo! —grita Robledillo. —No lo hubiera concebido igual un agente de turismo.

En realidad, el plan de Hilario no es descabellado. Una vez zarpado el buque hablaré con el capitán y le pagaré el valor de mi pasaje. De buena o mala gana habrá de consentir porque ya estaremos en alta mar y no podrá virar hacia la costa. Robledillo sugiere que se utilice uno de los barcos que van directamente a la cercana antilla holandesa de Curazao.

A Cecilia le ha parecido muy bien el proyecto de Hilario cuando se lo expongo a la mañana siguiente. Hemos comenzado a activar los preparativos. Ya la mayor de las Millán trajo a mi cuarto dos sólidas maletas de cuero.

Despliego febrilmente los periódicos buscando el itinerario de los vapores. Dentro de una semana sale un buque francés rumbo a Curazao.

—Nos iremos en éste —digo entusiasmado a Cecilia.

—¿Tan pronto? —musita temblorosa.

La miro a los ojos temiendo una nueva vacilación. Pero ella se repone.

—Sí, en ése. Cuanto más pronto es mejor.

———

Nos iremos. En estas dos palabras está encerrado un mundo. Ellas significan que la tendré siempre a mi lado, que al despertar podré buscar la mañana que despunta en sus ojos negrísimos, que tendré su cuerpo moreno para mis brazos y su alma límpida para la mía. Significan para mí tanto, tantísimo, que el pensamiento se detiene asustado como temiendo desbocarse por un camino que pueda trocarse en espejismo.

Nos iremos. El canario del patio repica una alegre despedida cantando como él sabe cantar. Yo silbo una tonada para acompañarlo y la menor de las Millán sonríe comprensiva mientras riega los geranios del patio.

XIV

Pero la cosa no sucedió. En un día y una noche he vivido varios años de angustia. Una angustia afilada y sombría, burlona y cruel.

Todo puede referirse ahora en pocas palabras. Lo que para mí tiene una trascendencia de torrente, para un espectador es un hecho aislado, simple y hasta jovial. Yo mismo puedo referirlo en pocas palabras.

Llegó el día fijado para la fuga. Nos marchamos, mis amigos y yo, a esperar a Cecilia al puerto. Arriesgamos el paso por las alcabalas de la carretera donde esbirros brutales toman los nombres y escrutan los rostros de los pasajeros. Iba yo desfigurado, teñidos de rubio el cabello y los bigotes que me había dejado crecer, con un par de anteojos descomunales cabalgando sobre las narices, provisto de un sonoro nombre falso. En La Guaira esperamos a Cecilia inútilmente...

Y es eso todo cuanto tengo que contar. Muy corto para referirlo y muy largo para vivirlo. Robledillo me dice ahora que a medida que las horas pasaban mi rostro iba adquiriendo una más acentuada palidez. En un momento dado llegó a asustarse. Entonces me trajo brandy.

Yo repetía, entre largos silencios:

—Tiene que llegar! Tiene que llegar! Y si no llega es porque algo muy grave le ha sucedido.

Era absurdo pensar otra cosa. El día anterior se había mostrado decidida y alegre. Fué con Robledillo, riendo las picardías de éste, a arreglar lo relativo al pasaporte y al pasaje. En la mañana había hablado conmigo largo rato, con su voz pausada y soñadora, del caudal de ternura que guardaba para mí.

—Tiene que llegar! Tiene que llegar! Ella sabe que arriesgo la libertad y la vida misma en esta salida a La Guaira. Es imposible que deje de venir. Y si no llega es porque algo independiente de su voluntad, superior a sus fuerzas, se lo ha impedido.

Pero no llegó. Y regresamos a Caracas con un paisaje de derrota en los ojos. Sentía la piedad de los compañeros pesando sobre mí. Y tal sensación, en vez de consolarme, me irritaba. Algo en mí se rebelaba contra esa compasión razonable y sincera. Hubiera preferido que Robledillo hiciera frases y chistes a costa de mi situación, a costa de mi espera inútil tan desairada y tan propicia para reirse de ella. Pero Robledillo, con el rostro desusadamente serio, se limitaba a fumar cigarrillo tras cigarrillo y a mirar el paisaje de barrancos profundos y nubes blanquísimas.

He vuelto a entrar por el zaguán angosto de la casita de las Millán, cariacontecido y molido como el Quijote después de una de sus desventuradas aventuras. Dolorosamente pienso que el símil no está mal. Y que yo, también como el Quijote, soy propenso a tornar en mi mente los molinos en gigantes, los carneros en aguerridos combatientes y en Dulcineas las criadoras de puercos.

Pero no. Si Cecilia no llegó fué porque no era humanamente posible que llegara. No puede ser de otra manera.

Pasa un largo día lluvioso. Creo comprender la causa de todo lo acaecido cuando la negra Panchita, la criada de Cecilia, va en busca de Robledillo y le entrega una carta que Robledillo corre a traerme. Cecilia me dice en ella que desde la noche antes del día fijado para nuestra salida la invadió una alta fiebre que ella atribuye a la tensión nerviosa. Trató de disimularla ante su madre pero amaneció peor y doña Concepción le notó el malestar en el rostro, la obligó a guardar cama y a recibir el médico. Dice haber sufrido intensamente pensando en mi espera angustiosa y en el peligro inútil que corrí.

Triunfante esgrimo la carta ante los ojos de Robledillo:

—¿Ves tú? Lo que yo les decía! Algo muy grave tenía que sucederle para que no llegase.

Y cuando Robledillo se marcha quedo releyendo la la carta. Me acosa una inquietud. Cecilia me dice también que se siente infinitamente desolada, que desea morir o matarse. ¿Por qué habla de esas cosas si la fuga puede intentarse cuando ella mejore? ¿Por qué no me dice: "Cuando mejore nos marcharemos"?

Sinembargo, le escribo unas líneas reconfortantes, optimistas, risueñas, aconsejándole que se cuide bien para que se restablezca pronto. Y vuelvo a hablarle, con el mismo cálido entusiasmo de ayer, de nuestro viaje y de nuestra vida futura.

Pasa otro largo día sin sol. Y en la noche viene a mi cuarto Hilario Figueras y con él sus palabras que han retumbado como duros aldabonazos sobre mi corazón.

Figueras ha llegado cohibido y nervioso. Ha comenzado a hablar de cosas triviales, de las aguas terrosas de la lluvia que bajan hacia el sur por las calles de la ciudad. Pero súbitamente cambia de tema y cae directamente sobre lo que vino a decirme:

—Quiero hablarte de algo muy delicado, Rojas. Somos hombres y tenemos que afrontar las cosas como verdaderamente son, por más duras que sean. Mientras ustedes esperaban en La Guaira a la muchacha, yo la ví en la calle, aquí en Caracas. Robledillo me ha contado lo de la enfermedad. Eso es mentira. Ella no me conoce a mí pero yo sí sé quien es ella. La ví en la calle, tenía los ojos encendidos de haber llorado y estaba pálida. Pero andaba por la calle...

Palpita en mi sangre el impulso de tomar a Hilario por el cuello y gritarle: —Tú eres un canalla! Tú mientes!

Hilario parece que vislumbra en mis ojos la intención porque se apresura a decir con voz clara y firme:

—La ví a las siete de la mañana, media hora después de haber salido ustedes de Caracas, atravesando la Plaza de Candelaria, rumbo a la iglesia. Iba vestida de blanco y llevaba andaluza del mismo color. Puedes preguntárselo a ella misma y estoy seguro de que no se atreverá a negarlo frente a mí.

Y al verme abatido, me pone la mano en el hombro y me dice con voz cordial y alentadora:

—No lo tomes tan a pecho, hombre! Mi deber era decírtelo. La vida está llena de tropiezos como éste y de porrazos mayores. Para tener madera de luchadores hay que tenerla también de sufridores.

Hace una hora que se marchó Hilario dejándome solo con mi amargura. Pensamientos oscuros y mortificantes danzan en los cuatro rincones del cuarto al compás de la lluvia que sigue cayendo sobre el patio.

La mentira de Cecilia me llena la cabeza. Y se extiende por la habitación. Y ahoga todos los murmullos de la casa y el salpicar de la lluvia. ¿Por qué mintió? ¿Por qué no me dijo simplemente que tenía miedo? ¿Por qué, si se sabía sin fuerzas, dejó nacer y crecer mis ilusiones? ¿Por qué mintió? Y las preguntas sin respuestas vuelven a cruzar idénticas por mi mente, describiendo un círculo endemoniado como los números borrosos de una ruleta ante los ojos de un jugador que se va arruinando lentamente.

Ha pasado otro día. Un día con sol tímido e irónico. Para desahogarme he comenzado a escribir a Cecilia una larga carta colmada de reproches. Una larga carta donde campea una ironía dolorosa que se ensaña con ella y conmigo. Es la mejor expresión de mi estado de ánimo. Releo esa carta y la destruyo. Escribirla me ha calmado un poco. Le enviaré solamente unas líneas precisando los datos que me suministró Hilario y rogándole secamente que me diga la verdad.

No podrá volver a mentir. Y cuando pienso en la dura palabra "mentir", algo en mi interior se debate en defensa de ella, algo que procura justificar su actitud a toda costa. Me asalta la esperanza pueril de que Hilario haya confundido a Cecilia con una mujer parecida a ella. O una voz subconsciente me susurra que Hilario es un malvado que ha mentido para hacernos daño. Esa noche no duermo y mis ojos fijos y secos clavan las preguntas sin respuestas en la página inmutable y blanca del cielo raso.

Un nuevo día lluvioso y Robledillo vuelve con otra carta de Cecilia. Me la entrega con un chiste acerca de su oficio de correo amoroso, al cual no presto atención. Con temblorosa impaciencia he rasgado el sobre. Letra confusa y apresurada. Y aún más confuso el contenido de la carta. Mintió y no mintió. Estaba en la calle porque iba a visitar al médico.

Vuelvo a escribirle y esta vez la acoso despiadadamente. Ella me ha dicho en su primera carta que el médico fué a verla a la casa. Le señalo secamente la contradicción. Le digo que si no me escribe toda la verdad no volverá a recibir otra carta mía.

Pasa un día más y en él naufragan mis últimas esperanzas. Me va naciendo hacia Cecilia un sentimiento sordo que colinda con el rencor. Yo no merezco lo que me ha hecho, ni merezco el engaño. Al menos de Cecilia no lo merezco. Espero su nueva carta serenamente, armado de un espíritu de fiscal.

Y llega la carta. Catorce pliegos desbordantes de hondas lamentaciones. No tuvo miedo por ella sino por doña Concepción cuyo fallecimiento habría de ser un hecho al enterarse de su fuga. Pero no fué precisamente por doña Concepción sino porque, además, se sentía realmente débil y enferma. Le fallaron las fuerzas en el último instante. Y vuelta a hablar de la posible muerte de doña Concepción. En los párrafos finales me dice que mintió porque temió que yo me encolerizara y dejara de quererla si me escribía la verdad. Los catorce pliegos son deplorables, quejumbrosos, saturados de contradicciones. Y vuelve a hablar muchas veces, como en un ritornelo, de matarse o de morir. A mí ya co-

mienza a parecerme grotesca la facilidad con que Cecilia conjuga el verbo morir.

Lo más significativo es que no ha venido a verme. Robledillo la ha divisado otra vez en la calle, entrando a un cine con la madre. Eso me da a entender que su cobardía, o lo que sea, continúa viva y en pie. En la carta me dice que tiene en mientes irse por unos días a la hacienda de un pariente. Quema las naves, según parece. Ni una palabra de viaje, ni una palabra de subsanar lo hecho. También me dice que me adora y que la vida sin mí le parece imposible. Esto último me hiere más que todo lo demás.

Me he mordido los puños y me he tendido en la cama a mirar, sin mirarlo, el cielo raso.

Otro día de lluvia. Y otro, y otro. No hay sol para las matas de las hermanas Millán. Al canario se lo llevaron lejos, donde no lo azote el agua, y oigo sus trinos como ecos de los trinos de ayer.

Un pijama sin estrenar, de los que compró Cecilia para mi equipaje, se mofa de mí desde el ropero balanceando los brazos vacíos y listados de azul. El trino remoto del canario parece burlarse de mí, como se burla la lluvia impertinente.

—Tuvo miedo, tiene miedo, tendrá miedo. Es infinitamente cobarde.

—¿Dejar su casa por la vida azarosa a tu lado? Nunca.

—El amor en nuestras mujeres...

—¿Nuestras mujeres? No! Existe la mujer, las mil mujeres enamoradas, que no hubieran vacilado.

Hablo conmigo mismo en alta voz. Una charla que se torna luego incoherente, de medias palabras, mientras la brisa inclina la cortina de lluvia y hace balancear los vacíos brazos burlones del pijama azul y blanco.

Pasan los días como sombras. Ha salido el sol y ha vuelto a cantar el canario frente a mi cuarto. Pero sigo sintiendo la lluvia sobre mi alma y oyendo los trinos del canario como ecos de su cantar de ayer.

Sinembargo, he iniciado una recia lucha contra mi dolor. Me he dicho, y lo he comprendido así, que mi desolación es impropia de quien pretende consagrar su vida a una labor de combate. Con sentimentalismos enfermizos no se libran batallas. Si la herida es honda, no debo tratar de cultivarla ni de ahondarla más. La vida tiene cien mil caminos y cien mil motivos para vivirla.

Cecilia no ha vuelto a escribirme. Debe haberse marchado realmente a la hacienda del pariente.

He comenzado a leer. La novela de Upton Sinclair me ha hecho meditar largamente sobre una nueva palabra: "socialismo". Es, sin duda, una hermosa y noble palabra.

La menor de las Millán charla a veces conmigo. No me habla de Cecilia pero me mira con unos ojos mansos que me sacan de quicio.

Hoy me ha sorprendido la llegada de la noche de Navidad. Las Millán me han traído vino y golosinas y he escuchado en la media noche un rumor de villancicos lejanos. Han pasado dos meses después del día en que Cecilia me dejó esperando frente al mar. Dos meses!

Dos meses de lucha conmigo mismo. En mí corazón se erguía la imagen de Cecilia sobre firmes cimientos de amor y de ternura. Tesoneramente, a punta de cincel que duele y hace sangrar, lucho por demolerla. Pondré toda mi voluntad en lograr que de esa imagen no quede al fin sino una sombra muerta.

No puedo permanecer eternamente en la casita de las Millán. Hilario ha vuelto a insistir sobre la conveniencia de mi marcha al extranjero. Yo, desconcertado aún por el golpe sufrido, me siento vacilar entre fuerzas diversas y vivo una inquietud de encrucijada.

Hilario me habla siempre de una lucha larga y abnegada. Recuerdo que Ceballos me había propuesto...

—Ceballos! Ceballos!

Esa noche llamo a la menor de las Millán:

—Haga el favor de buscarme mañana mismo a Ceballos. Tengo urgencia de hablar con él.

Y cuando Ceballos llega le digo sin saludarlo:

—¿Cuándo se alza el coronel Urrutia?

—Pues, chico! Casualmente todo está arreglado para dentro de tres semanas.

—¿Tú te irás con él?

—Naturalmente! El domingo salgo rumbo a la hacienda

—Pues bien, te llamé para decirte que yo también me iré.

Por los cerros venezolanos, enardecido por el grito verde e imponente de nuestra tierra, seré un guerrillero.

Pensaré por la boca inexorable de mi fusil...



2

MONTONERA

I

Se entreabría una mañana clara cuando tomé la ruta del campo. Soplaba un vientecillo aromoso que traía alientos de acequia limpia donde los lirios duermen sueños de pájaros. Saqué el caballo del camino amplio y me interné en una tortuosa vereda que era un alfilerazo en el corazón de la montaña.

He visto pasar chozas campesinas, ya despiertas desde el cantar del gallo, salpicadas ahora de una algazara de gallinas y de una orquesta de gruñidos de cerdos. Ladraba un perro a mi lado y me seguía un trecho por el caminito. A las puertas ruinosas quedaban chiquillos desnudos, pasto de anquilostomos, exhibiendo las naricillas sucias y los ombligos mal cortados. Las madres en cuclillas soplaban un fogón de tres piedras y los padres se habían marchado desde la madrugada, con el machete al hombro, a cumplir la jornada de hoy.

En todas las chozas, en todo el conjunto de personas, animales y cosas que le dan vida a las chozas, veo estampado un mismo sello de árida inconformidad. Aquellos terraplenes resecos junto a las casuchas, aquella vegetación espinosa y agresiva, son marco propicio a la mujer harapienta y al muchacho desnudo y enfermo. La mujer gritaba, mientras esquivaba al fogón los ojos llorosos del humo:

—Muchacho'el carrizo. Ya te he dicho que no comas tierra . . .

—Sal a buscá leña, Ruperta! No seas jaragana!

Y salía Ruperta, una jovenzuela de catorce años, harapienta como la madre, viviendo una adolescencia terrosa y lenta. A buscar leña, a destrozarse los pies desnudos entre los tunales y a acaparar más tarde sol despiadado en la cabecita enmarañada.

Me asaltaban el pensamiento las palabras de Hilario Figueras, cual si lo esperasen emboscadas tras las chozas miserables. ¿Iba yo a pelear por ésos? ¿Por ésos que se morían de mugre y de abandono en los ranchos dolorosos? Bien me decía algo interior que no. Que era muy relativo mi abstracto ideal de justicia si no postulaba el sosiego para aquellos con quienes la vida había sido supremamente injusta. Si lográsemos imponer nosotros a balazos en el poder al coronel Urrutia que hacía promesas democráticas, poca cosa sabrían de lo sucedido la mujer que soplaba el fogón, el chiquillo ventrudo, Ruperta terrosa y el hombre que se marchó con el machete al hombro. Atados a la misma choza enclenque y a la misma miseria de generaciones quedarían, mientras a nosotros nos henchiría el pecho el patriotismo satisfecho por la gesta realizada.

Pero hay siempre en mis meditaciones un diálogo entre dos personalidades distintas que pocas veces andan de acuerdo. Hilario Figueras me decía, en sus ratos de pedantería teorizante, que tal cosa no obedecía a complicaciones espirituales sino a mi condición contradictoria de "pequeño-burgués". Y para explicarme el significado de la expresión "pequeño-burgués" recurría a sus pesadas divagaciones sobre economía.

Esta vez ha surgido mi contendor interior sugiriendo sarcásticamente que mis reflexiones derrotistas de última hora pueden bien ser expresión del temor a las balas enemigas. Que ante el peligro vecino de la lucha armada bien

podría el instinto de conservación trajearse con una filosofía apropiada para rehuir ese peligro volviendo grupas al caballo. Sonreí a la alevosa sugerencia, acaricié el revólver fijo al cinto y apuré el paso de mi cabalgadura.

Busqué otra vía para enrumbar el pensamiento. Y, refugiándome una vez más en el Quijote, me distraje imaginando semejanzas entre mi salida en un recio caballo zaino, con revólver Colt 38 y conociendo mi ruta, y la del viejo huesudo y manchego en un jamelgo flaco y con la razón perdida.

Continué destejiendo senderos. El sol comenzaba a caer brutal sobre mis espaldas y sobre las florecillas amarillas de nuestros campos que no le temen al sol. El atajo se despeñaba ahora cerro abajo y el caballo se afincaba fuertemente sobre las patas delanteras para no irse de bruces. Un rumor sordo y sostenido que venía de abajo y una vegetación más verde y más fresca que surgía a los costados del camino, nos indicó —a mí y al caballo sedientos— la proximidad de un riachuelo. Aguzamos la marcha y el instinto. Y ya frente al agua fresca salté a tierra y, mientras el animal remojaba apresurado sus belfos resecos, yo tejía guirnaldas de agua en mis manos para llevarlas a mis labios ávidos.

Sólo conozco la ruta hasta cierto trecho y para más allá he pedido un guía. Así me lo prometieron. Y en el lugar convenido me espera, viendo pasar impávido las horas. Es un campesino de elevada estatura y de mirada esquiva, encaramado a una yegua flaca y rucia. De muy lejos, cuando mi caballo y yo éramos apenas una sombra en la montaña, el hombre sabía que era yo el estudiante a quien le habían mandado esperar. Sinembargo, me dejó acercar sin un grito y me saludó sin mirarme:

—Güenas tardes! ¿Como que va pa muy lejos?

—¿Eres tú Anselmo? —le respondí preguntando.

Sí era Anselmo. Y, no obstante mi pregunta, estuvo haciendo rodeos con sus palabras antes de mencionar su misión que no era otra sino conducirme hasta donde estaban emboscados el coronel Urrutia y sus hombres. Mejor dicho, no lo mencionó nunca. Solamente dijo, poniéndose en marcha:

—Eche palante! Que argún día llegaremos, primeramente Dios.

Y comenzamos a atravesar serranías por atajos insospechables, a pasar llanuras por entre la maleza alta, a cruzar riachuelos escuálidos y quebradas orilladas de peñascos. Anselmo conoce a ojos cerrados las regiones que cruzamos. Esquiva pueblos y caseríos mas no las chozas aisladas donde nos brindan el pocillo de café, la *chirigua* de agua y el fuego para la carne salada y seca que Anselmo lleva en la capotera.

Nuestras cabalgaduras, con nosotros a cuestas, se recortan como siluetas sobre los cielos crepusculares. Anselmo no tiene ninguna semejanza con Sancho. No solamente por sus largas piernas sino también porque habla poquísimo. Tan sólo cuando yo lo acoso a preguntas y aún entonces me devuelve monosílabos como guijarros. El diálogo más largo que hemos sostenido es el siguiente:

—Bueno, Anselmo. ¿Y tú por qué te vas en la revolución?

—Guá! Muy sencillo. Porque er coronel Urrutia se arza y me mandó a llamá.

—¿Solamente por eso?

—¿Y por qué más va a sé, pues?

—Pero, ¿qué harías tú si el coronel Urrutia fuera jefe civil en este mismo gobierno?

—Pues en tar vez yo sería comisario.

—¿Y serías tú capaz de hacerte cómplice de este gobierno de asesinos?

—Si usté dice que er coronel juera jefe civil, pues yo sería comisario. Yo no tengo que hacé con los gobiernos sino con er coronel Urrutia. Pa eso soy oficial suyo.

—¿Pero tú no tienes criterio propio?

—¿Criterio propio? Uhm! ¿Qué pájaro es ése?

Y luego, con voz que más bien es una reconvención a sí mismo por su desusada locuacidad, me dice desviando la charla:

—Mejor es que no converse mucho porque gasta mucha saliva y no vamos a encontrá onde bebé agua sino a la nochecita.

Y se echó adelante con su yegua.

Como Anselmo han pensado y vivido en mi tierra millares de hombres. Hombres que se han ido tras de uno que era *guapo* o que se creía que era *guapo.* Sin saber por qué, sin conocer con precisión lo que el guapo pensaba y buscaba. Esa ha sido la psicología simplista de casi todas nuestras guerras civiles. El guapo que se echaba al monte y los que creían en su guapeza que se iban tras él. A hacerse matar, a servir de carne de cañón a las ambiciones del guapo. Los guapos de mayor alzada se llaman caudillos.

También se hereda la guapeza y se hereda el prestigio. El coronel Urrutia, según creo, no ha dado nunca antes demostraciones de su valentía. Es una especie de caudillo inédito. Pero su tío fué caudillo y su abuelo también lo fué. De esos antepasados le viene el título de coronel. Y el padre de Anselmo se alzó bajo las órdenes del tío de Urrutia. Y el abuelo de Anselmo murió en una montonera que mandaba el abuelo de Urrutia.

Delante de mí siguen abriendo camino, por entre los chaparrales, los hombros del campesino y la yegua canija y rucia.

Llegamos a nuestro destino. Descabalgamos frente a la casa de una hacienda. La hacienda pertenece a un amigo del coronel Urrutia y allí se encuentra éste agazapado, esperando el momento de lanzarse en abierta rebelión.

El coronel es un hombre relativamente joven y me recibe muy cordialmente. Ceballos ha llegado una semana antes que yo y le ha hablado de mí. Me dice que siente grandes simpatías por la juventud venezolana y en especial por los estudiantes. Mientras habla se golpea las polainas con un foete. Es de palabra torpe, de vocabulario pobre, de gestos nerviosos, pero luce decidido y voluntarioso.

Posteriormente a mi llegada siguen afluyendo a la hacienda hombres para las guerrillas. Los componentes de nuestras huestes son, en su gran mayoría, de origen campesino. Algunos vienen de muy lejos a la llamada del coronel Urrutia. Pero la generalidad está formada por los peones de la misma hacienda donde nos encontramos. El dueño de la hacienda les ordenó que se fueran con nosotros y con nosotros se irán. Somos un grupo de más de 150 hombres. Urrutia espera, según nos dice, que a nuestro alzamiento respondan otros en diversos lugares del país. También confía en el arribo de la expedición que están organizando los caudillos en el exterior.

Tenemos fusiles. Muchos de ellos pasaron meses o años enterrados "esperando el momento". Al lado de esos fusiles de abolengo fósil, un puñado de carabinas modernas alardea de juventud. La procedencia de estas armas nuevas y relucientes es para mí un misterio.

Urrutia ha dividido sus hombres en grupos de a diez. Al frente de cada uno de estos grupos ha colocado un "oficial". Yo soy uno de esos oficiales. Urrutia me grita:

—Teniente Rojas! Esta es su gente.

Soy, pues, teniente. Mis aptitudes para ascender vertiginosamente en la carrera militar no son, sinembargo, nada excepcionales. Y prueba evidente de ello es que Ceballos es ya comandante. El Comandante Ceballos pertenece a un grupo privilegiado que rodea a Urrutia, una especie de estado mayor. El propio coronel ha resuelto ascenderse a sí mismo. Ya es el general Urrutia.

Parece que el plan es iniciar la revuelta asaltando y tomando un pueblo cercano para lanzar desde allí la proclama que Urrutia tiene impresa y que dirige "A todos los Ciudadanos de la Patria". En la proclama Urrutia pone de manifiesto una singular debilidad por las letras mayúsculas. Patria, Libertad, Justicia, Tiranía, Pueblo, Ciudadanos, Déspota, Verdugos, Rebeldía. Todo está con mayúsculas.

Ceballos me pide opinión sobre la proclama y yo le digo que no me parece muy brillante. Y su cara de pocos amigos ante mi respuesta me hace sospechar que colaboró en su redacción. Las mayúsculas, naturalmente, son del general Urrutia.

Más tarde me he acercado a Ceballos para decirle:

—Oye, chico! El teniente Rojas no sabe todavía manejar el fusil.

Ceballos no se inmuta y llama a uno de los hombres de mi propia guerrilla:

—Agapito! Enséñele al teniente Rojas cómo se dispara el fusil.

La voz de Ceballos ha adquirido tonalidades metálicas e inflexiones de fusta. Es, sin duda alguna, un comandante vocacional.

Y Agapito me enseña en cuatro lecciones la fórmula para enviar un recado de muerte a un prójimo.

II

No se hizo esperar nuestro bautismo de fuego. Aún no se había resuelto Urrutia a realizar el asalto al pueblo cercano cuando una mañana húmeda nos trajo las primeras balas.

Sobre los corredores de la casa de la hacienda flotaba un murmullo de mercado o de colmena. Eran las charlas de los hombres, comunicativos o impacientes. En un estremo del corredor estallaba una chacota obscena que dejaba una estela de carcajadas. Más acá, tendidos sobre una cobija parda, tres hombres jugaban a los dados y se pagaban con cigarrillos que iban tornándose mugrientos al pasar de mano en mano. Aquí un narrador refería un episodio de su vida y lo engalanaba con collares de mentiras.

En las habitaciones del interior, habilitadas para dormitorios del general Urrutia y su estado mayor, se discutía el plan de campaña y se descorchaba el litro de brandi que aportaba el dueño de la hacienda. Parece que Urrutia esperaba la llegada de un nuevo grupo de hombres y de algunas noticias para iniciar el movimiento.

Así pasaron dos o tres días. Bajo los árboles copudos de la hondonada fronteriza a la casa, se asó la novilla que comimos primero con *casabe* que había en la casa, y más tarde con el agua de la acequia por toda compañía.

—Carne con carne, bachiller! —me dice un viejo que ha sido guerrillero en otra ocasión.

Y al amanecer del tercer día, cuando una brisa húmeda y fría pasaba por el corredor donde dormíamos, escuchamos un disparo.

Luego tuvimos ocasión de enterarnos de todo. El jefe civil del pueblo cercano había sido informado de la presencia de Urrutia en la hacienda. Y resolvió apresarlo junto con sus acompañantes, que nunca imaginó fuésemos tantos. El jefe civil trajo cuarenta hombres que venían marchando despreocupados ya que no esperaban resistencia de nuestra parte. Y así hubieran llegado, quizás hasta caer en nuestras manos sin disparar muchos tiros, a no haber divisado a nuestro centinela cuya silueta, máuser al hombro, se destacaba sobre una loma. Nuestro hombre dió el alto y le respondieron con un balazo certero a la cabeza que lo tumbó de espaldas, muerto. Es ese el disparo que nos ha traído la brisa húmeda.

Siguieron su ruta el jefe civil y sus hombres, aunque ya menos despreocupados. Un muro de escasa altura, justamente al nivel de mi ombligo, que separa el corredor del campo abierto es, para nosotros, trinchera oportuna. Ha comenzado a caer una llovizna fina que pone una cortina oblicua entre nuestros ojos y el amanecer. La lluvia les cala la ropa a los que vienen a nuestro encuentro y maldiciendo de ella desembocan en el claro del camino que se extiende frente al tranquero de la casa. Nos ocultamos tras de nuestra improvisada trinchera. Los hombres van pasando, uno a uno, el tranquero de la entrada.

Avanzan hacia la casa, que dista unos cincuenta metros de la cerca, y una descarga nuestra picotea en la tierra recién mojada frente a los pies de los asaltantes. Disparan ellos una vez sus armas contra la casa. Pero cuando nuestras balas pasan silbando y rasgando ramajes sobre sus ca-

bezas y hacen luego un claro en sus filas, huyen a la desbandada. Esta vez traspasan todos a un tiempo el tranquero, estorbándose unos a otros los movimientos, trepando los alambres o escurriéndose a ras de tierra. De nuestra trinchera salen ahora disparos sueltos. Un hombre, que ya trasponía el alambre más alto de la cerca, se viene de espaldas y su alarido llega preciso hasta nosotros:

—Ay, mì madre!

Eso fué todo. Hemos peleado y ganado nuestro primer combate. Anselmo intentó perseguirlos con veinte hombres pero regresó una hora después:

—Corren muy duro, caray!

Tres muertos y un herido dejaron los asaltantes. Al herido lo trae Anselmo terciado sobre los hombros, cual llevan sus ovejas los pastores de los "nacimientos", mientras la lluvia sigue cayendo pertinaz.

El herido es un pobre campesino, reclutado a planazos por el jefe civil para hacerlo soldado. Uno de los peones de la hacienda, que pelea a nuestro lado, le reconoce y le llama compadre:

—No ponga esa cara e susto, compadrito! No lo vamos a matá.

Le hago una cura. La herida no es grave pero sí fea y dolorosa. Es en la pierna y entre el fluir de la sangre se ve blanquear el hueso. El hombre grita mientras lo vendo y sus gritos me desazonan. Observo la cara sudorosa y angustiada del pobre soldado. Las balas no disciernen y se incrustan en el primero que les salga al paso. Me aturde pensar que las mías pueden hacer blanco en infelices como éste.

Del horizonte viene una escuadrilla de negros pajarracos. Son los zamuros en busca de la carne muerta. Los

zamuros cuando vuelan alto, puntos sobre las nubes, son majestuosos y tienden un trazo de serenidad en la amplitud del cielo. Pero cuando bajan atraídos por la carroña, su vuelo es torpe, voraz y repulsivo. Revolotean frente a la casa y tres o cuatro describen círculos un poco más lejos. Estos últimos rondan el cadáver de nuestro centinela.

—Vamos a quitales los muertos a esos bichos! —propone un mozalbete que tal vez presiente lo que mañana pueden hacer de su cuerpo tendido en un descampado.

—Vamos —responde otra voz.— Los enterraremos por ahí mismito.

Y se marchan a enterrar a nuestro centinela y a los tres muertos ajenos.

El viejo guerrillero me señala con el dedo la curva de la montaña que está a nuestra espalda.

—¿Vé usté aquella choza? —me dice indicando una manchita parda.— Allí vivía el difunto.

Se refiere al centinela muerto. Queda pensativo y luego musita con otro tono en la voz:

—La vaina es que deja mujé y tres hijos...

Los corredores van recuperando lentamente su rumor de mercado o de colmena. Entre las risotadas de ahora alguna suena falsa o nerviosa. Del herido, acurrucado en un rincón, llega un quejido ronco y rítmico. La llovizna se ha marchado. Y el cielo, que se ha lavado en ella la cara, luce espléndidamente azul.

A la mañana siguiente hemos salido a encontrar al enemigo en sus posiciones. El pueblo que vamos a atacar es cabecera de Distrito y tal vez ha recibido refuerzos de la capital del Estado. Allí está, a la cabeza de las tropas, un

facineroso que ha sido cuatrero, presidiario, cabo de presos, contrabandista, comisario. Ahora es coronel al servicio del gobierno. Tiene un prestigio de asesino consolidado en toda la región.

Vamos marchando por las laderas de la serranía que conducen a la planicie donde está extendido el pueblo. El general Urrutia nos ha dado la orden de salir, distanciados, una guerrilla tras otra. Desde muy lejos divisamos el tope de la iglesia española del pueblo que se destaca por encima de los árboles y de las casas. Y a cada vuelta de la vereda va creciendo el perfil de la iglesia a nuestros ojos y sus contornos se van haciendo más precisos.

Nuestras guerrillas descienden por entre los peñascos. Entre mis hombres va un viejo margariteño que, impulsado seguramente por el regionalismo de ese mi pueblo, despliega sobre mí cuidados paternales que hacen deslucir mis supuestas presillas de teniente.

—Cuidao con las tunas, paisanito! Esas bichas brincan.

Y es cierto que saltan como animales. Un trecho más allá de la advertencia se lanza una sobre mí y clava sus espinas en mi pierna derecha. Wenceslao, el viejo margariteño, se detiene un instante para arrancarme la penca erizada de púas.

—Vas cansao, muchacho! —me dice, olvidado de mi tenientazgo.— Podemos paranos un ratico, por la Virgen der Valle!

Voy cansado pero no nos detenemos. Una vuelta de la vereda adelante va un negro barquisimetano comandando otra guerrilla y su pañuelo rojo al cuello resalta entre los verdes de la ladera. El negro vuelve el rostro hacia nosotros de trecho en trecho y, cuando las curvas del cerro nos

acercan, nos lanza gritos burlones, cruzándole el rostro el relámpago blanco de la risa:

—Ah, bachiller! Voy un juerte a que a usté lo matan primero que a mí.

Cuando desembocamos frente a las primeras casas del pueblo, vamos cansados y sedientos. Sobre las casitas mudas cae vertical el sol del mediodía. El general Urrutia debe venir aún lejos, en la retaguardia. No nos dió orden de atacar al pueblo. Nos dijo solamente que tomáramos, guerrilla tras guerrilla, la ruta que al poblado conducía. Nos tiramos sobre la hierba, bajo unos árboles, a esperar al jefe. Pero, súbitamente, nos sacude el estallido de una descarga. Tiran contra nosotros desde las casas. El negro barquisimetano se ha puesto en pie de un salto:

—Arriba, muchachos, que empezó la fiesta!

A mi lado ha surgido Wenceslao y oigo su voz que suena persuasiva:

—Echese ar suelo, teniente! Así se pelea mejor.

Grito a mis hombres:

—¡Al suelo todos!

Hacemos trinchera de los peñascos. Y comenzamos a disparar, tendidos como los tiradores moros que asaltan los fortines de la Legión Extranjera en las películas yanquis. El negro barquisimetano está de pie, un trecho más allá, y grita con voz de clarín mientras descarga su fusil una y diez veces:

—¡Asesinos! Hijos de puta! Ya van a sabé lo que es bueno!

El negro barquisimetano, con su pañuelo rojo al cuello, es un blanco magnífico para los tiradores atrincherados en

las casas. Pero eso no le basta. Ordena a su guerrilla:

—Pa dentro! A sacá esas gallinas de las casas!

Y se lanza, seguido por sus hombres, contra la granizada de balas que de las casas viene.

Yo hago un movimiento para levantarme tras ellos. Pero Wenceslao me tira de la manga y me grita, mientras cambia calmosamente el peine de su fusil:

—Está loco, Teniente! Los van a matar a todos.

Y caen. Primero dos hombres de la guerrilla y luego el negro barquisimetano con una bala que le parte el grito y se le incrusta en la garganta, en mitad del pañuelo rojo. Ha caído pesadamente, muerto, sin hacer un solo movimiento después del balazo sino el de desplomarse como una masa inerte. Muerto, descubierto el pecho sin miedo, como han caído millares de hombres sobre la tierra de mi país. Como vienen cayendo desde hace muchas generaciones. Como caían los indígenas frente a los arcabuces de los conquistadores; como caían los patriotas frente a las carabinas de Monteverde y las lanzas de Boves; como se ha sembrado de sangre la entraña más profunda de Venezuela en el sucederse de estériles guerras civiles que son nuestra historia. Con el mismo grito y con el mismo empuje heroico:

—¡Cobardes! Hijos de...

Así cayó el negro barquisimetano cuyo nombre nunca supe. Sin que toda la sangre derramada antes le valiera siquiera para saber por cuál ideal moría. Peleaba por el general Urrutia que viene en la retaguardia. Más nada.

Seguimos combatiendo. Van llegando las otras guerrillas y acunándose en los zanjones. Han herido a uno de mis hombres y lo veo muy cerca, pegado el rostro a la tierra, respirando afanosamente, ahogado del dolor y de la sed.

De las casas siguen lloviendo balas. El general Urrutia no ha llegado aún. Nos han matado seis hombres y hay

varios heridos. Wenceslao, mi soldado con alma de jefe, ordena a las guerrillas una retirada hacia los árboles cercanos porque estamos ofreciendo blanco en un descampado. Nuestro movimiento hace creer que huímos a las tropas del gobierno. Salen de las casas a perseguirnos. Entonces les oponemos una resistencia desesperada, amparándonos tras las peñas, tras los troncos de los árboles, entre las hondonadas del terreno. Wenceslao ha comenzado a gritar a mi lado:

—Firmes, muchachos! Duro contra esos pendejos!

Actuamos como máquinas. Un golpe seco de mano y ya está la cápsula nueva bajo la espera del gatillo. Otro disparo, y otro golpe seco, y otro disparo. Y se llena el peine vacío con el puñado de cápsulas que se extrae del bolsillo. Y vuelta a disparar y a efectuar los movimientos precisos. Me duele el hombro derecho magullado por el golpe repetido de la culata. Siento la lengua pesada y seca de sed. Vemos caer hombres en las filas contrarias. Algunos se desploman como fantoches con la cuerda rota. Otros agitan los brazos como pájaros heridos. Finalmente, con varios hombres menos, los vemos retirarse hacia el refugio inexpugnable de las casas.

A mi lado, Wenceslao sudoroso ríe y blasfema.

Ya no disparan desde las casas. Nos tendemos en la tierra y se hace el silencio bajo el sol del mediodía. Huele a pólvora, a sangre, a sudor. Tenemos las gargantas arenosas y los ojos vidriosos de sed. Un soldado nuestro se acerca cojeando, el tobillo destrozado de un balazo, y se tiende a nuestro lado a mirarse la herida.

No sabemos si hemos triunfado ni si hemos sido derrotados. Ni pensamos en tal cosa. Alguno rompe el silencio

para nombrar a uno de los nuestros que ha caído, herido o muerto:

—El pobre Juancho, carajo! Y tan macho que era...

Tenemos sed. No somos tropa sino un puñado de hombres sedientos. Algunas guerrillas se dispersan en busca de agua. Nadie las detiene.

El general Urrutia y su estado mayor llegan al fin.

—Valiente jefe! —rezonga Agapito a mi lado.

Urrutia, Ceballos, Anselmo y los otros charlan apartados. Desde el pueblo, arrastrándose por entre los matorrales para no ser visto, ha llegado un hombre que es amigo de Urrutia.

—La ganaron! —dice. —El coronel está muerto y los soldados desmoralizados. Pueden entrar al pueblo cuando quieran.

Muchos pensamos que en el pueblo hay agua. Pero Urrutia no parece prestar importancia a las palabras del recién venido. Reanuda la charla con sus oficiales. Y luego grita dirigiéndose a nosotros:

—Todos por este camino!

Y se pone en marcha, seguido del estado mayor. Volvemos hacia la serranía con nuestra sed a cuestas. El soldado cojo mira hacia el camino que escala la montaña, mira hacia su pie deshecho y luego se tiende resignado —sin pronunciar una palabra— a la sombra de un árbol.

—Por ese camino debe encontrarse un río —pienso.

UN RIO...!

—Vamos, muchachos! —grito a los hombres de mi guerrilla.

Que ya no son diez. Son siete...

III

Sol, cielo con sol, tierra con sol, horizontes con sol. Sol sobre las espinas de los cardones ásperos; sol haciendo infinita la cicatriz blanca del camino remoto; sol tornando la brisa en ráfaga tibia y sin vida. Sol en las pupilas opacas; sol en las cabezas calenturientas. Sol y sed. Sed en las gargantas soleadas; sed en los labios resecos; sed y cansancio en los pasos torpes.

Marchamos silenciosos por sobre piedras y espinas. La sed martillea nuestro pensamiento. Yo he olvidado mis pies lastimados, y mi fusil, y los compañeros que quedaron muertos de cara al sol, y mis ideas de justicia. Solamente sé que tengo sed. Y la sed torna el murmullo de la brisa tibia entre las ramas escuálidas en canción de fuente clara; y torna el azul impoluto del cielo en laguna sin márgenes; y el camino en un río; y la película turbia que entorpece la mirada sedienta en agua de lluvia que cae.

Una voz terrosa musita a mi lado:

—Ah malhaya un río para ahogarse!

En realidad. No acierto a explicarme cómo en alguna ocasión, en cierto pasaje de mi infancia, me asaltó el temor de morir ahogado. Debe ser deliciosa y fresca una muerte entre las ondas serenas de un río, derramándose avasalladora en nuestra garganta, sofocando el ritmo de nuestros pulmones, la invasión tumultuosa del agua fría.

Yo sólo sé que tengo sed!

Pero no es agua lo que encontramos sino una emboscada. Al aventurarnos en una especie de desfiladero, disparan contra nosotros desde el costado alto del camino. Son más de cien hombres agazapados tras las peñas que atalayan la altura.

He oído decir que una emboscada, por lo que tiene de ventajosa para los que ya han elegido posiciones y por lo que tiene de inesperada para los que en ella caen, siembra fácilmente el pánico entre los atacados. Nosotros hemos caído en la emboscada y nos vemos rodeados por un número de hombres que casi duplica al nuestro, hombres mejor armados, sin cansancio y sin sed. Sinembargo, no se produce el pánico ni reculamos ante el ataque sorpresivo. Somos antes que todo un tropel de hombres con sed y la emboscada no la miramos como treta guerrera sino como algo que pretende tapiarnos el camino que conduce al río. Es preferible morir de un balazo antes que desandar lo andado, antes que correr desesperados por el mismo camino polvoriento que aún guarda sin borrar nuestras huellas.

Impávidos hacemos frente a los disparos. Y avanzamos hacia el enemigo. Avanzamos hacia el agua. Lanzamos gritos que restallan, secos y tremendos, en la atmósfera caliente. Y vamos acorralando la loma en un avance reptante por los flancos, guiados por ese gran capitán que es el instinto.

No oímos el silbido de las balas mientras nos arrastramos como sombras por los costados del cerro, disparando con calmosa precisión. Nuestra tremenda resolución intimida a los atacantes. Y cuando huyen, cuando nos dejan libre el paso hacia el río, no hacemos un disparo más, ni un gesto para perseguirlos. Seguimos andando silenciosos y sedientos. Tres de los nuestros quedaron inmóviles al costado del cerro, muertos y todavía con sed. Y a cuestas llevamos

cuatro hombres que nos hirieron en la emboscada. Uno de ellos grita incesantemente:

—Agua! Un poquito de agua!

Brutalmente le ordenamos que calle porque la palabra agua nos enloquece. En el tope de la loma quedaron algunos muertos contrarios. Pero no nos molestamos en subir a cerciorarnos. Desde abajo se divisa una pierna inerte que cuelga hacia el barranco.

Nuestros heridos pesan terriblemente y nos turnamos en cargarlos.

Uno de ellos sangra copiosamente y su sangre va pintando rosas rojas en las piedras pardas del camino. El mismo de antes murmura con voz cada vez más débil:

—Agua! Un poquito de agua!

Un hombre bebe de sus propios orines en la cuenca de las manos.

El baqueano dice:

—Dentro de media hora encontraremos agua!

He comenzado a contar mis pasos. Porque cada dos pasos lentos son un segundo, y cada sesenta segundos son un minuto, y treinta minutos son media hora, y media hora es un río.

Después de hundir brutalmente nuestras cabezas sedientas en el riachuelo escuálido y de beber largo rato en silencio como las bestias, nos tendemos sobre la orilla.

Somos ahora un puñado de fugitivos con municiones escasas. Contamos nuestros hombres. Setenta cabales. Muchos se han perdido por los caminos, marchándose obsecados por atajos que debían llevarlos a acequias fantásticas

cuyo rumor oían. Otros se quedaron en las afueras del pueblo donde combatimos, cansados, sedientos, desorientados, sin que la voz del jefe los llamara a seguirnos. Y los heridos. Y los que cayeron definitivamente.

Los setenta que estamos junto al río ya no tenemos sed. Tenemos hambre.

—Silencio! —grita una voz.

Por la ladera que baja hacia la orilla opuesta del riachuelo vienen —en busca de agua como nosotros —una cabra y sus dos cabritos. Pedro Chirino, un peón coriano que va en nuestras filas, ha pedido silencio. Y callamos. Pedro Chirino salta de su rincón de peñas, cruza el río en dos zancadas, y hunde hasta el tope la bayoneta en el cuello de la cabra madre. Todo en escasos segundos relampagueantes. Yo no había logrado todavía relacionar en mi mente la cabra con su carne y la carne con mi hambre, cuando ya estaba tinta en sangre la bayoneta de Pedro Chirino. Los cabritos tuvieron tiempo de articular un balido de angustia huérfana antes que Pedro Chirino los borrase del reino de los vivos.

Un clamor de entusiasmo comenta la hazaña.

—Ah coriano pa sabé cómo se matan los chivos!

Cerca del río hay un rancho. Hacia él enrumbamos nuestros pasos para abandonar allí tres de nuestros cuatro heridos. Dos viejos campesinos nos ven acercar con miradas de espanto. Pero al divisar los rostros contraídos de los heridos que llevamos a cuestas, nos ayudan a descargarlos sobre el piso de tierra de la choza, mientras repiten entre dientes:

—Pobrecitos! Pobrecitos!

No podemos continuar llevando los heridos con nosotros porque su carga hace la marcha lenta y nuestros perseguidores no tardarían en darnos alcance. Además, en el ajetreo de las marchas forzadas, finalizarían por morírsenos sobre los hombros.

Examino las heridas. Uno de ellos, el que se desangró en nuestros hombros, tiene un balazo en la ingle y le restan pocas horas de vida. El de la herida más leve me ha pedido que le vende el brazo con un trozo de franela y afirma que seguirá con nosotros.

—Prefiero caminar aunque no pueda —exclama.— Si esos bandidos me agarran me van a matá como un perro, herido y todo.

Marchando por la orilla del riachuelo, remontando el cauce, nos alejamos de los caminos. Es difícil la ruta por entre los peñascos de la orilla, a veces por las aguas mismas cuando el margen se pliega contra los bejucos y no deja tierra que pisar. Mientras tanto, en el cielo anochece lentamente.

La noche va borrando nuestras huellas y alejándonos aún más de los caminos y de nuestros perseguidores. Andamos un largo trecho río arriba. Y acampamos al fin en un sitio donde las piedras nos brindan espacio para encender entre ellas la hoguera que ha de asar la caza de Pedro Chirino.

Luego nos tendemos de espaldas entre las piedras para dormir. Estamos sobrehumanamente cansados. Jamás sospeché que mi cuerpo pudiera resistir una jornada tan agobiante como la de este tremendo día de hoy. Estoy tan cansado que busco en vano el sueño y veo pasar las horas por un tragaluz de cielo entre los árboles, remanso donde la noche acuna sus más tiernas estrellas.

El Cinto de Orión cintila al nivel de un peñasco lejano. Tres puñales de luz acechando mi vieja herida de amor.

IV

Siete días y siete noches huyendo. Nos persiguen más de 500 hombres. En nuestras filas no quedamos sino cincuenta escasos, cincuenta hombres extenuados y andrajosos. Hemos escarpado cerros, no por los caminos ni por los atajos, sino por las rutas que nunca lo han sido: el barranco casi vertical, el desfiladero erizado de plantas espinosas. Nos hemos descolgado más allá por los bejucos que penden de las vertientes sarmentosas de peñascos. Hemos atravesado largas sabanas, hundidos hasta el cuello en los pajonales bravíos.

Soles terribles nos han flagelado las espaldas por jornadas enteras. Nuestros pasos tiene dos objetivos inmutables: escapar de nuestros perseguidores, mitigar el hambre y la sed. Nuestras preguntas son siempre las mismas a las viejas apergaminadas que succionan la *punta* de tabaco a la puerta de las chozas solitarias:

—¿Por aquí no ha pasado la tropa?

—¿Queda muy lejos el agua?

—¿No tiene un chivito que nos regale?

Son cobardes nuestros perseguidores. Cuantas veces un pelotón de su vanguardia nos ha dado alcance y nos hemos visto obligados a hacerle frente, se han replegado a los primeros tiros. Esperan probablemente el momento en que toda la masa de sus quinientos hombres pueda caer sobre nuestra extenuada cincuentena. O tal vez el instante en que no quede una bala más en nuestros bolsillos. O cuando

nuestros pies deshechos, nuestros músculos doloridos por las marchas forzadas, se nieguen a obedecernos.

Son cobardes y crueles, como buenos cobardes. Los campesinos nos han referido las cosas espantosas que han cometido con nuestros heridos y con algunos de los nuestros que, perdidos en la montaña, han finalizado por caer en sus manos. A dos heridos que hallaron tendidos en una choza campesina, les destrozaron los rostros a culatazos y los remataron a filo de machete. A otro herido le seccionaron los testículos de un tajo.

Han asesinado a los prisioneros. Siempre a machetazos. Jamás fusilan. Prefieren el machetazo que salpica de sangre a quien lo propina, el machetazo que entra en la carne y la mano que lo impulsa lo siente entrar, el machetazo que deja frente al que mata una piltrafa humana cruzada de largas y profundas heridas de donde mana avasalladora la sangre por las mil venas rotas.

Silba el machete sobre los heridos que se quejan de bruces en la tierra. Silba el machete sobre los hombres perdidos y sedientos. Y los verdugos gozan el golpe mortal, gozan el fluir impetuoso de la sangre, gozan los agudos alaridos de espanto, gozan los estertores agónicos. ¿De qué entrañas monstruosas han salido estos hombres?

El horror de la amenaza nos hace duros y valientes. Sabemos que caer en manos de tales bestias es despeñarse por el precipicio de una muerte espantosa. Descartadas las posibilidades de rendición, combatimos desesperadamente. Cobraremos nuestra muerte, matando.

Así hemos combatido. Así hicimos retroceder a un batallón con cornetas, tambores y banderas desplegadas, que descendió de la montaña para aniquilarnos sobre una plani-

cie donde habíamos acampado para asar tres cabras. Animados por la fuerza indomable de los desesperados.

Vamos infinitamente cansados. Tal vez no vaya tan extenuado Anselmo que ha recorrido millares de millas en su vida de campesino andariego. Pero sí yo que tengo piernas de estudiante ciudadano, y Agapito que era barbero, y el otro que manejaba una máquina.

Hambrientos, embrutecidos por el sol y por la sed, marchamos. El fusil es más pesado a cada nueva jornada. Por las noches, cuando nos tendemos derrengados en busca de una ración de sueño, el pensamiento que no trabajó en el día —relegado a un segundo plano por los sentidos fijos en la huída— emprende una ruta de recuerdos inconexos. Dibujo en mi mente, con terca minuciosidad, ciertas cosas del mundo —una rosa, una mujer, un libro— como si me asaltase el temor de olvidar para siempre su existencia y su forma.

Los trajes hechos jirones, la barba crecida y terrosa, el cuerpo mugriento de barro y de sudor oscuro, los pies hinchados del caminar maldito. A veces, mientras procuro dormir con el rostro pegado a la tierra, imagino que regreso, invirtiendo la escala de Darwin, al seno de los animales irracionales. Nada me separa de la cabra que matamos hoy y que vivía como yo, sucia y sedienta, en estas regiones áridas. La maquinaria complicada del fusil es lo que evidencia mi calidad de ser humano, racional y capaz de crear tan ingeniosas máquinas de muerte. Y las palabras que cruzamos, escasas porque tememos que se nos vaya con ellas el aliento que nos queda para seguir marchando al despuntar la madrugada.

Pero —y en estas trágicas jornadas más que nunca lo he comprendido así— el pueblo venezolano es un pueblo que

sabe reír. Por encima de nuestra zozobra de fugitivos acosados, por encima del filo del machete de nuestros perseguidores que en todo instante está a milímetros de nuestras nucas, por encima de nuestros pies hinchados y de nuestras gargantas resecas, salta a veces el chiste, la risa, la copla misma. Quien presenciara el desfile de nuestros rostros desencajados por el esfuerzo, de nuestros miembros deformes y rotos, quien observara en nuestras huellas la sangre aún fresca de los caídos, supondría ráfagas de locura en el estallido de aquella risa y en el florecer de las chanzas audaces.

Yo he amado siempre la valerosa jovialidad de nuestro pueblo. Recuerdo que un compañero universitario —Saldaña— atribuía la risa a cinismo, el chiste a impotencia servil, y ambas cosas a castrada indolencia. Pero no es cierto. Nuestro pueblo ríe frente al dolor, ríe en el sacrificio, ríe en la rebeldía, ríe en la victoria. He oído decir que Andalucía es un pueblo alegre. Tal vez de nuestros abuelos andaluces nos venga la herencia. Lo que ignoro es si Andalucía sabe, como estos hombres de mi pueblo, salpicar de gracia las horas más terribles.

A veces suena trágica la risa. Aquel muchacho lleva los pies tan hinchados que no comprendemos cómo puede caminar aún. Sinembargo, cuando el hambre nos acosa y hemos pasado largas horas sin probar bocado, el muchacho grita con voz de pregón, señalando sus extremidades deformes:

—Jamón barato para los hambrientos!

Y ríe con ganas, como ríe un hombre feliz y bien alimentado desde la butaca de un salón de cine mientras va y viene en la pantalla Charles Chaplin.

También se ríen de la muerte. Agapito canta:

Zamuro que vas volando,
no digas que eres mi amigo
porque sé que estás pensando
desayunarte conmigo.

Otro dice, palmoteando la nuca al viejo Wenceslao:

—Qué buen pescuezo tienes tú, viejo, para un machetazo!

Y Marín, el cumanés, refiere anécdotas pornográficas de clérigos panzudos y se deleita en describir el sabor del chocolate espeso y humeante que le sirve al cura la vieja criada, mientras el hambre clava sus garfios en nuestros sufridos estómagos.

El general Urrutia no ríe nunca y se enfada cuando alguien se chancea con él. Pero el pueblo venezolano sabe reír frente al peligro y frente a la muerte. Sabe reír incluso de su propio pánico. Tal vez ríe para espantarlo.

Y yo amo la risa de mi pueblo.

Acorralados por las tropas enemigas, no hemos tenido otro recurso sino hundirnos en la selva intrincada que defendía nuestras espaldas. Es un bosque de árboles gigantes, enlazados por lianas tenaces, a cuya sombra crecen salvajes malezas espinosas. No hay caminos, ni huellas de hombres.

Benito, un mulato que en su niñez trepaba a los cocales en busca de los frutos, otea desde el tope de los árboles las afueras de la selva y marca el rumbo hacia un cafetal lejano. Y está tan alto el tope que Benito es apenas una mancha parda para nuestros ojos.

Estamos, una vez más, sedientos. Agapito viene cojeando a mi lado con un pie cruzado por un rasguño largo y

profundo. Acampamos en los límites de la selva, por cuya entraña hemos andado un día y una noche. Benito ha divisado desde su atalaya la curva de una acequia.

El agua está un poco lejos y para llegar a ella es necesario salir del bosque y atravesar un valle que domina los cerros vecinos. No podemos aventurarnos todos por la hondonada sin correr el riesgo de ser vistos por alguna de las patrullas que merodean los cerros. Debe ir un hombre o dos, llevando los envases que Anselmo obtuvo en las últimas chozas.

—Mande un hombre a buscar agua, —dice Urrutia a Ceballos.

Y Ceballos, que cuando se trata de dar una orden no recuerda otro nombre sino el de Agapito, grita:

—Agapito! Vaya a buscar agua!

Pero Agapito está tendido en tierra con los brazos en cruz, molido por el cansancio y quejándose del pie roto.

—Estoy cansado y cojo. Manden a otro...

El general Urrutia está hoy malhumorado. Al oír la réplica de Agapito vuelve el rostro colérico y le grita autoritariamente:

—Es usted quien va a ir!

Agapito incorpórase calmosamente, toma el fusil que descansaba a su lado, y dice con voz ronca y con una resolución estampada en los ojos:

—Pues no iré!

En las manos del general Urrutia reluce el revólver que ha extraído de un manotón. Agapito ha levantado su fusil. Intervenimos nosotros, interponiéndonos de un salto entre ambos, y logramos evitar los balazos que ya pugnaban por escapar de las armas.

Pero en la noche, cuando ya habíamos bebido el agua —que trajo otro y no Agapito— Urrutia, Ceballos, Anselmo y otro oficial de Urrutia, lo que resta del estado mayor, conferencian apartados. Y resuelven nada menos que fusilar a Agapito "por insubordinación".

Caminan los cinco hasta donde Agapito duerme, lo despiertan encañonándole con los fusiles, y le gritan:

—Párese que lo vamos a fusilar!

Agapito se incorpora y vuelve el rostro hacia donde nosotros estamos. La luna le baña la cara pálida. Nos vamos levantando lentamente y rodeando el grupo que los cinco hombres forman. Finalmente hablo yo:

—Nosotros no permitiremos ese fusilamiento.

—No lo permitiremos —repite en voz más alta el viejo Wenceslao.

Urrutia nos mira con ojos de furia. Pero algo vislumbra en nuestras frentes al filo de la luna clara porque baja el arma y se marcha de nuevo a su sitio murmurando:

—Buena casta de soldados! Una pila de pendejos sin disciplina!

Desde entonces, sordas corrientes de aversión se sienten pesar sobre nuestras marchas. Hemos comenzado a vigilarnos mutuamente, como si temiésemos un balazo que partiera de muy cerca. Ceballos y yo no hemos vuelto a hablarnos.

Y caminamos, tropel cansado y sediento, por las mismas rutas áridas que no llevan a ninguna parte.

V

Venezuela es un hermoso país. Tierra fértil, tierra grávida de riquezas espléndidas. Anchuroso penacho de cafetales cruza el vientre de las montañas erguidas. El verde claro de los cañaverales se abre paso en las hondonadas, como río desbordado. Bosques insondables duermen al sur del mapa: bosques caucheros, largas manadas de árboles de sarrapia, gigantescos troncos de madera útil. El tabaco nace como planta silvestre. Los bananos se curvan bajo el peso del racimo. El cacao tiende los brazos anidados de rojos frutos almendrados.

A las márgenes de un lago fluye el petróleo fácil como el agua de los manantiales. Las vetas de oro responden en Guayana a la llamada del pico. De todos los horizontes llaneros surgen los mil sonidos dispersos del ganado en tropel. Por los cielos lluviosos cruzan vuelos pausados de garzas impolutas. En las aguas verdes hay millares de perlas dormidas. En las altas montañas espiga esbelto el trigo. Y en las tierras costeñas cuelgan de la parra las uvas redondas y dulces, y se visten de oro las piñas perfumadas y jugosas.

Venezuela es un hermoso y rico país. Pero un país no puede mirarse a través de la policromía estática de sus paisajes. Bajo la más ingenua de las lunas un grito de angustia es suficiente para tornar la noche diáfana y serena en escenario doloroso. El elemento humano, al incorporarse al paisaje, lleva consigo la razón de ser y el sentido de las cosas. Para sentir los paisajes venezolanos hay que asomarse a las

vidas de los hombres que se mueven frente a ellos. Y los hombres venezolanos hacen trágicas la belleza y la riqueza de la naturaleza nuestra.

Los hombres venezolanos son semejantes a los hombres de todas partes. Como ellos nacen, crecen, se reproducen, y mueren. Morir no. No mueren siempre como los otros hombres. Los venezolanos solemos morir de las maneras más diversas. Tumbados de bruces sobre los caminos soleados. O sepultados en calabozos siniestros, tras una agonía maniatada por las barras de hierro. O bajo el dolor, llevado al límite de la locura y del vértigo, extraído por el tormento, por la cuerda que rasga los tejidos, por el látigo que no cesa de caer sobre la espalda sino cuando ya la espalda es una úlcera muerta. O de un balazo en los pulmones, o de un machetazo en la nuca. Y el no morir, mientras se espera la muerte como una liberación, que es peor que el morir.

No podemos mirar los paisajes sin mirar a los hombres. Penachos de los cafetales! —tras de vosotros está la mano humilde que os sembró y que desgrana ahora los mil rubíes de la cosecha. Sal de las salinas! —por sobre tí pasa curvada la mujer guayquerí con la lata colmada magullándole los hombros. Oro de Guayana! —tras del pico está la mano dura del minero que se mueve incansable como un péndulo. Caucho de la selva! —la herida del árbol por donde te fugaste la hizo el peón purguero trepado a la rama más alta. Petróleo del lago! —tú viste al hombre sudoroso y tenaz curvarse sobre la entraña que te escondía, clavar las torres de acero, tensos los músculos en el esfuerzo que hace andar las máquinas. Perlas de Margarita! —hasta vosotros llegó el buzo de andar pausado y manos ávidas, esquivando el rastro de los tiburones. Carbón de Guanta! —en las manos de los hombres negros que cavaron la mina has venido hasta el sol.

Ganado del Llano! —al hato te trajeron el lazo, el ímpetu y el cantar del llanero.

Es a través de esos hombres que viven los paisajes de mi país. Quien al mirar el paisaje no los ve, como no los veía yo antes, está mirando apenas la corteza del mundo.

En las horas de charla del campamento, hombres humildes me han acercado a la tierra venezolana. Simplemente refiriendo retazos de sus vidas. Con los trazos humanos de esos relatos, se tiende ante mis ojos un mapa de mi patria que yo no conocía.

Cuando el sueño no acude a nuestras almohadas de piedra, charlamos. Y escucho la palabra de ellos, la palabra torpe de los hombres rudos, con la atención que se debe a la voz del maestro.

Tobías Useche, uno de nuestros soldados, era peón campesino en una hacienda del Táchira. Su figura no desmiente la pinta montañesa. Es un plano vertical la parte posterior de su cráneo, —"cabeza chata" que decimos nosotros. Las líneas de su rostro sugieren un híbrido extraño de indígena y árabe. Su hablar es típico y pausado con coletillas de "alas" y de "bustés". *Busté* es usted, y lo emplea con frecuencia porque no tutea a nadie, como no tuteaba ni a sus hermanos menores allá en el Táchira. Ancho de hombros y pesado de movimientos. Astuto y de escasas palabras. Es valeroso pero nunca se arriesga inútilmente; siempre procura escudarse en una trinchera de piedras para disparar desde allí su fusil. Resiste largas jornadas sin fatigarse, pero anda buscando los atajos para acortarlas. Es bondadoso, pero no es sentimental. Es casi analfabeto, pero es músico. Silba can-

ciones, bambucos colombianos, valses serranos, y pone tanta sensibilidad en su silbido que bajo su aspecto rudo se adivina un temperamento de artista.

Después de muchas noches de charlas, cuando casi todos los hombres de la guerrilla han referido y repetido relatos de sus vidas, Useche ha dicho una noche algunas palabras de sí mismo. Y es solamente mi terco interrogarle y mi evidente interés por las cosas que cuenta, lo que lo ha obligado a ser un poco más explícito. Objeta él que no debe interesarme su vida de peón campesino, la misma vida oscura de cientos de miles de venezolanos, múltiples existencias misérrimas y sin relieve. Yo le replico que el sentido multitudinario de su vida es lo que hace, precisamente, más hondo mi interés. La inmensa mayoría de nuestra población vive de la tierra y para la tierra. Hasta hoy, yo me había mantenido lejos de los hombres del campo, lo que equivale a decir lejos del corazón de mi patria.

Los relatos de Useche ponen ante mis ojos la vida del campesino venezolano.

Peón campesino! —alma de las casitas sórdidas que atisban en los recodos de las montañas. Chozas de paredes de barro, piso de tierra y techo de paja. Dos habitaciones estrechas: dormitorio y cocina. Dormitorio cuyo mobiliario es un viejo catre y pieles de cabra para dormir sobre ellas. Donde se hacinan hermanos y hermanas, padres e hijas, madres e hijos.

—Esos peones son unos salvajes —comenta el amo cuando dialoga con el jefe civil deteniendo el caballo a la puerta de la Jefatura. —Hay unos que se acuestan con sus hermanas o con sus hijas.

Rancho miserable. Dormitorio y cocina. Cocina con fogón de piedras tiradas en el suelo. Fogón que no conoce

la carne. Allí se cuecen los frijoles negros y el pan de maíz, y hierve el café. Frijoles, maíz y café los produce la hacienda.

Y del periódico clavado con tachuelas en la pared interior de la choza, solamente los grabados dicen algo. Las letras no existen para los ojos analfabetos. Nadie les ha enseñado a leer. Tras mucho caminar por la montaña no hallaréis una escuela.

Ni un hospital, ni un médico. El curioso sabe de daños y brujerías y "tiene la contra para los espíritus malignos". Medicina de hierbas porque las hierbas también las da la tierra. Y de oraciones que curan a los hombres y espantan los gusanos de las bestias. Y bosta de vaca para las heridas.

—Son unos brutos —dice el amo al jefe civil. —Creen que el paludismo se cura con aguardiente.

Y, a veces, les envía quinina a las chozas para mitigarles la fiebre. Entonces lo comenta con su señora en torno a la mesa de la casa de la hacienda y ambos se sienten buenos, caritativos, con la conciencia limpia. Pero en realidad lo hace como le practica una cura a la mula que carga el carro. Para que le devuelvan la quinina en el cultivo de la tierra.

Cultivo de la tierra. Largas jornadas del peón. Trabajo recio desde el cantar madrugador del gallo. Cuando el sol asoma ya está el hombre curvado sobre el surco. Y cuando el sol se fuga por el lado opuesto, aún suda la labor. Jornada de doce horas, como la de la mula que carga el carro.

Los escasos centavos no permiten sino la vida en el cubil de barro y paja, los frijoles, el pan de maíz, la tela burda para cubrirse. Y aún menos, porque ni para eso alcanzan. Entonces hay que recurrir al fiado en la pulpería de la hacienda. Y nace una deuda que va creciendo y soldando al feudo la vida del peón.

Peón campesino, esclavo! ¿Cómo te marchas si debes dinero al amo? Aguanta que no has pagado! Aguanta toda la vida porque no lograrás pagar aunque te curves sobre la tierra de sol a sol. Aguanta que te arranquen la hija y te la abandonen preñada y llorosa. No protestes que el jefe civil es compadre del amo. No intentes fugarte que el jefe civil te traerá amarrado codo con codo para que pagues lo que debes. Para que lo pagues con trabajo de sol a sol.

Y cuando los cuarteles necesitan hombres, van a reclutarlos a las chozas campesinas. Los cuarteles de Gómez son hervideros de sífilis, disciplina del vergazo, principio de autoridad forjado en la tortura del cepo. Y allí vas a parar. O te llevan a cultivar, sin salario y trajeado de soldado, las haciendas de los generales. O a custodiar los forzados de las carreteras y a morirte de paludismo junto con ellos. O a caerte a tiros con una revuelta que, las más de las veces, trae la intención de mejorar tu vida.

Campesino venezolano! Trabajador infatigable que haces mil veces madre la tierra! Hombre analfabeto, enfermo y esclavo! Las deudas, la recluta, la fiebre y el hambre son las cuatro estaciones de tu miseria.

Y mientras tú las vives, la brisa juguetea con las flores de los cafetales en promesa. Hay una algarabía de espigas henchidas en el tope de los maizales. Huele a miel en los recodos de los cañaverales. Se embanderan de frutos los árboles del cacao. El banano se doblega bajo el peso del racimo. Florecen su blancura los algodonales. Y tus manos que ayer sembraron, toman hoy la cosecha que la tierra brinda.

La cosecha ajena. Tú sigues curvado bajo el mismo sol, mientras se enriquecen los grandes hacendados. En las

regiones más remotas del mundo —para tí los nombres de esos países son extrañas palabras sin sentido— se consume café venezolano, cacao venezolano. Los frutos que tus manos producen engendran largas hileras de cifras en las columnas de exportaciones. Son cifras de millones que nacen al conjuro del café, del cacao, de la caña que tus manos cultivan. "Venezuela es un país esencialmente agrario", dice en un sesudo discurso un miembro de la Cámara de Comercio en Caracas. "La labor constructiva y patriótica de nuestros hacendados", pregonan los titulares de los periódicos que tú no sabes leer. "Café Venezuela", relampaguea en letras luminosas en un boulevard de París.

Peón venezolano que te mueres de hambre!

A Tobías Useche fueron a reclutarlo un día. Fueron a reclutarlo cinco hombres armados. Traían la soga para anudarle los puños y llevarle amarrado hasta el cuartel. El salió lentamente de su choza con el machete afilado en la diestra. Y les dijo:

—¿Bustedes no saben que al que me ponga la mano encima le tumbo la cabeza de un machetazo?

Los hombres permanecieron inmóviles ante el machete que brillaba como un espejo bajo el sol. Useche se internó en el monte, volviendo de trecho en trecho la mirada hacia la choza que nació de sus manos. Fué largo el camino que recorrió antes de llegar a ser lo que es hoy: guerrillero revolucionario.

—Se empeñaron en que juera soldado, alas! Pero lo soy contra ellos...

VI

Muy poco nos queda de guerreros. Ofrecemos un desolado aspecto de hombres perdidos en la montaña.

Y es hoy que hemos oído hablar al general Urrutia. Por vez primera ha abandonado su mutismo monosilábico, su limitadísimo vocabulario de gruñidos y maldiciones, y ha charlado como charlan los demás hombres.

Al amanecer llegamos a una choza escondida en la entraña de la montaña. Veníamos hambrientos y le pedimos de comer al viejo campesino que habitaba el rancho. Este se lamentó de la sequía y nos dijo que nada tenía que ofrecernos. Mas Anselmo se había colado de rondón en la choza y halló un cesto lleno de legumbres. Urrutia se indignó y le gritó al viejo:

—Prepárese que lo vamos a fusilar por embustero!

El hombre temblaba de pavor y decía:

—Yo no lo hice por malo, general! Es que si saben que les doy comida a ustedes, me asesinan los otros.

Y sollozaba el anciano como una mujer. Nosotros nos movíamos inquietos junto a la puerta. Urrutia gritaba nuevamente:

—Lo vamos a fusilar, carajo!

Pero, súbitamente, cambió de tono, esbozó una sonrisa burlona y le dijo al viejo lloroso:

—No te vamos a fusilar, piazo e pendejo! Era para asustarte un poquito.

El viejo quedó junto a la puerta, todavía tembloroso. Urrutia murmuró junto a Anselmo:

—Ya iban a protestar los maricos esos!

Y un trecho más allá, bajo el sol del mediodía, Urrutia ha hablado por primera vez. Aparentemente se dirigía a Ceballos pero su voz adquiría tonalidades de arenga y sus miradas expresaban que el relato iba dirigido a todos.

Entre dos altas peñas reposamos los 14 fugitivos. Es todo cuanto resta de nuestro ejército. Esquivamos el sol refugiándonos en la garganta de sombra que dejan entre sí los dos peñascos.

En mitad del silencio, del sopor colectivo que el mediodía hace pesar sobre nosotros, Urrutia habla. Ceballos, sentado frente a él, le ha formulado una pregunta sobre un hecho cualquiera de su vida pasada. Y él ha comenzado a decir palabras que tal vez deseaba decir desde hace tiempo. Todos fijamos la atención en el relato. Y Anselmo, que también lo ha vivido, respalda la voz de su jefe con un cabeceo aprobatorio.

Las primeras frases de Urrutia son para zaherir a los que se asustan de fusilar a un hombre. Opina que esos no son sino infelices que también merecen cuatro tiros. Y, en apoyo de su tesis, refiere hechos de su vida, páginas que han sido escritas con sangre ajena.

Mientras habla, relampaguean en sus ojos extrañas luces opacas. Y al calor de sus recuerdos adquiere una facilidad de expresión que nadie hubiera sospechado en él.

Refiere lo que le aconteció a un campesino que se negó a ocultarlo en cierta ocasión y que luego indicó a sus perseguidores la ruta que había seguido Urrutia fugitivo.

—Dí muchas vueltas por aquellos campos y a los seis meses volví a cobrársela a mi hombre. Y lo menos que esperaba mi hombre era que yo volviera por aquellos lados. Y en cuanto me vió aparecer en la puerta del rancho se le pusieron los ojos como dos cebollas. Yo traía un machete amoladito, cola de gallo. El hombre reculó primero contra la pared de la choza, pero cuando vió que por ahí no había salida se me vino encima buscando la puerta. Yo le saqué el cuerpo y lo dejé pasar. Y cuando llegaba a la puerta, el machete le cayó de filo en toda la nuca. Ah machetazo más limpio! Entró suavecito entre huesito y huesito del pescuezo. La cabeza le quedó colgando hacia adelante, sostenida por el pellejo. Y el condenado no se caía al suelo! Tuve que darle otro machetazo de frente, de abajo para arriba, para que saltara la cabeza y el hombre se resolviera a morirse. Echaba sangre por ese pescuezo como si fuera una manguera...

Urrutia se ha entusiasmado reviviendo su hazaña. Sus ojos saltones bailan al son de las palabras. Acciona con la mano derecha, trazando ágilmente la trayectoria del machete. Los 13 hombres lo escuchábamos en silencio.

Ya en calor, ha comenzado a relatar otro caso donde intervino Anselmo. Ambos eran perseguidos por una patrulla que mandaba un sargento. Urrutia, con Anselmo y cuatro hombres más, huía cerro arriba, escalando peñascos. Y desde el tope de una loma divisaron cómo sus perseguidores acampaban bajo un árbol. El sargento y uno de los soldados quedaron a la sombra del árbol mientras los otros tomaban un camino que orillaba la montaña, seguramente en busca de agua. Urrutia esperó que éstos se perdieran en la lejanía. Y entonces bajaron, él y sus cinco hombres, reptando por la

ladera y cayeron los seis sobre el sargento y su acompañante que descansaban desprevenidos.

—Qué caras pusieron cuando se sintieron cogidos! —exclama Urrutia, acompañando sus palabras con una risa torcida. —Les quitamos las armas, les amarramos las manos a la espalda y los llevamos con nosotros arrebiatados. Fué mucho el cerro que tuvo que subir el sargentico, amarrado y con la lengua afuera. ¿Te acuerdas, Anselmo? Hasta que nos cansamos de llevar esa carga y de ver las caras sudadas y flacas al par de muérganos. Entonces nos fuimos Anselmo y yo, con el sargentico amarrado en la punta de un mecate, para un matorral. Era de madrugada y no se veía bien. Sinembargo, un solo machetazo y...zás!, la cabeza se le vino abajo como los cocos cuando se caen de la mata.

Urrutia ríe nuevamente, observa complacido las cabezadas de asentimiento de Anselmo, pasa revista con la mirada a nuestros rostros atentos, y continúa:

—El soldado, cuando nos vió regresar con el machete colorado, nos preguntó jipeando si lo íbamos a matar a él también. Yo le dije que no, que lo íbamos a guardar para semilla. Y al día siguiente por la madrugada lo llevamos para otro matorral. Se nos orinó en el camino y nos dijo que él tenía cuatro muchachitos en un rancho por los lados de Carora. "Pobres huerfanitos!", le contesté yo. Y, por consideración a los huerfanitos, gastamos dos cápsulas en él en vez de despacharlo por la vía del machete.

Urrutia se deleita refiriendo aquello. Y nos mira nuevamente a los ojos para captar la impresión que producen sus palabras. Ceballos ensaya una risa que le suena insincera. Urrutia no debe haber observado aprobación en las miradas de los demás porque dice a guisa de comentario:

—Por supuesto que estos asuntos son para los machos!

Y comienza a referir ahora el suceso de una puñalada propinada a media noche a un compadre suyo que dormía en una hamaca.

—Era un compadre que no respetó el sacramento para echarme una vaina...

Yo no presto atención a los detalles del relato para examinar con atenta curiosidad las expresiones del rostro y los gestos de Urrutia. Lo más interesante son los ojos lombrosianos, perennemente inquietos, a veces casi estrábicos, saltando entre las órbitas con la desesperada agilidad de las fieras enjauladas, brillando extrañamente al recuerdo del correr de la sangre. Los ojos que inesperadamente se detienen y se mantienen fijos como los ojos de las imágenes, tratando de apresar un detalle olvidado.

Las manos se mueven expresivas, modulando los gestos de muerte. Urrutia se ha puesto de pie, excitado por sus propias palabras, y pasa y repasa por frente a nosotros como el maestro por frente a los bancos de los escolares. Su voz es vibrante a ratos. Y luego se torna ronca y desagradable.

—Mi compadre gritó "ay mi madre" con un grito que parecía un gruñido de animal. Y se torció dentro de la hamaca como una culebra mientras por el boquete que dejó el puñal empezaba a salir sangre negra de pulmón.

Sonríe y calla. Los reflejos extraños perduran en sus ojos. Ceballos no le hace más preguntas.

Es ése el "general" Urrutia. Jamás ha pasado por una Academia Militar ni por un cuartel. Pero en los hechos de sangre que nos refiere con los ojos estrábicos finca su gene-

ralato. También sabemos que escribe proclamas con muchas mayúsculas y que es un gamo escalando serranías.

Agapito me dice con sorna, en voz baja:

—Dígame, bachiller Rojas! Usté que es ilustrao, ¿por qué pelea Urrutia contra el general Gómez?

La pregunta de Agapito es tan escabrosa como la de Pilatos.

VII

Anselmo es un baqueano que conoce todos los caminos. Y cuando no existen, los crea. Gracias a él, las tropas del gobierno han perdido definitivamente nuestra pista. No dejamos huellas en las malezas intrincadas ni en los barrancos pedregosos. Hace ya varios días que no tropezamos chozas campesinas. Apenas a lo lejos, cuando echamos a rodar la mirada por las faldas de las montañas, vemos elevarse la pluma de humo de un fogón.

Hoy hemos acampado en una llanura plácida. Cerca corre un riachuelo. Por allí pasaron dos cabras ingenuas que ahora yacen con hondas heridas en el cuello. A no ser por nuestra facha de presidiarios en fuga podría tomársenos por un puñado de excursionistas.

Encendemos un fogón en la noche para asar las cabras y guardamos viva la lumbre para esquivar el frío que baja de la cúspide de la montaña. Estamos casi alegres. Marín, el cumanés, se trajo un *cuatro* del último rancho. Marín va a tocar y a cantar junto al calor de las brasas. Y nos arremolinamos los otros hombres, haciendo rueda al cantor, como en los velorios de cruz.

Canta galerones. Es una música donde cabe justa la décima. La décima y el ritmo del canto dicen su origen español. Como nuestro otro cantar popular, el corrido, que es nieto del romance.

Me sorprenden las décimas que Marín canta. En algunas se versifican trozos de la historia griega o romana. Otras refieren retazos de la Ilíada o escenas de la Divina

Comedia. Algunas constituyen lecciones de Geografía Universal. Las más popularizan las gestas de nuestra Independencia y por ella desfila, iluminada por el fervor del pueblo, la sombra del Libertador. En esa forma, el galerón viene a ser el más pintoresco y jubiloso de los maestros de escuela. Pero yo no acierto a explicarme tales alardes de erudición en un cantor venezolano, analfabeto por añadidura. ¿Quién compuso esas décimas y las sembró en la mente de nuestros cantadores populares? Marín pronuncia Grolandia por Groenlandia, Caligula por Calígula y Agamelón por Agamenón.

Le pregunto intrigado:

—¿Dónde aprendiste ese galerón?

—Me lo enseñó Pablo, un barbero de mi pueblo. Pero mucha gente los canta en los velorios e cruz.

Y vuelve a rasguear el cuatro y a cantar con su voz llana y clara:

Pericle jué rey de Atena,
célebre hombre de estado,
como elocuente ilustrado
en la historia antigua suena.
Jué la época más güena
que la Grecia conoció;
su ciudá embelleció
con sustuosos monumentos;
antes de Cristo quinientos
años Pericle nació.

Le pedimos a Useche, el campesino andino, que cante. Yo he observado antes que es un músico nato. Tiene voz timbrada y oído fino. Pero sus canciones no expresan el empuje multiforme del galerón ni el brío festivo del corrido. Son canciones tristes. Bambucos donde se muere la novia,

ritmos sentimentales de la montaña. De una de sus canciones surgen cuatro versos hermosos:

Hasta sembrando mis flores
voy sembrando mi amargura
porque las flores las quiero
para la cruz de una tumba.

Agapito pide cancha junto al cuatro para que Marín le acompañe unas coplas llaneras. Coplas joviales y fanfarronas que Agapito canta, sin voz y sin armonía, pero con gracia. Una de ellas, hoja de nuestro folklore, me hace reír de buena gana:

La iguana y er mato de agua
se jueron al Orinoco.
La iguana nunca gorvió...

Se detiene el cantor, deja correr sola la música del acompañamiento como para darnos tiempo de pensar en el triste regreso del mato de agua sin su compañera de viaje, y continúa luego:

La iguana nunca gorvió,
la iguana nunca gorvió, ay mi zamba!,
ni er mato de agua tampoco.

Y esta otra:

A la vaca y la mujer
lo güeno se les descubre
no mirándole los ojos
sino tanteando la ubre.

Después Agapito comienza a improvisar con inteligente facilidad. A improvisar a costa de nuestras penalidades, de nuestra sed, de los pies hinchados, de los fusiles y de la crueldad de nuestros perseguidores. Nos va punzando, uno a uno, con el aguijón de una copla intencionada:

Zamuro come bailando
y mono come sentao
mientras pasa el hambre hereje
el viejito Wenceslao.

Y luego conmigo:

El teniente Vidal Rojas
fué bachiller estudioso
y ahora tiene cuatro meses
sin bañarse y lagañoso.

Y con Useche:

A Useche como es andino,
paisano del General,
el gobierno si lo agarra
lo va a fusilar igual.

Estoy temiendo que Agapito le propine su copla a Urrutia y que éste reaccione con una salvajada. El propio Urrutia, que al comienzo no prestaba atención a la voz de los cantores, mira ahora a Agapito con ojos penetrantes. Y en efecto:

Mi agüelo desde muchacho
jué liberal amarillo
y las becerras que tuvo
se las almorzó un caudillo.

Agapito no ha nombrado a Urrutia pero lo ha mirado sin parpadear al correr de la copla. Urrutia no sabe de bromas y refunfuña una maldición. Intervengo yo, utilizando el acompañamiento de Marín que no ha cesado de tocar el cuatro, y soltando mi copla en la noche:

Ahora te voy a explicar
Agapito del infierno
cómo es que vas a *cantar*
cuando te agarre el gobierno.

Y tras de mi copla llega el centinela a informar que escuchó un rumor en la hondonada. Eso hace olvidar la impertinencia de Agapito. Matamos el fuego mientras Urrutia y Ceballos van hasta donde el centinela estaba apostado. No hay un alma en toda la montaña, salvo las nuestras. Era el rumor del riachuelo acentuado por una ráfaga de brisa. Urrutia regresa colérico:

—A quién se le ocurre cantar para avisarle al gobierno donde estamos! Paren esa música y no sean pendejos!

Somos apenas catorce hombres. Diez fusiles y cuatro revólveres. Casi sin cartuchos. Tengo aún ocho balas para mi fusil y las conservo cuidadosamente en mis bolsillos. Pero, al mismo tiempo, estoy ansioso de dispararlas para librarme definitivamente del peso del arma. La arrojaré barranco abajo cuando ya no me reste un cartucho más.

No hay nadie en la montaña, salvo nosotros. Nuestros perseguidores han perdido la pista y nos buscan muchas leguas más allá. Bajo la brisa fría, al amparo de un bejucal enmarañado, nos vamos quedando dormidos.

A la madrugada nos despierta un grito de Useche:

—Se jueron los muérganos esos!

Agapito salta de su lecho de raíces. Los restantes nos hemos ido incorporando lentamente.

Urrutia, Ceballos, Anselmo, otro oficial de Urrutia y el centinela de esa noche, se han marchado. Anoche se tendieron a dormir lejos de nosotros, separados por la cortina de bejucos. Urrutia había colocado de centinela al único baqueano de la región de que disponíamos, a más de Anselmo, y el cual es también hombre de su confianza.

Estamos abandonados en mitad de la montaña desconocida. Sin Anselmo, el hombre que conoce todos los caminos y que, cuando no existen, los crea. Sin el otro baqueano que sabía andar por la montaña. Wenceslao grita, poseído de vociferante indignación:

—Tenía que pasar esto! Todos estos generales son unos carajos! Maldita la hora en que no le metí al vagabundo de Urrutia el tiro que tenía ganas de meterle desde hace tiempo!

Somos nueve. Uno de los nueve ya no puede andar, llenos los pies de úlceras y las venas de fiebre.

Ante nuestros pasos cansados se abren dos rutas terribles. O morir de hambre, perdidos entre los chaparrales; o caer en manos de los verdugos que nos persiguen.

La mente se debate buscando un asidero. Tal vez un campesino nos dé abrigo por un tiempo. Tal vez andando lleguemos a un camino y el camino nos lleve a un pueblo y en el pueblo logremos hacernos pasar por campesinos a quienes se les secó el conuco.

Pero por sobre las ingenuas esperanzas se alza el dilema trágico. O morir de hambre y sed, perdidos en las montañas; o caer en manos de los facinerosos que nos persiguen

Wenceslao opina que debemos separarnos. Quizás alguno de los mil rumbos que se abren ante nuestros ojos sea una brecha para escapar del dilema que es muerte o muerte.

Nos separaremos. Nueve hombres harapientos vagando juntos por los caminos desconocidos no lograrán nunca encontrar refugio en ningún rancho, ni podrán hacer creer a nadie que son lo que no son.

Permanecemos al amparo del bejucal hasta el atardecer. Cuando comienza a sembrarse de sombras la cuenca de la montaña, iniciamos la marcha. De dos en dos se van alejando los hombres por las rutas inexistentes. Están emocionados los pechos rudos. El sufrimiento, el silbido de las balas, la sangre de los compañeros caídos, han tejido un lazo entre nosotros.

En la despedida, solamente Agapito sonríe. Pero su sonrisa tiene perfil de mueca.

No volveremos a vernos jamás. ¿Quiénes ya no vivirán mañana? ¿Logrará alguno escapar del dilema —muerte o muerte— que se levanta ante nuestros pasos?

Quedamos los tres últimos entre los chaparrales. Wenceslao, el enfermo y yo. Cargaremos el enfermo hasta la lucecita que palpita en la hondonada y que debe ser una choza campesina. Después seguiremos, Wenceslao y yo, a la deriva por las rutas desconocidas. Hasta que...

Tangente al vientre oscuro de la montaña, rosa de luz en el jardín de sombras, brilla una espléndida luna clara.

—Hermosa luna! —digo.

Wenceslao no me responde.



3
PALENQUE

I

Ignoro por cuáles caminos me trajeron. Recuerdo apenas, entre brumas y sombras, que caí una tarde en manos de nuestros perseguidores. Arrastrando los pies hinchados íbamos, el viejo Wenceslao y yo, por las laderas. Súbitamente saltaron de no sé dónde los soldados armados. Ví brillar como un pez la hoja de una bayoneta. Vislumbré un rostro mulato cruzado por una cicatriz. Después sentí el golpe tremendo de un culatazo en la base del cráneo. Y un sabor de sangre, de mi propia sangre, entre la boca. Y no recuerdo más.

Imprecisas visiones del pasado son para mí como esos sueños que sólo logramos recordar a medias. Un castañetear de mis dientes y un hervir de mi sangre. Una mano ruda que volcó en mis labios calenturientos un trago de café. Un rezongar de canciones a mi lado, canciones cuartelarias y obscenas. Bamboleando en algo que se movía pesadamente, haber atravesado largas rutas quebradas.

Amanecí un día, semiconsciente, tendido en mitad de un cuartucho enladrillado. Era la jefatura civil de un pueblo cuyo nombre nunca pregunté. Me dolía la cabeza golpeada. Allí ví pasar los días, bien abiertos los ojos, sin pronunciar palabra. Tomaba el pan y el agua que me traía un pobre diablo palúdico que hacía de carcelero. A veces entraban otros hombres pero yo nunca respondí a las

preguntas ni a los empellones. Al fin hablé una vez para decir al carcelero:

—¿Qué hicieron con mi compañero?

Era en ese momento que percataba la ausencia del viejo Wenceslao. Pero el carcelero se encogió de hombros. Tal vez nada sabía, tal vez no quiso decirme lo que sabía. Y esa misma noche entró al cuartucho un desalmado con traje de sargento. Me cubrió de insultos y me amarró las manos a la espalda como a un bandido.

—Salga pa juera, patiquín!

Me imaginé que iban a fusilarme en un descampado. Apenas podía tenerme en pie. Pero salí, caminando tembloroso y apoyándome en las paredes. A la puerta estaba estacionado un camión enfangado y en su plataforma yacían tendidos cuatro hombres, amarrados como yo. La linterna de uno de los soldados me mostró a retazos los compañeros de viaje. Uno tenía una herida en un tobillo, herida vendada con un trapo mugriento, y se quejaba como un perro golpeado. Me tumbé de espaldas en el piso del vehículo de carga y volví a dormir, a mascullar palabras febriles, a ignorar el correr de las horas. Del mundo exterior no me llegaba sino, de vez en cuando, el quejido del herido, el ronquido afanoso del motor en las cuestas y el saltar del camión sobre una grieta honda.

Son recuerdos difusos que vienen a mi mente ahora cuando, en este rancho del llano, me incorporo lentamente a la razón. A mi lado una sombra ganchuda y doliente, un hombre esquelético de cuyos tobillos pende una pesada cadena, gruñe. Le he preguntado dónde estoy.

—Estamos en Palenque —dice—. Esta es la "enfermería" del campamento de "El Coco".

Sus palabras significan que estoy condenado a trabajos forzados bajo el sol de los llanos. Condenado a una muerte lenta por el látigo, por el hambre, por las fiebres que germinan en la linfa verdosa de los pantanos.

—Palenque...! —repito.

—Sí, Palenque! —musita la sombra ganchuda a mi lado, y al hablar percibo su acento colombiano. —De donde no se regresa...

Entra un hombre y el colombiano le dice:

—No se ha muerto el caraqueñito. Ya habla.

Y el otro responde desde la puerta con voz agria:

—Qué va a morirse! Esos tienen el pellejo duro.

Al abrir los ojos en Palenque, de la muerte habla la primera voz que oigo. Y eso es Palenque: la muerte. Hombres exhaustos que se arrastran por el pantano o por la tierra reseca esquivando la llamada de la muerte o muriendo.

Dos días después me han conducido más allá y me han remachado al tobillo una larga cadena, un grillete igual al que atenazaba a la sombra ganchuda. Y me han trasladado a un cobertizo de zinc, bajo el cual se revuelcan en la tierra muchos cuerpos encadenados como el mío. Es media noche y duermen. En lo alto se cruzan tres hamacas. Todos los demás duermen sobre la tierra. Sobre la tierra me tiendo yo también. El que me trajo gruñe:

—En la madrugada se pega del corte!

Ya lo sabía. A trabajar en los caminos con pala y pico. A absorber las miasmas de los pantanos verdosos. A cargar sobre los hombros el sol inexorable del llano. Y a mirar cómo, frente a mis ojos impotentes, se asesina un pueblo.

Desde mi sitio se vislumbra un claro del horizonte sembrado de estrellas. En el trapecio de la fiebre mi pensamiento se pone a hacer cabriolas con las luces del cielo.

—Si yo fuera estrella me negaría a iluminar presidios —digo a media voz.

Y me aferro a la absurda suposición con la terquedad lírica y delirante que la fiebre me inyecta:

—Si yo fuera estrella...

—Si yo fuera estrella...

—Estrella de media noche con un cañón en la luz.

—Para andar sembrando muerte como quien siembra semillas.

Me voy refugiando en el sueño mientras me hace sudar la brisa caliente y densa.

Semidormido escucho una corneta y un tambor. Luego me despierta totalmente música de rumba tocada por tambor y pito. Música de rumba me hace pensar que sueño y pretendo seguir durmiendo arrullado por un vaivén de caderas mulatas:

Ay, Mamá Inés!
Ay, Mamá Inés!
Todos los negros tomamos café...

Pero tras de la música se despliega un ruido infernal de arrastrar de cadenas, de imprecaciones, de palabras soeces. Distiéndese un hedor agrio de rebaño sucio. Una voz despótica se eleva por encima de los murmullos. Es de madrugada.

Algunos forzados, cerca de los cuales he dormido, es ahora que advierten mi presencia. Hacen correr la nueva por el cobertizo:

—Una papa más!

Otros rezongan. Parece que no les hace gracia mi llegada. Tal vez los frijoles de la ración disminuirán en algunos granos para alimentar al preso nuevo.

Estamos de pie y un sargento nos grita:

—A numerarse!

Suenan voces diversas. Profunda la una, extenuada la otra, agresiva la de más allá:

—Uno!

—Dos!

—Tres!

Mientras tanto, el cabo de presos va revisando los griletes, uno a uno, para cerciorarse de que no han sido "trabaados" por los presidiarios y de que aprietan con fuerza el obillo.

A la luz oblicua de la lámpara voy descubriendo rostros le forzados. Los ojos son lagunas donde se estancan el páico y el sufrimiento. Miradas de hombres acorralados, a eces de fieras acorraladas, se encienden a la luz de la lámara. Rostros terrosos, quijadas afiladas de hambre, barbas ılas, frentes surcadas de padecimientos.

Entra al cobertizo un hombre, portando un caldero de gua babosa y espesa. Es el *rancho*. Los forzados hamrientos van saliendo de la penumbra y esgrimen un envase ıcío. Alguien pone en mis manos un tarro de peltre y avan- ɔ yo también hacia el caldero a pedir mi ración.

—No se apeloten, carajos. Que hay pa todos.

Es agua salobre donde nadan trozos de *ñame* mal coci- ɔ y frijoles dañados. Esta primera vez me es imposible gerir aquello. Bebo un trago de agua negra que me dan ır café.

Y unos momenos después se inicia la salida del cober- :o. Automáticamente repito los movimientos de los otros.

Vamos en dos largas filas y a nuestro lado marchan soldados con el máuser cargado en la diestra.

Nos detenemos no muy lejos. Hemos llegado a un rancho, a cuya puerta espera un oficial. Pregunta:

—¿Quién es el preso nuevo?

He quedado frente a él al detenerse nuestra marcha. Le respondo:

—Soy yo.

No me mira y murmura:

—¿Ya se mejoró?

—No.

—Trabajando se cura o se muere.

Seguimos. Un trecho más allá volvemos a detenernos. Frente a una choza grande, de la cual vamos sacando las herramientas de trabajo. Me adjudican un pico y una pala. El soldado que me los ofrece comenta:

—Los hierros que dejó El Zamuro...

—¿Soltaron al Zamuro? —pregunto al preso vecino.

—No. Lo enterramos ayer.

Continuamos la marcha. Ahora viene con nosotros un hombre de bigotes poblados, anchas espaldas y baja estatura. Su nombre es Maldonado. Trae en las manos un látigo hecho de un viril de toro. El odio de los forzados hacia Maldonado se siente gravitar al nivel de los rostros mudos. Más adelante uno de los presos murmura por lo bajo no sé cuál queja y Maldonado lo golpea con la verga.

—Cállese, carajo!

Y la verga silba antes de llegar a las espaldas huesudas del hombre.

Amanece sobre la llanura estéril. Un amanecer borroso de nubes pardas e inmóviles. Pasamos junto a un árbol miserable como la tierra, como los hombres, como todo. En

el ramaje, más poblado de espinas que de hojas, un pájaro grisaceo modula una nota monocorde e inexpresiva. A nuestros pies la paja está viva y sinembargo seca por el sol del llano. Está viva la raíz pero el sol hace amarillear el tallo apenas el tallo despunta.

Llegamos al lugar de trabajo. Hasta aquí alcanzó la jornada de ayer. Maldonado, entre gritos y ternos, me muestra el sitio que me corresponde y me señala la tarea que debo cumplir en el día. A golpes de pico remover la tierra. Y arrojarla luego a paletadas hacia este otro lado.

Al descargar sobre la tierra seca el pico por primera vez, sube hasta mi garganta una dolorosa desolación. El pico ha rebotado como sobre piedra, sin penetrar en la tierra dura y rojiza. Es tan dura la tierra que del pico de otro forzado veo saltar chispas. ¿Cómo podré yo, hombre en escombros, enfermo y débil, remover este suelo maldito?

Lentamente los hombres se van poniendo en acción. Somos cerca de un centenar. Van y vienen los picos. Oscilan los brazos descarnados. Fluyen de las frentes terrosas las primeras gotas de sudor. Pasa Maldonado, látigo en mano, gritando insultos.

La mañana recién nacida se va poblando de ruidos: el golpe del pico sobre la dura tierra; la pala al cargar y al arrojar la carga más allá; las maldiciones de los hombres; el chasquido del látigo; el arrastrar de las cadenas.

El sol comienza a azotar las espaldas curvadas de un centenar de forzados.

II

Después de un día de trabajo regresamos al campamento. A mediodía hemos tomado una taza de caldo y un pedazo de carne mal cocida y sin pan. Y hemos continuado trabajando rudamente bajo el sol salvaje. Sol del mediodía en el Llano! Quien no lo haya sentido nunca sobre su cabeza no puede siquiera imaginarse cómo quema, cómo pesa. Pesa como algo sólido, como una carga de esas que doblegan los hombros.

Las siluetas de este puñado de forzados que regresa al campamento dibujan una estampa macabra sobre el lienzo turbio del atardecer llanero.

Vamos andando lentamente, en dos largas filas custodiadas por soldados. Vamos arrastrando un cansancio tan pesado como el sol del llano. Al hombro el pico, la pala y la cadena del grillete. Desencajados los rostros barbudos y surcados de líneas terrosas. Agazapados los ojos temerosos, dolorosa la mirada febril. Son terribles las miradas náufragas de estos hombres!

Vamos andando lentamente. Maldonado cruza de un latigazo las espaldas del que se fué de bruces tronchado por el cansancio. De la tierra surge un árbol espinoso —dedos torcidos las ramas— imprecando al cielo. Arboles espinosos de un olor acre como el sudor de los negros.

—Ah malhaya! Quién pudiera morirse! —dice uno sacudiendo los huesos mal cubiertos.

—Tan fácil!—le responde el más próximo.— Echas a correr por la sabana y te tumban de un tiro.

El hombre mira hacia la sabana y sigue marchando. Tal vez no le restan fuerzas para correr.

Son tremendos los rostros de estos hombres que regresan de la carretera. Reflejan centenares de maldiciones contenidas tras de cada latigazo. Reflejan años de hambre, de miseria y de fiebre. Todo agazapado en la mirada alucinada y sin esperanzas.

Lentamente nos vamos acercando al campamento. Desde la primera choza nos ladra un perro flaco y desvencijado como nosotros.

Yo me siento impotente para expresar en palabras la impresión que produce la trágica caravana de estos hombres, de estas ruinas humanas en cuyas filas voy. Somos una ronda de fantasmas torturados marchando sobre el lienzo turbio del atardecer.

Bajo el cobertizo vamos cayendo derrengados. Sobre la tierra se reclinan las frentes marchitas. Un forzado adolescente llora de fatiga. El mismo de antes repite sin pensar lo que dice:

—Ah malhaya! Quién pudiera morirse!

Y el otro le responde nuevamente:

—Echa a correr por la sabana y verás...

Estoy en un campamento de delincuentes comunes. El único preso político soy yo. Me han preguntado:

—¿Y a tí por qué te trajeron?

Y ante mi respuesta han sonreído socarronamente. Sospechan que trato de ocultar un robo o un asesinato.

Algunos son realmente delincuentes. Aquel mató a un hombre para robarlo. Este robó sin matar. Uno de más allá violó a una muchacha de trece años. A ese otro "se le murió" la mujer de una paliza.

Pero hay muchos que están en este círculo dantesco que es Palenque por delitos triviales o sin delito alguno. Indigna la desproporcionada magnitud de la pena impuesta a estos infelices. Aquel mulato silencioso era chofer y chocó, y tuvo la desdicha de chocar contra el automóvil de un ministro. El moreno alto es uno que se enamoró y tuvo la desgracia de que un jefe civil se enamorara de la misma mujer. El adolescente que tose en un rincón era corneta de un cuartel y le sorprendieron un par de dados en el bolsillo. El indio de tórax ancho respondió con un puñetazo al planazo vejatorio de un policía. El muchacho de catorce años no tenía casa y se quedó dormido bajo las arcadas de un puente.

Por eso, exclusivamente por eso, han sido conducidos a la sabana parda de donde no se regresa.

—A Palenque!— les gritaron.

Que quiere decir: —A morirse!

Condenados virtualmente a muerte por un choque de automóviles, por enamorarse, por un puñetazo, por cualquier cosa. Condenados a una muerte espantosa bajo el sol del llano y la verga de los verdugos, a la vera de las charcas de linfas verdosas.

Mas no es por el delito sino porque necesitan hombres para nutrir las carreteras y los pantanos. Para trazar caminos sobre un lecho de osamentas humanas. Es "la labor constructiva del General Gómez". Son "las admirables carreteras" de que hablan los periodistas eunucos.

Y también necesitan muertos para amordazar las voces y atar las muñecas del pueblo. En todos los oídos zumba la pavorosa amenaza:

—Palenque! Palenque! Cállate que allá lejos está Palenque devorando vidas!

He ido conociendo a los tres hombres que duermen en mi vecindad.

Frente a mí está echado el negro Cachimbona. Lo trajeron a Palenque para castigar sus raterías. Es sádicamente holgazán. Hoy ví cómo le pegaban porque prefiere ser golpeado a trabajar. Parece que no le dolieran los vergazos que caen sobre su piel dura y negra. Al llegar al campamento se arroja al suelo y duerme. Siempre duerme. Es repulsivamente feo. Cuando ríe muestra dos largos colmillos y la encía roja con varios dientes menos. Y dormido es aún más feo. Duerme con una mueca cínica estereotipada en el rostro. Tal vez sueña con una hamaca para mecerse en ella por toda la eternidad.

El *catire* Rito Luna es éste que se tiende a mi diestra. Fuera de Palenque, cuando vivía en el mundo, Rito Luna se escapó con la hija de un jefe civil y luego se negó a casarse con ella. Por eso lo mandaron a Palenque. Es alegre y valeroso el catire Rito Luna, albañil en Caracas y forzado en el Llano. Trabaja animosamente en la carretera, cual si se tratara de un deporte. El que maneja el látigo lo respeta sin saber por qué. Jamás le pega.

Al otro lado duerme uno que llaman Camachito. Era ladrón profesional de ganzúa y linterna. Aquí es servil. Le ha crecido una larga melena y se queja amargamente de

sus desventuras con voz plañidera y cobarde. A todo trance procura inspirar compasión al cabo de presos, al sargento, a Maldonado, a todo aquel que pueda hacerle daño. Se finge enfermo y tose con una tos postiza. Rito Luna me dice por lo bajo, desde la primera noche, que me cuide de Camachito porque es delator. Y en realidad, el ratero ha comenzado a hablar pestes de Gómez con la intención evidente de que yo lo acompañe en sus diatribas.

A los otros los iré conociendo al correr del tiempo. En la penumbra disputan dos. Se insultan por un poco de agua. Se dicen agravios espantosos hasta que llega el cabo y la emprende a latigazos con ambos.

La noche va cayendo pausada sobre el cobertizo de zinc. Más allá de mi cabecera, hacia la sabana, troncos de palma seca constituyen una cerca. Un trecho más allá se levanta otra cerca de alambre de púas. Y una nueva cerca de alambre un poco más lejos. Después la sabana abierta, teñida de luz lechosa de luna.

Rito Luna me advierte:

—Cuando llueve, esto se hace un barrial. Entonces nos revolcamos como cochinos en el fango.

—¿Y por qué solamente esos tres tienen hamacas?

—Los que tienen hamacas es porque las compran. Pero casi todos dormimos en el suelo porque no tenemos un centavo.

Mantengo la esperanza de que las hermanas Millán logren enterarse de mi paradero y me envíen dinero para comprar una hamaca y cigarrillos. Los deseos de fumar me cosquillean la garganta. Frente a mí, el negro Cachimbona semidormido chupa la colilla que le arrojó un soldado. Y le envidio la colilla sucia.

El grillete me lastima el tobillo que ya comenzó a desollarme. Oigo el ladrido lejano del perro del oficial. Al fondo del cobertizo estalla una nueva disputa entre dos forzados. Suena un cornetazo.

—Es el toque de silencio, —me dice Rito Luna mientras se van apagando las voces bajo el cobertizo.

Permanezco largo rato despierto, deambulando la mirada en las tinieblas, doloridos los brazos por el esfuerzo del día, pensando con angustia en la jornada de mañana. Las horas desfilan, lentas y mudas, por mi boquete de cielo. El negro Cachimbona se mueve a gatas en la sombra. Va a robar algo a otro preso dormido cuyo ronquido semeja el estertor de los grifos cuando el agua comienza a negárseles.

Oigo los pasos del soldado que entra a relevar la guardia. Y me duermo finalmente al compás del quejido inquietante de un forzado latigueado y enfermo.

A la madrugada me despierta la rumba:

Ay, Mamá Inés!
Ay, Mamá Inés!
Todos los negros tomamos café...

III

He dejado de ser la cara nueva en el campamento de "El Coco". Han llegado otros hombres, se han remachado nuevos grilletes. Los días se arrastran inmutables, pesados, dolorosos. Las ampollas de mis manos comienzan a transformarse en duros callos. Casi me he habituado a ingerir ese mengurje incomible que es el *rancho*. Ya muevo con soltura el pie atenazado por el grillete.

Anoche murió uno bajo el cobertizo. Murió de cansancio, de agotamiento, de tristeza. Al regreso del trabajo cayó de bruces en la tierra, con los brazos en cruz. Dos hombres lo trajeron en vilo hasta el campamento y murió después de una larga agonía sin palabras. Era un pobre diablo. Estaba en Palenque porque una vez, borracho, hirió a alguien en mitad de una riña.

Tendido en su rincón de siempre pasó la noche el hombre ya muerto. Cachimbona huroneó en sus bolsillos en busca de algo que apropiarse y no encontró sino un cordel largo como para ahorcarse de un árbol.

De madrugada atan el cadáver. Lo atan a una larga vara, bien liado. Queda colgante como una pieza de cacería. Cuatro forzados van a la vanguardia de nuestra caravana, conduciendo al muerto. Tras de ellos custodian dos soldados de bayoneta calada.

Mientras trabajamos en la carretera, el cadáver yace al pie de un árbol, en espera del hoyo que cavan dos forzados a

nuestras espaldas, al margen del trozo de camino construido ayer.

El hoyo es poco profundo, a flor de tierra. No vale la pena gastar esfuerzos para enterrar a un hombre. Allí lo tienden y pocas paletadas bastan para cubrir la silueta horizontal del cadáver. Tierra arrojada con la misma pala que sus manos manejaron ayer.

Es el primer hombre que veo enterrar en Palenque. Detengo mi labor. A mi lado rezonga una voz:

—No se alarme, bachiller, que eso es todos los días! Este camino está hecho por muertos!

Regresan a pasos tardos los enterradores. Yo pregunto a mi lado por qué no le siembran cruz a la tumba. Y responde la voz de antes:

—¿Para qué? ¿Para que los que pasen en automóvil comprendan que la carretera es un cementerio? Las cruces no están permitidas...

Maldonado grita indignado:

—Dejen el manguareo porque les cai el chaparro!

Trabajan las filas de forzados, con un hombre menos que ayer. Y al avanzar la jornada nos vamos alejando de la tumba.

A la anochecida oigo hablar a los hombres bajo el cobertizo, mientras recuento las argollas de mi cadena. Son 116 argollas trenzadas a mi pie derecho. Un negro hercúleo que duerme un poco más allá, carga una bola de hierro adicional de 25 libras, pendiente de la última argolla. Cuando vamos en marcha hacia el trabajo, el negro se echa al hombro, junto con la pala y el pico, la pesada esfera de hierro.

Antes del toque de silencio, cuando la noche empieza a desdibujar los rostros macilentos, los presidiarios charlan entre sí. El tema es casi siempre el mismo. Los mismos temas determinados por sus apetitos insatisfechos, por sus necesidades amordazadas. El hambre es la simiente de todas las palabras. El hambre es el ambiente del cobertizo, la sombra escuálida de los hombres, la rueca de los pensamientos turbios.

Dice uno:

—Yo comía en Caracas en una posada que llaman "El Alacrán" donde sirven unas carautas fritas regüenas.

Y se le va la mirada tras la evocación de las caraotas fritas como tras de un ensueño.

Dice otro:

—Qué malo está el *rancho*, caray! Los frijoles son puro gorgojo. El café es agua de medias negras y sucias.

Y otro:

—Tengo tres lochas guardás pa comprá un casabito el domingo en *Er Mono.*

Y otro:

—Un militar me ofreció medio papelón si le lavaba la ropa.

Y otro:

—Lo que soy yo no me muero sin volvé a comé un sancocho e gallina con bastante verdura.

Y otro:

—Anoche soñé con un plato de pescao frito.

Y empieza a describir, con ojos ausentes, los detalles del sueño: la carne blanca del pescado, las rodajas de limón en los bordes del plato.

El hambre ronda como una sombra por el cobertizo, hace cabriolas en las alambradas, se va danzando por la sa-

bana abierta y vuelve luego a torturarnos con las uñas más largas y los dientes más amarillos.

Las disputas son siempre determinadas por el hambre. Por una porción de *rancho*, por la competencia para lavarle la ropa al sargento que paga con harina o papelón. A veces por hambre se pegan. Entonces lo separa el silbido de la verga del cabo.

También hablan de mujeres cuando el calor del sexo parpadea en los extenuados cuerpos hambrientos. Uno dice:

—Yo tenía una mujercita por los lados de Caño Amarillo. Una negrita refistolera con las tetas así...

Hace un gesto para expresar volumen y se queda mirando la cerca. Los otros ríen y le envidian la mujer al que habla. Entonces éste se anima y describe un coito con la negrita de Caño Amarillo mientras desde la penumbra escuchan los rostros ávidos.

Otro dice:

—Una sirvientica por la Misericordia me esperaba a media noche en el zaguán. Y en el mismo suelo...

Las miradas le cercan las palabras. Cachimbona se revuelca en su sitio y salpica el relato con interrupciones soeces.

Tal vez sea cierto lo de la mujercita de Caño Amarillo y lo de la otra en la Misericordia. Pero luego comienzan a fantasear los otros. Ninguno quiere dejar de contar algo. Y sus relatos se refieren a mujeres que existen y que han convivido con ellos y a otras que van creando las mentes febriles y las voces que tartamudean.

Se desatan los meses, los años, de sexualidad contenida. Prorrumpen en risotadas idiotas cuando alguno interrumpe, con una gracejada obscena, al que habla. La luna se vuelca esta noche íntegra sobre la sabana.

—Cuando salga de aquí voy a estar tres días y tres noches acostado con... —empieza a decir Belisario, un pobre infeliz de hombros hundidos y costillas visibles.

Y otro no le permite continuar:

—¿Acostao? ¿Pa qué? Si ya tú no das candela!

Ríen por última vez mientras se escucha el toque de silencio. Desde la sabana viene una brisa cálida, correteando a ras de tierra. Brisa que amenaza llevarse enredada la luz lechosa de la luna.

La brisa debe haber descubierto la faz del muerto porque trae en su aliento el hedor del cadáver.

Pero la contención sexual de estos hombres no siempre busca como única válvula de desahogo los relatos a la luz de la luna. En algunos se manifiesta por espitas degradantes. No son solamente los dos o tres onanistas que completan por sí mismos la labor aniquiladora del cansancio y del hambre. Sino también los otros, el puñado de pederastas.

Cachimbona, el horrible y holgazán Cachimbona, teje redes perversas alrededor de los dos adolescentes que están bajo el cobertizo. Cachimbona roba a los otros presos y se vale de mil astucias más para obtener dinero. Siempre dispone de algunas monedas con qué adquirir en "El Mono" un poco de harina o un pedazo de *casabe*. Y valiéndose de esos mendrugos, ofreciéndoles alivio para el hambre que los acosa, trata de corromper a los muchachos. Experimento una repulsa irrefrenable cuando le oigo decir con voz melosa, sonriendo con las encías desnudas, a un presidiario de catorce años:

—Si tú pasas hambre, hijito, es porque quieres. Tu viejo Cachimbona te daría muchas cositas!

La figura desagradable de Cachimbona ha comenzado a inspirarme un odio fiero. Un odio, mezcla de odio y de asco, que estallará en cualquier ocasión.

Pregunto a otro forzado, uno que fué chofer en Caracas y que, como yo, ha exteriorizado su indignación y su repulsa por el homosexualismo y por el cinismo malvado de Cachimbona:

—¿Y los oficiales no castigan ésto?

Y el hombre responde:

—Qué van a castigarlo, bachiller!

Y luego me refiere un caso:

—Aquí había un muchacho de quince años llamado José Ramón Vázquez, un pobre muchacho margariteño que no sabía siquiera por qué lo habían traído a Palenque. El sargento Ramos quiso corromperlo y el muchacho se le enfrentó como un macho. Entonces el sargento le atravesó un pulmón con la bayoneta. Estos bandidos que nos custodian en Palenque son mil veces peores que Cachimbona, bachiller!

He tomado una resolución. Cachimbona está cercando por hambre a un niño medio enfermo que duerme en el fondo del cobertizo. Hoy me he acercado al negro y le he dirigido la palabra por primera vez:

—Oye, Cachimbona! Si tú no dejas en paz al muchacho te voy a tumbar de un puñetazo los dos colmillos que te quedan!

Y así lo haré.

IV

Anoche le propinaron quinientos vergazos al catire Rito Luna. Yo presencié la *pela* y el recuerdo agobiante de lo que vieron mis ojos lo presiento imborrable. Hoy he trabajado en el camino con pasos y gestos de sonámbulo. Golpeando con el pico la tierra reseca mientras reconstruyo, contra mi voluntad que lucha por espantar la visión, la escena terrible de anoche. Quien ha visto pelar a un hombre no logrará olvidarlo jamás, aunque viviese siglos. El agua del tiempo no podrá borrar los más nimios detalles de la estampa pavorosa que sus ojos vieron.

El catire Rito Luna intentó fugarse. Yo lo había observado silencioso y pensativo desde muchos días atrás. Anteayer fué al trabajo y, sin que nosotros mismos nos diésemos cuenta, desapareció del camino. Apenas quedó junto a su pico, entre la maleza, el grillete arrancado, inexpresivo como un ancla en tierra. Yo advertí su falta cuando regresábamos al campamento. Pero fué solamente al numerarnos bajo el cobertizo que Maldonado observó la ausencia de uno en la cuenta.

Camachito dijo:

—Es Rito Luna, sargento! Yo siempre le aconsejé que tuviera cuidado con ese carajo.

Cien miradas de rencor se posaron en el delator. El sargento daba gritos destemplados a sus hombres. Una rá-

faga de pánico se abatió sobre el campamento. Rito Luna se había escapado y cincuenta hombres salieron en su busca. Salieron a buscarlo por las sabanas peladas. . Rito Luna llevaba a cuestas muchos meses de miseria y de hambre. Eran sus perseguidores hombres recios y bien nutridos. Se lanzaron a buscarlo por los diez mil caminos del llano.

Ayer, desde los compases madrugadores de la rumba, palpitaba sobre el cobertizo una colectiva preocupación: Rito Luna. Mientras marchábamos hacia el trabajo, dirigíamos a los confines de la sabana, aún sembrada de sombras, miradas impulsadas por el temor de verlo aparecer. ¿Por dónde andará ahora? Un viejo preso, ladrón y creyente, musita una oración a San Marcos para que lo ampare.

El trabajo ha sido lento y desganado. Maldonado está hecho una víbora y hace restallar el látigo sobre las espaldas inquietas. A mi lado ha descargado la verga sobre Camachito que musita servilmente:

—No me pegue, amigo Maldonado, que yo no he hecho nada!

Y al atardecer, cuando regresa al campamento la ronda desoladora de los forzados extenuados, llevamos una chispa de ansiedad ardiendo en las pupilas. Pero la mirada salvajemente complacida del sargento sale a nuestro encuentro y nos anticipa lo que ha sucedido. Más allá está el catire Rito Luna, desnudo el torso, amarrado a un tronco de árbol, como una estampa de San Sebastián, los ojos azulosos fijos en el horizonte de horror que le espera.

Cuando desfilamos ante él, dice simplemente:

—Adiós!

Como si se fuera de viaje.

Anoche lo *pelaron.* Mis ojos vieron el reflejo de los latigazos en el muro del rancho cercano al campamento. Los ví en sombra y los oí caer sobre Rito Luna desnudo.

En vano había pretendido dormir, acorralado por el pensamiento de lo que iba a suceder. Quinientos latigazos iban a propinarle en las nalgas al catire Rito Luna. Se lo habíamos oído decir al cabo. Y a media noche, cuando escuché los pasos de los soldados, cuando restallaba la voz colérica del capitán impartiendo órdenes, me alcé de mi lecho de tierra y mis ojos ansiosos pugnaban por taladrar las tinieblas.

Al principio nada veía. Todo era sombras en la oscura noche llanera. A lo lejos unas manos sostenían la luz de una lámpara y la luz temblaba como los cobardes. Después pasaron las cabezas frente a mi puesto, al nivel de la cerca de troncos de palma. Ví pasar la de Rito Luna y lo adiviné pálido.

Más tarde estalló un grito de mando tras el ángulo opuesto del cobertizo. A mi lado dijo un murmullo:

—Lo están desnudando.

Las planchas de zinc que techan el campamento me ocultan el grupo de hombres. Apenas vislumbro cortadas las frentes de una hilera de soldados, frentes veteadas por la luz de la lámpara. La pantalla de zinc se interpone entre mis ojos y la sabana, entre mis ojos y los hombres que están más allá del ángulo del campamento.

Rito Luna ha de estar echado en tierra, con los pulgares atados bajo las rodillas, curvado en espera de la lluvia de latigazos.

Instintivamente he vuelto los ojos hacia el otro ángulo y he visto reflejada, en la pared de la choza fronteriza al

campamento, la sombra de todo aquello. Sombras que hace vacilar el temblor de la lámpara en las manos del ordenanza. Rito Luna echado en tierra es una sombra inverosímil de piernas desmesuradas y diminuta cabeza entre ellas. Los soldados son sombras oblicuas y deformes. Y el capitán, más cercano a la pared del rancho, es una sombra anchísima, casi cuadrada.

Súbitamente comenzó a redoblar el tambor y a chillar el pito. El pito modula gangosamente un sonsonete obsceno de mabil:

Y el manguito de hilacha,
y el manguito e bocao. . .

La voz del capitán ha vuelto a escucharse y la sombra de Rito Luna se estremece en la pared del rancho. Se adelanta rápida una de las sombras oblicuas que forman hilera y alza el brazo —un brazo que se pierde en el techo de la choza y se vuelca en el cielo nocturno— para dejarlo caer luego como un relámpago negro. Oigo el chasquido de la verga y el doble golpe —levantarse de la carne es un nuevo golpe— sobre Rito Luna desnudo. Rito Luna no ha gritado.

Una a una se van turnando en golpear las diez sombras de los diez soldados. La lámpara oscila con más fuerza en las manos del ordenanza y hace estremecer como llamas oscuras las figuras de la pared, incluso la espalda ancha del capitán. Sigue la ronda de brazos descomunales alzándose hasta el cielo y cayendo luego como relámpagos negros. Entre los pliegues de la música oigo un grito, un alarido de Rito Luna. Van cincuenta vergazos.

El capitán insulta a los soldados porque no pegan tan recio como él desea. La sombra de Rito Luna se retuerce

en la pared de enfrente. Ya no grita como antes pero, mezclados con la música, llegan quejidos roncos. Después el quejido se va aniñando. La voz de Rito Luna es a veces el aullido de un animal golpeado y a veces el llanto de un niño perdido en las tinieblas de la noche. Y luego nada se oye sino el chasquido del látigo, los pasos de los soldados y la cuenta del capitán. Rito Luna es una sombra inmóvil. Le han dado vuelta para destrozarle la otra nalga y su sombra crea ángulos nuevos en la pared de enfrente.

He caído de rodillas en mi rincón de tierra, con las uñas clavadas en las palmas de las manos. Por largo rato me sigue torturando la música del pito, el sonsonete de mabil que ya no podré volver a oir sin asociarlo con los aullidos del fugitivo. No tengo fuerzas para levantarme a seguir mirando los trazos oscuros en mi espejo de sombras.

Sólo vuelvo a ponerme de pie cuando retorna el silencio. Las sombras de los soldados se han reintegrado a la hilera oblicua e inmóvil. El capitán está de perfil y la sombra anchísima se ha tornado en hilo negro. La sombra de Rito Luna es una mancha sin contornos extendida en la tierra. Dos sombras de soldados dejan un claro de luz en la hilera, se adelantan hacia el reflejo de Rito Luna y lo toman en vilo.

Se balancean las sombras al caminar del muchacho que lleva la lámpara. Los soldados marchan y la hilera se extiende en una sola sombra que cubre totalmente la pared del rancho para tenderse luego en una sombra casi horizontal. Los rasgos negros se entrecruzan o se abren como abanicos. Hasta que la lámpara se aleja y deja invisible, toda llena de noche, la pared del rancho donde yo he mirado como en una pantalla, con ojos enloquecidos, la tortura de Rito Luna.

Regresan y oigo acercarse el resonar de sus pasos. Vuelven a desfilar los rostros al nivel de la cerca de troncos

de palma que nos separa de la llanura. Me aproximo para verlos pasar. A la cabeza del cortejo viene el muchacho de la lámpara. Trae la mirada baja, anegada de angustia, como horrorizado de haber iluminado la escena del suplicio. A su espalda caminan dos soldados cargando lo que queda de Rito Luna. Al reflejo de la lámpara vislumbro un guiñapo sanguinolento. Los soldados tienen las manos tintas en sangre como los hombres que degüellan el ganado. La cabeza de Rito Luna cuelga del brazo de un soldado. La luz de la lámpara le da de lleno en la boca curvada de un rictus y salpicada de espuma enrojecida. Los ojos van firmemente cerrados, circundados de arrugas, cual si hubiese hecho un esfuerzo desesperado para no mirar. Está desmayado y sangra por las mil heridas de los quinientos vergazos.

Lo han dejado allá lejos, bajo otro cobertizo de zinc. Un soldado le arroja encima el contenido de un balde: agua con sal. Después nada se oye y nada se mira en el oscuro silencio de la noche llanera.

El redoble del tambor y el chillido del pito, los gritos del capitán, el quejido de Rito Luna y el desfile de sombras en la pared del rancho, se han grabado en mi mente para toda la vida. Así lo presiento desde esta misma noche. Aunque viviera siglos, el agua del tiempo no lograría borrar esos trazos de espanto.

Hoy en la madrugada vamos saliendo, como todos los días, hacia la carretera. Nadie nombra a Rito Luna pero su nombre está tatuado en las frentes terrosas.

El sargento comenta con voz burlona:

—Tan juerte que parecía el Catire! Y amaneció muertecito con los quinientos palos...

V

Pasan los meses sobre la monotonía de mi vida de forzado. Una monotonía de cuadros espantosos, zarabanda de círculos sombríos como en el poema del Dante. Voy al trabajo, levanto y dejo caer mil veces el pico, regreso derrengado al campamento, ingiero el *rancho* nauseabundo, duermo pegado a la tierra seca o al pantano, me despierta la rumba, vuelvo al trabajo. Como el asno ciego que da vueltas a la noria. A veces quisiera ser ciego como el asno para no mirar las estampas de horror que son la vida en Palenque.

Y hoy al atardecer, cuando regresaba al campamento la ronda de fantasmas vivientes, me salió al encuentro un hecho inesperado. Detenido junto a la alambrada estaba un camión polvoriento y ruinoso. En él ha llegado, desde Caracas, un nuevo lote de presos. Una de las remesas periódicas que vienen a llenar los sitios vacíos de los forzados que han muerto por decenas bajo el sol, bajo el látigo, minados por las fiebres que asechan en los pantanos verdosos. Hacía algún tiempo que no llegaba a nuestro campamento una remesa nueva.

Entramos al cobertizo. Los nuevos forzados, ya con el grillete remachado al tobillo, están tendidos allá en un rincón. Miro hacia ellos sin gran interés, suponiéndolos un puñado más de rateros con sus Camachitos y sus Cachimbonas. Pero he visto perfilarse un rostro en la penumbra. Un rostro conocido. En el primer instante no logro precisar

quién es, escrutando inútilmente los rasgos borrados bajo la barba poblada, diluídos por las huellas de los padecimientos. Pero cuando habla a su compañero que está echado junto a él, cuando sonríe, le reconozco. Es Robledillo. Mi amigo, el jovial y burlón Robledillo.

—A numerarse! —grita el sargento.

Impacientemente he dicho mi número y, al finalizar la "cuenta", me acerco emocionado al grupo recién llegado. Para Robledillo es aún más difícil reconocerme a mí. Me ha visto ir hacia él de frente, con mi cansancio a cuestas, mis manos terrosas, mi traje rayado de forzado. Y ha desviado la mirada indiferente. Debo estar deplorablemente distinto al Vidal Rojas de los viejos tiempos.

Sigo hacia Robledillo y de pie junto a él le digo:

—¿No me reconoces, Robledillo?

Alza los ojos y los fija en mí.

—¿No me reconoces? —repito.

—Vidal Rojas! ¿Tú?

La emoción lo hace tartamudear. He vislumbrado dos gotas de fango en la tierra de sus ojos.

—Vidal Rojas! Vidal Rojas! —repite sordamente, ya de pie y abrazándome.

Robledillo forma parte de un lote de presos políticos, doce que han sido traídos de la Rotunda. Uno de ellos está tendido un poco más lejos, dormitando con el rostro oculto entre los brazos fuertes. Robledillo hace un gesto con el mentón para señalarlo y me dice:

—Aquel es Hilario Figueras.

Voy, arrastrando el pie del grillete, hasta donde Figueras dormita. Con el pie libre le golpeo la espalda.

—Epa, amigo! —le grito.

Figueras vuelve el rostro, me mira fijamente y al reconocerme se le encienden los ojos cansados.

—¿Tú aquí, muchacho? Si te dábamos por muerto...

—En serio. Te creíamos muerto,—corrobora Robledillo.— Unos dijeron que te habían matado en un combate y otros que te había fusilado el bandido de Urrutia.

A los otros diez recién llegados no los he visto nunca antes. Hay uno muy joven, un niño casi, que estudiaba bachillerato. Y un pintor enfermo y esquelético.

—Vidal Rojas! Vidal Rojas! —repite una vez más Robledillo como si aún dudase de mi presencia.

—Estoy casi por alegrarme de verlos llegar —les digo. —Esto es espantoso y viviéndolo solo es aún peor. Iba a matarme el hastío antes que los carceleros y la fiebre.

El pintor se remueve sobre la tierra y pregunta:

—¿Aquí se muere uno con frecuencia?

Los forzados van haciendo corro. Cachimbona mira a los recién llegados como calculando el botín. Camachito está escuchando atentamente con sus oídos de espía. El grito destemplado del sargento no se hace esperar:

—Pa su puesto tó er mundo o les cai la verga!

Esa misma noche logro un sitio junto a mis compañeros. Robledillo me ha obsequiado un cigarrillo y lo aspiro con deleite —hace tantos meses que no fumo que me hace toser como a un colegial— y guardo la colilla en la caja de ahorros de mis bolsillos mugrientos.

Reservo para mañana las diez mil preguntas que me rondan como un enjambre. Robledillo está deshecho por la fatiga del viaje y se le cierran los ojos de sueño. Yo, en cambio, no puedo dormir. Con mis compañeros ha irrumpido en el campamento un tropel de recuerdos y de inquietudes que me mantienen en vela mirando hacia la sabana en som-

bras. A media noche oigo quejarse al pintor y veo a Figueras que se levanta para darle a tomar una medicina que logró pasar burlando la requisa minuciosa.

Al toque de rumba despiertan los nuevos forzados y salen con nosotros al trabajo. Salvo el pintor que amaneció con fiebre y delirando. Pero es al atardecer, ya de nuevo en el campamento, cuando logro hacer hablar a Robledillo.

Sentado a mi lado, se soba el tobillo maltrecho por el roce del grillete, mientras murmura:

—Aquí desconocen las leyes más elementales de la cortesía, diablos!

Después se levanta a buscar un trago de agua, enciende calmosamente un cigarrillo, me ofrece uno a mí, vuelve a sentarse y comienza a hablar, impregnando como antaño de buen humor y de ingenio la charla, olvidado ya del tobillo y del grillete:

—Al fin me atraparon, chico! No podía ser intangible toda la vida. Se le metió entre ceja y ceja a la policía que yo redactaba un periodiquito que circulaba mimeografiado y decía pestes de Gómez y de su familia. Y allanaron mi casa. No hallaron ni rastros del periodiquito porque yo no tenía ninguna relación con él. Pero encontraron en cambio, por mera casualidad, cinco revólveres, varios paquetes de cápsulas y hasta una risueña bomba en preparación. Un desastre! Me iban a colgar por los testículos para que confesara lo que pensaba hacer con todo aquello pero a última hora se arrepintieron, para fortuna mía y de mis honestos testículos.

—Al pintor —continúa— le pusieron la mano porque en su estudio se celebraban reuniones conspirativas circunda-

das de caballetes y de lienzos a medio manchar. Y Figueras y los otros vienen acusados de organizar una terrible red clandestina que distribuía manifiestos entre los obreros y preparaba una revolución social. Tú sabes que a Figueras siempre le han parecido más eficientes la "capacitación" y las "células" que las bombas.

No tengo necesidad de formular a Robledillo las preguntas que me rondaban como enjambre. El sigue hablando de todo cuanto me interesa mientras anochece lentamente sobre la sabana:

—De nuestros viejos compañeros quedan muy pocos en la brecha. Este par de años duros ha espantado a los que no tenían verdadera fibra de luchadores. La Universidad no es aquella vieja rebelde de tus tiempos. Si vieras cómo circula por los corredores un *gentleman* cobrizo llamado Mister Miedo. ¿Recuerdas a Saldaña? Pues bien, sigue diciendo ironías. Pero ahora las lanza contra nosotros: "los pichones de libertadores", "los que se convierten en revolucionarios porque la cárcel es más llevadera que los textos de estudio". Se doctoró de abogado hace seis meses y ya le han dado un cargo público que desempeña anatolescamente. Lleva paso de vencedor.

Robledillo sonríe, arroja una larga bocanada de humo que platea las tinieblas, y prosigue:

—Pero más te sorprenderá lo de Aguilarte. Debes recordar que era un estudiante todo sencillez, todo oídos para el dolor del pueblo, vestido de dril barato y poniendo inyecciones por los lados de Cotiza. Ahora es médico. Fué a Nueva York recién graduado, pasó allá tres meses escasos y regresó desconocido. Aprendió un poco de inglés y muchas canciones. Quedé estupefacto cuando fuí a visitarlo, a pre-

guntarle si había hablado con los anti-gomecistas emigrados y si se había enterado de sus planes de invasión armada, y lo encontré trajeado al estilo Oxford. Me oyó displicentemente y, antes de responder a mis preguntas con evasivas, tarareó acompañándose con la punta marrón de sus zapatos blancos:

I can't give you anything but love,
Baby...

—¿Y Armando? —pregunto.

—Ese sí es de los mejores. Logró escapar al exterior cuando lo persiguieron. Y anda saltando de antilla en antilla en busca de unos fusiles que nunca logrará y pasando hambre. Algún día regresará, más pensador que nunca, a hacerse matar en una montonera mal armada. Recientemente me escribió una carta lacónica. Deseaba que yo le colectase unos reales en Caracas para comprar con ellos unas ametralladoras en Puerto Rico. Pero aquí los que tienen los reales son amigos de Gómez y no están sino por acrecentar los reales que tienen. Le conseguí solamente doscientos dólares. Y le escribí: "Cómetelos. A Venezuela le interesa más que tú no pases hambre que adquirir una mala ametralladora". Pero, seguramente, no se los comió...

Estoy a punto de preguntar a Robledillo qué ha sido de Cecilia. Mas, como él está hablando de Armando y nada me dice de ella, prefiero callar. Sinembargo, algo ha adivinado Robledillo en mis ojos, una pregunta muda. Porque calla un instante, un tanto embarazado, y continúa su charla desviándose de Armando:

—Sí, Vidal, de nuestro viejo pelotón queda muy poco. En las cárceles hay quince o veinte y otros tantos en el exterior. Entre los que están en el exterior no sabemos cuántos

son apenas turistas. Y de los que quedaron en Venezuela y no han ido a la cárcel, son muy escasos los que no han arriado la bandera. Ahora se piensa más que antes en el doctorado, en el negocio, hasta en el matrimonio con un mujer rica. Olvidaba decirte que tus compañeros de campaña, Urrutia y Ceballos, lograron escapar a Colombia y desde allí pidieron amnistía al general Gómez. El rebeldísimo general Urrutia se convirtió en policía allanador de casas y ahora es Jefe de Resguardo en la Vela de Coro. Y Ceballos, nuestro indomable compañero Ceballos, se metió bajo el ala de un doctor gobiernista. Un par de alhajas!

Figueras, Velarde, el pintor y otro de los recién llegados se han aproximado a nosotros y escuchan atentamente la palabra ágil de Robledillo. He observado en Figueras cierta reserva para conmigo. Tal vez esté resentido por mi escapada con Ceballos cuando él comenzaba a considerarme un nuevo recluta para su obra revolucionaria. Robledillo sigue hablando:

—Pero los que quedan son robles, Vidal! Quedan los que han sabido sobreponerse al pánico, al soborno, al medio asfixiante. A esa desvergüenza colectiva que es la vida social e intelectual en Venezuela. Ese trabajar entre tinieblas, bajo la amenaza de la tortura y de la muerte, sin amilanarse ante las deserciones de los otros, es heroico y hermoso. Yo los admiro. Y conste que no me cuento entre ellos porque yo no he sido sino un dilettante que acostumbraba escaparse por meses enteros a bailar en los clubs con las hijitas de los gomecistas y a tomarme tragos con los literatos sinvergüenzas. Poco dice en mi favor que me hayan atrapado unos revólveres, por mera casualidad...

Robledillo se detiene, me señala al estudiante adolescente que llegó con ellos, y concluye:

—Y por detrás viene una generación que habrá que verla, Vidal! Muchachos sin las lacras nuestras, sin nuestros prejuicios, sin nuestra bebedera de aguardiente, con los ojos adolescentes fijos en el futuro de nuestro pueblo. Nosotros hemos servido para abrirles camino. Ya verás, cuando conozcas a Velarde, como hay motivos para tener esperanzas.

El estudiante de bachillerato, Velarde, que está escuchando, sonríe cortado. No sabe si Robledillo lo elogia sinceramente o si lo hace para tomarle el pelo.

Pero Robledillo ha hablado esta vez seriamente y ahora permanece en silencio. Yo le insto a que continúe. Le pregunto qué ha sido de su novia, una muchacha risueña como él, brava moza que era "mal vista" en Caracas porque andaba sola por las calles, no iba a misa y conspiraba con nosotros.

—Mi novia sigue siendo la misma mujer admirable. Y está más bonita que nunca. Ya verás como no pasan dos semanas sin que nos llegue carta suya. Ella sabe saltar por encima de todas las murallas con que el gomecismo pretende sepultar en vida a los presos. Se va alegrar mucho cuando se entere de que aún existes. Lloró cuando nos refirieron que te habían matado. Y debes darle mucho mérito a esas lágrimas porque es la única vez que las he visto correr. Mi novia es toda una mujer y no como aquella Cecilia tuya que tenía vocación para Magdalena...

A Robledillo se le ha escapado, impensadamente, el nombre de Cecilia. Hace un gesto involuntario de quien ha cometido una torpeza y se arrepiente de ella. Después calla definitivamente y se aleja en busca de otro trago de agua.

Quedo, tendido en la tierra, madurando una idea que cruzó por mi mente: a Cecilia le ha sucedido algo y Robledillo no se atreve a decírmelo bruscamente. Me invade poco

a poco un presentimiento que se va haciendo certeza: Cecilia ha muerto. Evoco su rostro pálido y doloroso, cual me lo pintaron los compañeros a raíz de nuestra fuga malograda. Me vienen a la mente fragmentos de sus últimas cartas, donde me hablaba con nostalgia de la muerte y sugería la idea de suicidarse.

El grupo se ha diseminado al toque de silencio. La noche borró ya la sabana. Una luz se mueve en la lejanía como una estrella perdida. Yo he permanecido meditando con ambos codos clavados en la tierra y el rostro apoyado en las cuencas de las manos.

Hilario Figueras, que no se ha movido de mi lado, parece haber seguido fielmente la ruta de mi pensamiento. Porque súbitamente oigo su voz calmosa decir desde la sombra:

—Cecilia se casó con el dueño de una joyería...

———

VI

La llegada de mis compañeros ha despertado nuevos derroteros en mi vida de presidiario. He dejado de ser el asno ciego que da vueltas a la noria. Figueras y su grupo poseen una segunda naturaleza que es la organización, espíritu organizativo que se han labrado y que ha pasado ya a ser parte indivisible de su propia psicología. Y en vez de tenderse sobre la tierra a mirar desconsoladamente la sabana, disciplinan las horas muertas para hacer llevadero el horror de Palenque.

Figueras, Velarde y sus camaradas de ideología —que vienen de un mismo calabozo de la Rotunda— crearon, desde el primer día de su prisión, un fondo común con los escasos centavos de que disponen, con las medicinas, con la ropa. Figueras nos propone —a Robledillo, al pintor y a mí— que ingresemos a ese fondo común. Aceptamos. Nuestras ropas, los cigarrillos y el dinero de los otros, han ido a parar a manos de un "ecónomo" que es Velarde. Yo no dispongo de casi nada, pero pondré mi experiencia de *palenquero* veterano al servicio de la comunidad.

Figueras y Velarde han elaborado un plan de "estudios". No hay libros en Palenque. Ni horas disponibles porque las que nos restan libres son horas agobiadas por un cansancio que no permite pensar. Sinembargo, la voluntad de Figueras no se arredra ante obstáculos. Ha propuesto que utilicemos la hora que antecede al toque de silencio noc-

turno. Y, para suplir los textos, cada uno irá diciendo en voz alta sus conocimientos. "Cátedras al aire libre dictadas por los maestros menos libres del mundo", ha comentado Robledillo.

Velarde, el estudiante adolescente, ha iniciado las lecciones con charlas sobre Economía Política elemental, en cuya preparación lo asesora Robledillo, no obstante que Robledillo toma a guasa la Economía y dice que es una ciencia reservada a los hombres de estado y a las cocineras. Velarde posee una innata capacidad didáctica y desmenuza los conceptos hasta hacerse entender. Es un niño, tal vez demasiado serio, nacido en Maturín, que vino a Caracas hace un par de años a comenzar sus estudios de bachillerato. Ha hecho de sí mismo un revolucionario fervoroso, una vida arrancada de las páginas de sacrificio que inscribieron las juventudes nihilistas en la historia de Rusia. Sus ojos se transforman cuando habla de la revolución. O cuando menciona el dolor de los parias de las fábricas y de los campos con voz de clarinada rebelde.

Yo repito a mis once discípulos lo que he leído en los textos de Biología y de Química. También doy lecciones de Aritmética a los obreros que vinieron con Figueras. Pero no tengo vocación de profesor y me cuesta esfuerzos hacer comprender a mis discípulos la médula de mis palabras. En cambio el pintor se deleita hablándonos. Discurre de pie, arrastrando el grillete en paseos impacientes, tendiendo las manos largas hacia la sabana como si imprecara al infinito:

—Miguel Angel! Oh, Miguel Angel! Es el genio más inmenso que han parido los siglos. Miguel Angel fué el creador de Dios. Antes que Miguel Angel lo pintase, Jehová era un pobre viejo atrabiliario, una fábula mezquina y terrorífica, vacía de contenido artístico. Pero cuando de

sus manos salieron esas cabezas de Dios que aún están cautivas en el Vaticano, Jehová comenzó a vivir en el reino del arte y de la belleza.

Robledillo nos enseña francés, sin método alguno, dando más importancia al conocimiento de palabras ingeniosas pero superfluas que al de las que expresan los nombres de los artículos de primera necesidad. A la segunda lección nos endilgó unas malévolas sentencias de Rabelais.

El mayor goce de Robledillo es oír las peroraciones del pintor y hacerlo rabiar con interrupciones malsanas:

—Oye, pintor! Un amigo mío, tan artista como tú, opina que Miguel Angel es un vejestorio. Que entre un cuadro de Miguel Angel y una pintura de Picasso hay la misma diferencia que entre una carreta de bueyes y un ferrocarril.

Entonces el pintor se retuerce las manos, sufre físicamente, y poniéndose luego en jarras ruge desmelenado:

—Tu amigo es un asno! Un asno no. ¡Una recua! Miguel Angel está por encima de los hombres y muy por encima de los cuadrúpedos. ¿Cómo se llama ese amigo tuyo? Dímelo! Dímelo, por favor! Para matarlo, para extragularlo por bestia, por estiércol indigno de vivir bajo las estrellas. . .

Velarde, en cambio, escucha las palabras del pintor con extraordinaria atención. Le hace preguntas interesantes y le reclama que sea más ordenado en sus exposiciones sobre la pintura y su historia. El artista está orgulloso de tal discípulo y es para él que habla especialmente cuando tiende sus manos largas hacia la sabana abierta.

Hablamos a veces de política. Figueras me manifiesta nuevamente su afectuosa solicitud de antaño. Hemos reverdecido nuestras viejas polémicas y Figueras pone en ellas más empeño que antes:

—Supongo que el guerrilleo te habrá servido para convencerte de que por ese camino no se va a ninguna parte, ni triunfando. Te habrá servido también para medir la canallada de la mayoría de nuestros caudillos que son como tu general Urrutia. Habrás visto que la política no es para ellos sino un pleito entre mayordomos. Pelean contra Gómez porque quieren arrebatarle esta hacienda anchota que es Venezuela.

Con Robledillo no discute Figueras, ni intenta convencerlo, no obstante que sus relaciones con él son sumamente cordiales. Robledillo ha fijado posiciones en forma categórica que no admite argumentos en contra:

—No me dejaré nunca convencer por tí, Hilario, por la sencilla razón de que mi filiación a tus teorías significaría el aniquilamiento de mi serenidad espiritual. Demasiado han logrado con que un hombre como yo, nacido para vivir su vida alegremente, se meta en estos líos de derrocar gobiernos. Aquí me tienes pasando hambre, sin mujer a cien leguas a la redonda y exponiéndome a que un cabo estúpido me adjudique un vergazo. Y, a más de eso, tú pretendes que me meta a apóstol para toda la vida. Vade retro, Figueras! Cuando se muera o maten a ese viejo tirano imbécil, me dedicaré a criar gallinas de raza y a escribir versos subrealistas. Pero lo que es para tus proyectos de reformar la humanidad, no cuentes conmigo. Sobretodo, mi buen Figueras, porque eso es fastidiosísimo. A la revolución social le falta *sprit*.

Velarde gusta de charlar conmigo. A mí me reconforta su fe inconmovible en la fuerza del pueblo y en el porvenir de Venezuela.

—Algún día despertarán. Y nadie podrá oponerse al empuje de ese despertar. Si nosotros mismos nos oponemos a su marcha, nos arrollarán como a los diques enemigos y como a las ramas secas. Es un hermoso río la revolución!

Y la voz de Figueras no descansa a mi lado:

—Tú que dices ser, antes que todo, un patriota! Debes pensar muy bien cómo vas a curarle las llagas a tu Patria. No vaya a ser que ayudes a abrirle una llaga nueva. Ya me has dicho mil veces que tu único interés es el futuro de Venezuela. Pero Venezuela son los campesinos piojosos y hambrientos. Venezuela es también un negocio de las compañías petroleras de los musiúes. Venezuela son diez hacendados sacándole la sangre a millares de peones y diez generales echando tiros y apretando cepos para encubrir los robos de los hacendados. Venezuela está plagada de abogados que le venden el país a los petroleros a cambio de cuatro reales. Mientras no vayamos contra los que nos entregan a los imperialistas y contra los imperialistas que nos ordeñan millones y sostienen al general para que nos reparta vergazos, estamos hablando pendejadas. Tú me dijiste una vez que nosotros éramos soñadores. Pero los soñadores son los que piensan que podemos curarnos sin atacar la raíz de la enfermedad.

Y en otra ocasión:

—Tal vez tú tienes, sin darte cuenta, el mismo temor de Robledillo a la lucha larga. Pero la lucha no puede ser para una sola etapa. Cuando desaparezca Gómez, los que sacan caldo gordo de la tiranía pujarán por dejar las cosas en el mismo abismo. Entonces la lucha será más intensa. Nada ganamos con engañarnos a nosotros mismos. Es mejor saber desde ahora que vamos hasta muy lejos y por un camino muy duro, para no desalentarnos mañana cuando el camino se nos alargue. Luchando nos estamos preparando

para la lucha de mañana. Tiene razón Velarde cuando dice que la revolución es un río. Tú ya te lanzaste río abajo y no podrás nadar contra la corriente. El mismo Robledillo seguirá con nosotros porque es sincero y honrado. Ya lo verás. Maldiciendo y lamentándose: "Me arrastran donde no quiero ir. Esto es un fastidio. Y un abuso intolerable. Déjenme en paz con mis gallinas y con mis versos vanguardistas". Pero no se volverá atrás.

Es eso, más o menos, lo que Figueras dice, aunque tal vez con otras palabras. Yo no le discuto con la misma tenacidad de antaño. Algo me grita, en mi interior, que la voz de Figueras está señalando nuestro verdadero camino. Y Velarde lo apoya con entusiasmo lírico:

—Sí, Vidal Rojas! Solamente puede salvarnos la fe en nuestro pueblo, la fe en esos hombres palúdicos y analfabetos de cuyas manos nacen todas las cosas útiles.

Firmemente unidos por una común ideología, Figueras y Velarde son dos individualidades profundamente diferentes. Figueras es un revolucionario práctico. Velarde es un poeta de la revolución.

Velarde gasta treinta minutos diarios en enseñar a leer a tres ladronzuelos que están bajo el cobertizo. El menor tiene 16 años como Velarde. El más viejo, Garrapatilla, es un hombre de edad indefinida, tal vez de cuarenta años. Los tres llaman a Velarde "el bachillercito". Y le hablan con un comedido respeto.

A Figueras no le interensan los rateros. Ha dicho a Velarde:

—Ese tiempo que gastas enseñando a leer a los ladrones podrías emplearlo en conquistar uno de los soldados para el movimiento revolucionario.

Cuando Velarde habla de la labor constructiva de la revolución, de la humanidad futura liberada de explotación y de injusticias, Figueras suele interrumpirlo:

—Y no olvides que hay que tumbar primero unas cuantas cabezas de bandidos. Si dejamos ir a los verdugos, los verdugos volverán a caer sobre nosotros.

Al pintor no le interesan gran cosa las discusiones políticas. Siempre está ausente de estas charlas. Mientras nosotros hablamos, él se aleja hasta el otro costado del campamento y desde allí grita:

—No te muevas, viejo Garrapatilla! Yo he perdido veinte años de mi vida buscando ese perfil y ese colorido de crepúsculo turbio cayendo sobre una frente marchita. Y hoy que los encuentro, en mitad del llano, no tengo ni pinceles ni talento. Pero no te muevas, viejo Garrapatilla, para contemplar un rato la obra que yo merecí realizar!

VII

Hay tres franceses en el campamento. Hace un año se evadieron de Cayena en una frágil canoa construída por ellos mismos. Uno de ellos nos ha referido su odisea y no es posible dejar de admirar la heróica audacia de los tres bandidos. Esquivando rocas se abrieron mar afuera, sin velas, sin otro auxilio que una brújula vieja y un par de remos, en busca de la libertad. Mar afuera se agotaron sus escasas provisiones y medio muertos de hambre, exhaustos del remar y del sol, el mar los empujó hacia las costas de una antilla inglesa. De allí los reembarcaron y vinieron a recalar a Venezuela. Se mantuvieron en libertad por un tiempo, trabajando de carpinteros, pero uno de ellos cometió un robo y los tres fueron conducidos a Palenque.

—Usted no se imagina, señor, —dice a Robledillo el más comunicativo y culto de los tres— el estupor que causaría en el mundo alguien que lograra hacerse oir y relatase lo que sucede en este infierno. En todas partes producen asombro las descripciones de la vida espantosa de los presidios de Cayena. Pero junto a esto, comparada con este Palenque que la civilización no puede sospechar, Cayena es un paraíso. Allá quedan aún destellos de humanidad y no se mata a los hombres como bestias.

Uno de los tres franceses guarda celosamente un billete de cien bolívares. No obstante los registros minuciosos de que fué objeto en la Policía de Caracas y al llegar a Pa-

lenque, ha logrado salvar de ellos el billete poniendo en juego su habilidad de viejo cayenero. Pero no ha intentado cambiar su tesoro, ni valerse de él. Sería inútil porque se lo apropiaría para sí el oficial a quien propusiese la operación. Cien bolívares en Palenque son casi una fortuna. Con ellos podrían obtenerse algunos alimentos, hamacas, ropa, cigarrillos, medicinas. El francés poseedor del billete está enfermo y empeora cada día, precisamente por carencia de medicinas. Y guarda su tesoro con amargura tantálica.

Hace tres días en el trabajo, Pierre —que así se llama— se detuvo a recobrar alientos frente a la tarea comenzada y Maldonado le descargó un vergazo brutal sobre las espaldas. Regresó al campamento esputando sangre y, desde entonces, no ha podido levantarse más de su rincón de tierra. Sus dos compatriotas lo asisten solícitamente. Le dan agua de la ración de ellos y se lamentan:

—Se nos va a morir Pierre! Tan bueno que es!

Y se les va a morir. Anoche le examiné los pulmones y son una colmena abandonada. Respira afanosamente y tose como una campana rota. Se queda mirando su saliva saguinolenta con impávida resignación. Es un valiente Pierre.

Al atardecer Pierre agoniza. Musita palabras francesas cuyo sentido se nos escapa. Balbuceos entrecortados por un rumor de fuelle y una tos apagada de badajo que apenas roza la campana rota. Ha dicho "perdón" y ha pronunciado enseguida un nombre de mujer: Georgette. Los otros dos franceses se miran y una sombra de angustia cruza sus rostros curtidos. Uno de ellos está tan acongojado que Pierre, moribundo, le reclama coraje. Por los labios del enfermo corre un último hilillo de sangre. Hace un esfuerzo inútil para incorporarse a mirar una vez más la sabana parda.

Después se torna rígido y uno de sus compañeros se persigna frente al atardecer.

Está muerto. Al percatarse de ello, ahogando la impresión dolorosa que los conmueve, los dos hombres han saltado felinos sobre la mano empuñada donde Pierre guarda el billete de cien bolívares. El muerto parece que forcejeara con ellos para no abrir la mano pétrea. Los dos hombres se golpean al rostro y se escupen insultos:

—Salaud!

—Espéce de...!

A sus gritos acude el cabo. El látigo silba sobre ellos. El cabo y un soldado sacan en vilo el cadáver. La mano derecha agarrotada oscila colgante y los dos bandidos fijan los ojos codiciosos en el péndulo muerto que se les va.

Y a la madrugada vuelven con Pierre a cuestas:

—Grandes carajos! No ven que no se ha muerto todavía.

Pierre trae las manos abiertas y vacías. Una respiración apagada, un gruñido de agonía lenta, asoma por sus labios marchitos. El regreso del agonizante reconcilia a sus dos compañeros. Y esa misma tarde vuelve a morirse frente a un atardecer idéntico al de ayer.

Nunca supusimos que aquel indio supiese domesticar culebras. Ni tampoco sabemos por qué está preso. El nunca quiere decirlo. Cuando alguien se lo pregunta responde con un gesto impreciso, mas en la mirada se le trasluce el deseo de volver a hacer lo que hizo. Mató a alguien, sin duda alguna.

El indio es el hombre que pronuncia menos palabras bajo el cobertizo. Y mientras trabaja en la carretera no pro-

nuncia ninguna. Cuando marchamos en la fila de forzados, el indio va mirando siempre hacia el horizonte con ojos escrutadores como si esperase la llegada de algo que él solo sabe qué es. En las noches de luna silba entre dientes un ritmo extraño de guarura.

Una tarde, al regreso del campamento, nos cortó la ruta una culebra inmensa, la cabeza erguida amenazando muerte. El indio se adelantó de las filas con la pala en alto. Creímos que iba a matarla. Pero no lo hizo. Dejó caer la pala suavemente sobre el cuello del reptil y la mantuvo apretada contra la tierra. Después tomó la culebra a ras de la cabeza con la mano derecha y dijo:

—No hace nada! No muerde!

La trajo al campamento. El cabo protestó en un principio pero luego, porque le hiciera gracia la extravagante habilidad del indio o por una rara condescendencia, le permitió que la guardara en un cajón cerrado con tablillas angostas que el indio construyó a guisa de jaula. El indio la libraba de su cárcel cuando regresábamos al atardecer y la acariciaba mientras repetía:

—No hace nada! No hace nada!

Nos fuimos acostumbrando a la presencia de la culebra bajo el cobertizo. El indio la ha transformado en un animal fiel e inofensivo. Se le anuda familiarmente en las piernas y a veces se pierde en el techo de zinc cazando murciélagos.

Un poco más allá del extremo del cobertizo duerme un soldado en una hamaca. Es un pobre hombre a quien reclutaron a culatazos para darle un fusil que lleva tan de mala gana como nosotros el pico y la pala. A veces nos presta servicios. De él hemos obtenido medicinas para el pintor.

Hoy, al anochecer, oímos la voz del soldado que venía desde la hamaca:

—Oye, indio! Llama a tu culebra que la tengo enrollada en el pescuezo!

El indio estaba sentado frente a nosotros y sobre su figura impasible caía la luz de la lámpara. Le vimos temblar como una rama bajo la brisa. El soldado repitió con voz de miedo:

—Llama a la bicha, indio! Que me va a ahorcar.

El indio estaba cercano a mí y volvió a temblar como un follaje. Velarde comprendió y me mostró la culebra domesticada que dormitaba plácidamente a los pies del indio. La del soldado era otra.

Era otra! De la hamaca nos vino un grito:

—Indio, que me mata!

Y luego un gemido.

A veces los enfermos no van al trabajo. Pero cuando un oficial amanece malhumorado sacan a esos pobres espantapájaros a calentar sus huesos bajo el sol.

Los que ya no tienen fuerzas para manejar el pico quedan —he dicho que a veces— bajo el cobertizo. Y durante el día, mientras nosotros trabajamos en la carretera, los envían a cortar leña, a cargar agua, a cualquier menester que le ordenen los militares. Solamente cuando la fiebre hace castañetear los dientes, cuando el hombre está absolutamente imposibilitado para moverse, se le permite quedar inactivo bajo el cobertizo, hecho un ovillo tembloroso sobre la tierra.

Belisario se llama un infeliz que se queja continuamente de una disentería crónica que lo aniquila lentamente. Apenas logra levantar el pico. Y regresa todas las tardes, tam-

baleando de fatiga, hasta el campamento. Mil veces le ha suplicado al sargento:

—Yo estoy muy enfermo! Yo me voy a morir!

Y mil veces le han respondido:

—Flojera es lo que tú tienes, piazo e sinvergüenza!

Es una trágica disputa. El hombre está realmente enfermo de gravedad y le refiere al sargento cómo defeca coágulos de sangre. El sargento se obseca, poseído por una terquedad criminal, en no creerle al hombre.

Una tarde, al regreso del campamento, cuando la caravana se detuvo frente a la choza del capitán, Belisario se adelantó de las filas y se quejó ante el oficial:

—Capitán, yo estoy muy enfermo, yo no puedo más!

El sargento le oyó y gritó:

—No le haga caso, capitán! Lo que tiene es flojera!

Y Belisario siguió arrastrando su disentería del campamento al camino, del camino al campamento.

Empeoraba a ojos vistas. Una mañana se vino de bruces, desmayado, tras la trayectoria del pico. Sinembargo, el sargento ha hecho del asunto una cuestión de orgullo. Ha dicho que el hombre lo que tiene es flojera y así lo sostendrá hasta el fin.

Esa misma tarde, arrojando lejos de sí el pico, Belisario gritó:

—No trabajo más, sargento! Si usté quiere máteme. Pero no trabajo más!

Y se tendió en mitad de la carretera.

Pero el sargento no estaba dispuesto a abandonar su presa. A la madrugada siguiente fué incorporado una vez más Belisario a la caravana. No iba a romper tierra porque ya sus fuerzas no hubieran logrado levantar el pico del nivel del suelo. El sargento le fijó como tarea arrancar con las

manos la paja amarillenta que bordea los costados del camino que abrimos.

Belisario no puede caminar. Más de medio trayecto lo hace en brazos de otros dos forzados. Hasta que llegamos al lugar de trabajo. Entonces lo arrojan a un lado del camino y el hombre se arrastra arrancando puñados de paja amarilla de sol y de tierra.

—Lo que tiene es flojera! —afirma todavía el sargento.

Hasta que un día, cuando nos llaman para el *rancho* del mediodía, Belisario no se mueve a la llamada. Queda inmóvil a la vera del camino. La mano rígida empuñando un manojo de paja recién arrancada, con tierra amarilla en las raíces. Está muerto. Sobre el rostro lívido, modelado por una infinita desolación, revolotean moscas verdosas.

—Se murió de flojera! —dice el sargento.

VIII

He adquirido el paludismo y la serenidad. La serenidad naufraga a veces en el oleaje de la fiebre. Entonces digo y pienso cosas disparatadas. Figueras vigila mis delirios nocturnos y guarda avaramente la quinina que reserva para mí.

La novia de Robledillo logró hacer llegar hasta nosotros un ejemplar de "El Fuego" de Barbusse. Es el único libro que poseemos. Lo hemos leído muchas veces. Ya puedo repetir de memoria largos trozos. Y los personajes se han tornado para mí en hombres reales, junto a los cuales he luchado largo tiempo entre el fango de las trincheras, cuyas vidas están ligadas a la mía.

Cuando despierto a medianoche, torturado por el silencio sin límites de la sabana en sombras, me asalta una duda absurda que adquiere contornos de pesadilla: ¿Existirá todavía un mundo diferente al que nosotros vivimos en mitad del llano? ¿No se habrá convertido la humanidad en un espantoso semillero de campamentos idénticos a éste?

Cuando me deja en paz la fiebre, pienso. Ahora miro el mundo desde un ángulo muy diferente que imprime nuevos perfiles a las cosas y a los hombres. Han pasado varios meses después de la llegada de Figueras, Velarde, Robledillo y los otros. El pintor se nos murió una noche llorando, no de miedo a la muerte, sino de pesadumbre por no haber realizado jamás la obra que sus manos soñaron.

Las discusiones con los compañeros me han auxiliado en la tarea de tallarme una personalidad más firme. Más firme a pesar del temblor de la fiebre.

Pero no es solamente la charla con Figueras y Velarde. Es también un examen profundo de lo que tengo por dentro, de lo que tiene por dentro la humanidad. Medito largamente mirando hacia el confín de la sabana parda. Y de esas meditaciones voy saliendo como de un crisol.

Mi vida pasada desfila por la sabana como un tropel de sombras. Súbitamente tomo por el cuello a alguna de aquellas sombras, un hecho o un ser, y busco la savia que la animó. En esas remembranzas se interponen detalles de mi vida —hechos nimios, torpezas cometidas por mí— para hacerme sentir el pesar de no haber actuado de otra manera. Las músicas populares, que el pueblo abandonó luego por otras nuevas, son el índice en ese libro de mis años pasados. Y las mujeres que mi corazón deseó. Tal música, tal mujer: tal época de mi vida.

La novia de Robledillo, maravillosa muchacha sin miedo, ha logrado normalizar un servicio de correspondencia clandestina con nosotros, a través de un soldado que se ha hecho amigo de Figueras y que va periódicamente a la población de El Sombrero. Ella le escribe semanalmente a Robledillo y, de vez en cuando, a mí. Sus cartas son frescas como el agua de las acequias imposibles. He dicho a Robledillo que me estoy enamorando de su novia. Y él me ha respondido que mientras estemos en Palenque no le preocupa mucho el rival.

He escrito una larga carta para los compañeros que están presos en el Castillo, allá lejos, junto al mar. Me he detenido para escribirla ante el pasado y ante el futuro como ante dos caminos tendidos.

Esa carta es expresión de la mutación de nosotros, del torbellino que nos ha tornado en lo que somos hoy. Velarde la ha leído, en alta voz emocionada, frente al atardecer llanero.

La carta dice así:

"Hermanos:

Yo sé que ustedes no son los mismos de 1928, como tampoco soy el mismo yo. Yo sé que el dolor los ha tallado como me ha tallado a mí. Sé que en las tinieblas de los calabozos han meditado y limado ustedes aquella ingenua ignorancia que nos nublaba la mirada cuando nos lanzamos a la lucha. Voy a decir palabras que ya ustedes habrán dicho, iguales o mejores que las mías. Pero no voy a decirlas solamente para ustedes sino también para mí mismo. Al escribirla a ustedes, me escribo esta carta para mostrarme lo que fuí, lo que soy, lo que habré y habremos de ser.

¿Recuerdan cuando nos arrancamos de la Universidad para hacerle frente a la barbarie? Éramos sentimentales, casi tontos. Andábamos buscando cómo ofrendar la vida y el camino para ofrendarla lo deseábamos el más corto. Nuestras vibrantes palabras: Patria, compañerismo, libertad, eran símbolos hermosos, abstractos ideales para crucificarse en ellos como sobre maderos. Los mercaderes se nos quedaban mirando como a seres irreales. Porque, mientras la vida era una impúdica

trata de hombres y de conciencias, nosotros no nos ofrecíamos en subasta sino que marchábamos de frente hacia la muerte.

Veníamos... ¿De dónde veníamos? A nuestras espaldas canturreaban vilezas generaciones de siervos, ancianos con las canas manchadas. A nuestro paso se erizaba la algarabía de los mercaderes. A ésos nunca se les curará el estupor que nuestras voces les sembraron. Se atormentan inútilmente tratando de adivinar el interés que nos guía, la ambición que nos conduce. Y como no pueden hallarlos, porque no existen, entonces nos odian y nos calumnian. Para ese tropel de generaloides trepadores, de doctorcillos y literatuelos baratos, de comerciantes de la política, de honorabilidades repujadas en la explotación de los débiles, nosotros seremos siempre algo tan desagradable como una acusación. Ni siquiera podemos ser ejemplo porque hemos nacido mucho después que ellos. Somos nada más que una tremenda acusación. De allí que ni nos comprendan, ni deseen comprendernos. Y no me refiero solamente a los que nos torturan y nos encarcelan, sino también a los que hoy se proclaman nuestros amigos y aspiran a trepar mañana sobre nuestras espaldas y a ofrecernos entonces un mendrugo para que cerremos los ojos y enmudezcamos nuestras voces rebeldes.

Pero hoy somos distintos a lo que fuimos en 1928. Hemos dejado, como jirones en los peñascos, nuestra ingenuidad de los veinte años, nuestro romanticismo, nuestra venda. Hemos comenzado a conocer a los hombres. A disecar las ambiciones ocultas en las proclamas prometedoras de los cau-

dillos, en las palabras melosas de los politiqueros, en la honorabilidad de los viejos vestales. A valorarnos nosotros mismos en nuestro único valor: el desinterés. Los que no tenemos más señuelo que la justicia estamos llamados a cumplir un tremendo destino en esta tierra: limpiarla de fariseos. Y debemos limpiarla. Así nos quedemos todos, o casi todos, en mitad de la ruta con los brazos en cruz.

Están ya clareadas nuestras propias filas. Digamos depuradas. Hay cien puestos vacíos en el corazón de nuestra vigorosa falange de ayer. Mirando hacia atrás divisamos el bailoteo de nalgas de los desertores, de los que nos dieron la espalda cuando la selva de gruñidos nos salió al encuentro. Mañana nuestras filas se clarearán aún más. Cuando hacia nosotros se tienda una mano compradora de voces. Cuando nuestro silencio se cotice alto. Cuando los mercaderes ofrezcan "recompensas a nuestros sacrificios" que serán sobornos. Quedarán —me permiten que diga quedaremos— los que debemos quedar. Pero nuestras filas serán reforzadas por recias juventudes que vienen detrás, apresurándose para darnos alcance. Y nosotros nos incorporaremos a la legión que ayer no veíamos ni comprendíamos. A la inmensa legión de hombres sin pan y sin justicia que son y serán el alma de la revolución.

De todo cuanto nos ha enseñado la angustia, lo más valioso es que hemos aprendido a mirar bajo los antifaces de los mercaderes. Se mata por negocio, se roba por negocio, se ama por negocio, se moraliza por negocio. Es un comercio la medicina y otro el arte y otro la moral. Esa verdad

pueril —la raíz materialista de las cosas— es el fundamento de la política moderna, la clave del mundo y de la humanidad. Y por no mirar nosotros ese concepto ayer cuando nos lanzamos al combate, íbamos al combate con los ojos vendados.

Por negocio una pandilla de mercaderes está asesinando a nuestro pueblo. Por negocio los hacendados honorables se desposan con la barbarie que les domestica los peones a planazos. Por negocio las compañías imperialistas brindan su apoyo a este viejo bárbaro para que chapotee en la sangre de un pueblo. Por negocio una bandada de rábulas ofrece al extranjero jirones de nuestra soberanía nacional. Por negocio clérigos desvergonzados bendicen el crimen en nombre de Jesús. Por defender sus centavos manchados los ricos cierran los ojos para no mirar la sangre y se tapan los oídos para no escuchar los gritos. Por negocio ciertos generales descontentos preparan invasiones armadas y los politiqueros se van a escribir panfletos ramplones al destierro o se exponen a un carcelazo. Todos tienen la mirada fija en algo desligado del más elemental idealismo. Venezuela es un trágico mercado.

Tal vez estoy diciendo cosas manidas. Tal vez estoy hilvanando lugares comunes. Pero cuando de esos lugares comunes nos olvidamos frente a la vida—como nos olvidamos ayer—corremos el riesgo de convertirnos en simples fichas en manos de los mercaderes.

Miremos a los bolsillos de los enemigos que es allí donde reposa la raíz de sus pasos. Y cuando

nos salga al encuentro un viejo honesto, guardémoslo celosamente que es una luz en mitad de la tempestad.

Yo deseo quemar en esta carta, tal vez un poco lírica pero no sentimental, mi viejo sentimentalismo.

Quiero decir también mi optimismo y mis esperanzas. El futuro es arrancar la patria de las gavetas de los mercaderes y junto a nosotros está la fuerza que ha de realizar ese porvenir. Están los centenares de miles de desheredados que se mueren de hambre y de olvido en las ciudades y en los campos. Nuestro puesto está en las filas de ellos porque en sus manos palpita la sed de justicia, porque sus manos son las manos de la patria y de la humanidad. Y son tantos! Son tantos que si llegaran a percatarse de la fuerza que duerme en su bosque de puños, si llegaran a arremeter en multitudes contra la minoría que se nutre del látigo, nadie podrá detenerlos como nadie puede detener el torrente cuando se despeña.

Nuestro camino es ahora una ruta de contornos precisos, sin espejismos y sin flores artificiales. Camino difícil como todos los caminos en ascenso. Confiemos en nosotros mismos. Nuestras vidas no han transcurrido inútilmente porque tras de nosotros otras manos cosecharán lo que nuestras manos sembraron. Fijemos nuestra fé en las legiones de parias que aspiran a vivir libremente, para quienes la libertad es, no sólo romper con sus propios puños el yugo que pesa sobre sus conciencias, sino también despedazar el yugo que pesa so-

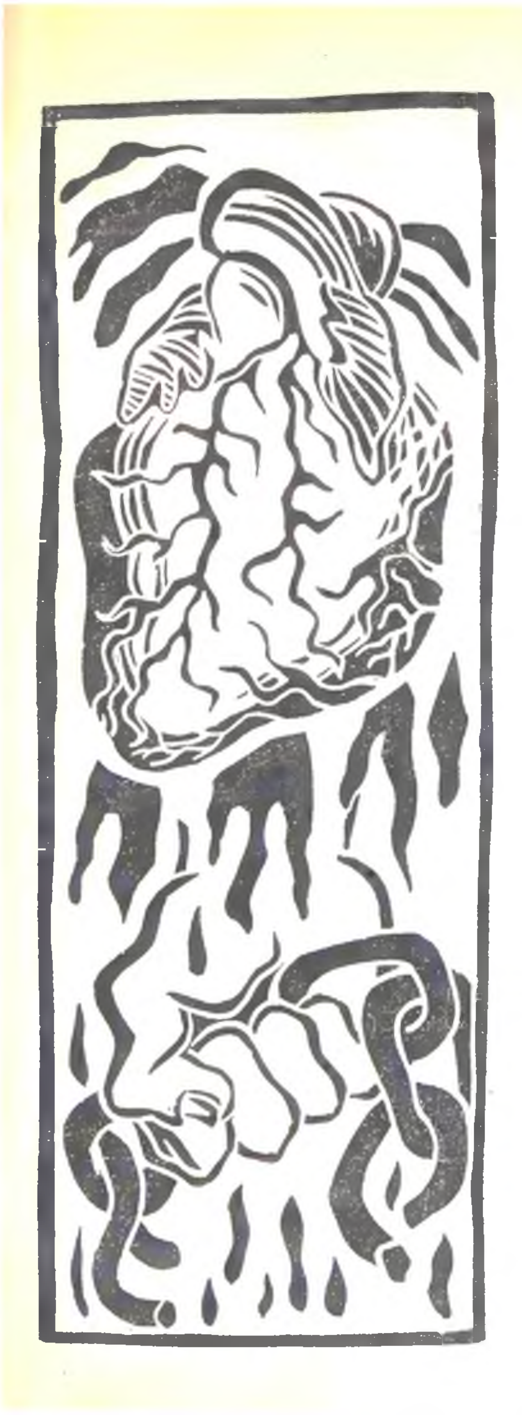
bre sus estómagos, sobre sus cuerpos maltrechos y desesperados.

Iremos todos contra los enemigos de nuestro pueblo. Contra los mercaderes de sable, los mercaderes de toga, los mercaderes de pluma, los mercaderes de sotana, los mercaderes mercaderes, los mercaderes sin oficio. Los que venden la patria al extranjero mientras gimen oraciones de nacionalismo santurrón. Los que comercian con la miseria y el sudor de nuestros campesinos. Los que ahogan en sangre la libertad. Y los que están dispuestos a ahogar mañana en sangre la libertad que hoy invocan.

Debemos sentirnos satisfechos de la jornada cumplida. Yo bien sé que no hemos hecho nada. Tal vez me quede aquí, sin haber hecho nada, muerto bajo el sol y la fiebre. Pero nuestras vidas han servido para arrancar la venda a los que vienen detrás. Los que habrán de tomar de nuestras manos la bandera de la justicia, la tomarán desteñida de sentimentalismos y de ingenuidades. La tomarán los siervos porque a ellos pertenece. Y la harán flamear, tremenda y victoriosa, ante los hocicos —verdosos de miedo—de los mercaderes.

La fé que en mí florece no puede quemarla el candente sol del llano. Ni puede marchitarla la llama pálida de la fiebre.

De frente, hermanos, hacia el porvenir! Que el porvenir es nuestro aunque no hayamos de poseerlo en vida!"



4

FIEBRE

I

La fiebre corre por mis venas como bajel de fuego. Mi corazón le va corriendo adelante como si temiera que le diese alcance. La fiebre me torna las pupilas más amplias y más claras. No enturbia la mirada sino la limpia de brumas. Bajo la fiebre se mira más diáfano el dolor de mi pueblo.

El dolor de mi pueblo! Iluminado por la fiebre, tendido en mi rincón de tierra, veo cómo lo llevan a cuestas los hombres trágicos que van saliendo del campamento. Los hombres que se curvan bajo el peso del pico y de la pala, y del dolor de mi pueblo que pesa mucho más. Allá se pierden, con él a cuestas, en un recodo del camino. Y el dolor de mi pueblo se extiende y cubre totalmente la sabana marchita.

El dolor de mi pueblo es un dolor sin bordes, sin cauce, ancho y profundo como el océano. No como el océano sino como la muerte. El dolor de mi pueblo es la muerte misma.

A la luz de la fiebre desfilan mis recuerdos de infancia. Revivo una escena remota. Mi padre leía en voz alta para que mi madre lo escuchase. Aquella noche leía páginas de un ruso, Dostoiesky. Un ruso que relataba los suplicios de su pueblo en las blancas estepas de Siberia. Mi madre me llevó a la cama porque yo tenía los ojos dema-

siado fijos en la voz de mi padre. Recuerdo que, cuando mi madre me dejó solo y apagó la luz, yo quedé trenzando el relato del ruso y buscando los rostros de sus personajes en la penumbra del patio fronterizo a mi cuarto.

Pues bien, viejo Dostoiesky, yo quisiera traerte por las barbas hasta aquí para que vieras el dolor de mi pueblo y se lo contaras al mundo. Para que dijeras con tu voz de sembrador lo que yo no puedo decir. Quisiera traerte por las barbas, viejo Dostoiesky, para que palpitaras de angustia ante esta llaga abierta en el costado de América.

Ven conmigo, viejo Dostoiesky, para que los mires morir! Ven conmigo que allí están descuartizando vivo a un hombre. Escucha como crujen los huesos bajo el golpe del hacha. Mírale el rostro, contraído bajo el relámpago plateado del hacha, y dime si las palabras pueden expresar esa mirada de horror.

Ven conmigo, maestro! Allá va un hombre arrastrando el grillete. El no presiente la bayoneta del soldado que camina a su espalda. Mira como la bayoneta salta como un pez bajo el sol y se hunde entre las costillas descarnadas. Mira como crece la rosa de sangre bajo la franela. Míralo como se derrumba gimiendo un tenue "ay mi madre". Míralo fijamente, viejo Dostoiesky.

Escruta las tinieblas. En las sombras se arrastran los otros. Tienen hambre. Un hambre de años, de siglos. Se están peleando la piltrafa de cosa babosa y horrenda. Se la están peleando los dientes amarillos, las manos huesudas, los dedos terrosos. Oye silbar el látigo sobre ellos! Mira como oprimen el rostro contra la tierra y se muerden los labios para morderse el dolor. Míralos como se arrastran hambrientos en la sombra!

Viejo Dostoiesky, aquél que están enterrando no ha muerto aún. Oyelo gritar mientras las paletadas de tierra le amordazan la voz. Está vivo, viejo ruso! Terriblemente vivo mientras cae sobre él la tierra, su tierra, nuestra pobre tierra seca y dolorosa.

Fija tu mirada en el anciano ulcerado y triste que ya no se queja. Oye las moscas zumbar junto a él. Mírale la frente pálida y sudorosa y los ojos asustados del zumbido monocorde de las moscas. Y las llagas cubiertas de fango, de polvo de la carretera.

Mira, viejo Dostoiesky, como se asesina a un pueblo! Como va y viene el látigo con piltrafas de carne, con jirones de humanidad. Míralo fijamente y cuéntaselo al mundo con tu voz sembradora!

Yo sé muy bien que mi pueblo no puede morir. Los pueblos no mueren nunca, ¿verdad? Yo siento palpitar en mi corazón un rumor de trompetas lejanas. Yo sé que mi pueblo ha de despertar un día. Despertará como el tuyo, viejo Dostoiesky, como todos los pueblos forjados en el dolor. Y entonces será un hermoso torrente de venganza. Una vertiente de esqueletos despiertos desbocada por los campos anchos de mi patria.

No! Nadie podrá detener ese vendaval de frentes cruzadas de cicatrices! Nadie podrá oponerse al ímpetu inexorable de los que tienen el alma florecida de llagas y la vida cincelada con aristas de espanto!

Será grandioso, maestro, verlos saltar de los caminos polvorientos, de los calabozos sin luz, de las siembras estériles, de las casuchas sórdidas, de las tumbas mismas, con un clamor de justicia en los puños cerrados y sangrantes. Yo tal vez habré muerto,—como tú, viejo Dostoiesky,—pero me

asomaré contigo al postigo de lo que no existe para verlos pasar.

Será grandioso e inevitable como los estallidos de la naturaleza. Y tú le contarás al mundo, con tu voz sembradora, lo que yo no puedo contar!

La fiebre corre por mis venas como bajel de fuego. Mi corazón le...